

Hans Kundnani

La paradoja del poder alemán





HANS KUNDNANI

La paradoja del poder alemán

Prólogo de
José Ignacio Torreblanca

Traducción de
Amelia Pérez de Villar

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *The Paradox of German Power*
Traducción del inglés: Amelia Pérez de Villar

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre 2016

© Hans Kundnani, 2016
© de la traducción: Amelia Pérez de Villar, 2016
© del prólogo: José Ignacio Torreblanca, 2016
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016
Imagen de portada: © Estudio Pep Carrió, 2016

Conversión a formato digital: gama, sl
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-35-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Prólogo de José Ignacio Torreblanca

Introducción. ¿La historia se repite?

1. La cuestión alemana

2. Idealismo y realismo

3. Continuidad y cambio

4. Víctimas y perpetradores

5. Economía y política

6. Europa y el mundo

Conclusión: Semihegemonía geoeconómica

Epílogo

Notas

Agradecimientos

Prólogo

La historia nunca se repite, pero siempre regresa. A veces, como demuestra con solidez y contundencia este libro, en forma de paradoja. ¿Cuál es esa paradoja que con tanta nitidez y detalle delinea Hans Kundnani? Que Alemania, en su búsqueda de la normalidad, ha terminado por convertirse, una vez más, en un país excepcional.

Ningún país ha huido del poder y el liderazgo con tanto ahínco (al menos del poder entendido en sentido clásico) como Alemania. Y ninguno se ha dado de bruces tan clara e inesperadamente con él como la Alemania reunificada. Durante décadas, Alemania quiso ser un potencia europea y liderar o dominar el continente, unas veces por la vía de la diplomacia, otras por la vía de la fuerza. Nunca lo consiguió, pues todos sus proyectos se estrellaron contra la coalición de todos los demás, temerosos del poder alemán y de la perspectiva de que dominara el continente.

La conciencia, grabada a sangre y fuego, de los costes políticos, morales y económicos del *Sonderweg* (el camino especial) provocó que Alemania se reinventara en todas sus dimensiones. Hacia el Oeste como un aliado atlántico de primera fila, plenamente integrado en las estructuras de seguridad occidentales. Hacia el Este, como un socio capaz de impulsar una política visionaria (la *Ostpolitik*) destinada a transformar de raíz e irreversiblemente la relación con Rusia y sus vecinos. Hacia el Oeste, como valedor de una Europa unida en la que fuera posible la reconciliación con Francia y la integración económica.

Pero terminada la Guerra Fría y una vez despejadas las dudas sobre el compromiso democrático, europeo y multilateral de Alemania como una nación democrática y pacífica (incluso excesivamente pacifista, se lamentan a veces los estadounidenses), Alemania se ha encontrado, a su pesar, con que de nuevo domina Europa, aunque esta vez lo haga en términos económicos.

La Alemania de hoy, no nos confundamos, no tiene nada que ver con la Alemania del siglo pasado. Pero es imposible entender a la una sin la otra. No

es que haya vuelto la cuestión alemana, pero tenemos otra vez una cuestión alemana encima de la mesa. Una cuestión que, como entonces, no tiene fácil solución. Porque la Alemania de hoy, que tan bien ha resuelto un problema histórico, ha alumbrado un nuevo problema.

El problema no es que una Alemania inofensiva desde el punto de vista geopolítico, pues militarmente es un actor irrelevante, se haya convertido en una superpotencia económica. El problema es que su éxito económico provoca, una vez más, inestabilidad y tensiones en el continente. Y lo hace tanto en términos puramente económicos, pues el éxito industrial y exportador de Alemania tiende a convertir a sus vecinos en deficitarios, generando una percepción de subordinación, como políticos, pues a la hora de diseñar las instituciones y políticas que rigen la eurozona, Alemania tiende, inevitablemente, a exportar su modelo económico y presupuestario, a sus socios. Vuelve pues, transmutada, la cuestión alemana, pues otra vez Alemania es demasiado pequeña para liderar el continente, y además no quiere hacerlo, pero al mismo tiempo es demasiado grande, demasiado exitosa y demasiado central geográfica y políticamente como para que su modelo económico no gravite sobre todos sus vecinos.

Alemania se ha convertido en un extraño tipo de hegemon: un hegemon reticente, un líder que no asume su destino. Estados Unidos, el otro hegemon que tenemos más cerca, no solo aceptó con entusiasmo su papel de líder tras la Segunda Guerra Mundial, sino que construyó un orden político, económico y militar que lo sostuviera. Promoviendo la democracia liberal, la economía de mercado, la interdependencia económica y los acuerdos de seguridad multilaterales, EE.UU. quiso construir un mundo a su imagen y semejanza. Pero Alemania, consciente de su pasado, no ha querido ir tan lejos y eso le ha colocado en una posición sumamente incómoda: ha querido exportar sus normas (la estabilidad presupuestaria) pero no asumir los costes del sostenimiento de un sistema (el euro) que garantiza su posición hegemónica. Mientras que EE.UU. no tuvo dudas de que el Plan Marshall era imprescindible si se quería mantener a Europa Occidental en la órbita política, económica y de seguridad americana, Alemania ha rechazado llevar la unión monetaria hasta sus últimas consecuencias y proceder a la mutualización de la deuda (los eurobonos serían hoy el equivalente del Plan Marshall). Señala

Hans Kundnani con acierto que, en la práctica, hay más paralelismos entre Alemania y China, dos países cuyas trayectorias históricas han logrado descodificar mejor que nadie el lenguaje del poder económico que requieren las potencias del siglo XXI, que entre Estados Unidos y Alemania.

El nuevo problema alemán, por retomar el lenguaje paradójico de este libro, es que el intento, europeo y alemán, de europeizar Alemania, ha sido tan exitoso que Europa se ha topado de bruces con una disyuntiva que jamás pudo sospechar: alemanizarse o disgregarse. Para los europeos, alemanes incluidos, que construyeron toda su integración sobre la premisa de que Europa sólo podía existir si lograba una Alemania europea, es todavía hoy un shock pensar que Europa sólo sobrevivirá si consigue convertirse en una Europa alemana: estable, competitiva, exitosa y exportadora.

No sabemos cómo acabará esta historia, pero sí que sabemos, gracias a Hans Kundnani, que Europa no tiene hoy una teoría sobre la nueva cuestión alemana, y no sabe por tanto cómo trabajar con esta nueva Alemania. Toda la integración europea estaba basada en el supuesto de que entre Francia y los demás lograrían domesticar a Alemania. No hay una teoría de la integración europea que nos diga cómo funciona Europa cuando los términos de ese supuesto se invierten, que es lo que ha ocurrido desde 2008, aunque el proceso viene de la unificación, no solo de la crisis. Por tanto, lo relevante hoy, aquí otra paradoja, no es cuánto quieren Francia y los demás atar a Alemania sino cuánto quiere Berlín invertir en mantener la eurozona en funcionamiento y hasta cuándo querrá hacerlo.

Yo tampoco sé cuál es la respuesta a esa cuestión. Pero sí que sé, gracias a este libro, que la historia de Alemania y la de Europa son tan indistinguibles que no sabemos cuál es la historia de una y cuál de la otra. Tal es así que el dilema entre una Alemania europea o una Europa alemana carece de sentido: por mor de la posición geográfica, peso demográfico y fortaleza económica de Alemania, esas dos fuerzas son las dos caras de la misma moneda en la que se juega nuestro destino como europeos.

He tenido el placer de trabajar con Hans Kundnani durante cinco años en el European Council on Foreign Relations. Como a mí a lo largo de esos años, les impresionará en este libro el rigor, la calidad, la ponderación y la profundidad de sus argumentos. Su trabajo no sólo completa una laguna

esencial, pues hay pocos trabajos que hayan analizado con tanta calidad el papel de Alemania en Europa, conectando en una visión histórica, política y económica los elementos definitorios de ese papel, sino que abre toda una agenda de debate sobre el presente y nuestro futuro europeo. Su contribución es por tanto tan crucial desde el punto de vista académico como imprescindible políticamente. Les dejo con ella.

JOSÉ IGNACIO TORREBLANCA
Profesor de Ciencia Política en la UNED

Introducción

¿La historia se repite?

Durante las últimas dos décadas los historiadores alemanes han descrito la República Federal de la posguerra sobre todo como una *Erfolgsgeschichte*: una historia de éxito. Nos han contado cómo emergió de la catástrofe de 1945 para convertirse en una democracia que funcionaba bien, o cómo expió su pasado nazi y desarrolló una cultura política liberal para convertirse en parte integrante de una Europa interdependiente. La historia culminó en 1990 con la reunificación, hecho que confirmó su éxito y que siguió a la primera revolución pacífica con final feliz de la historia de Alemania. La nueva nación fue, en palabras de Heinrich August Winkler, «un país democrático posclásico entre otros, firmemente integrado en la OTAN y en la Comunidad Europea».¹ De esa manera Alemania abandonaba por fin su *Sonderweg*, su «ruta especial», y terminaba de recorrer lo que Winkler denominó «su largo camino hacia Occidente»: el equivalente alemán de la idea de «fin de la historia» de Francis Fukuyama.

Alemania había mantenido una relación complicada y ambivalente con Occidente. Muchas de las ideas que constituían el núcleo de lo que Winkler llamó «el proyecto normativo de Occidente» procedían de pensadores alemanes del Siglo de las Luces, como Kant. A pesar de todo, la historia intelectual alemana también incluyó una corriente nacionalista, más oscura, que surgió primero en el siglo XIX, se tornó gradualmente contraria a lo occidental y culminó con el nazismo y el Holocausto, lo que Winkler llama «el culmen del rechazo al mundo occidental por parte de Alemania».² Hasta después de la catástrofe de 1945 no quedó Alemania –o, al menos, su mitad occidental– totalmente integrada en Occidente, consiguiendo lo que Winkler denomina «la normalidad occidental». Por todo esto Alemania era una paradoja: desempeñaba un papel decisivo en el desarrollo del proyecto normativo de Occidente al tiempo que constituía el desafío más radical, en suelo europeo, a dicho proyecto.³

Lo que transformó la reunificación en la culminación de ese «largo camino hacia Occidente» fue que se trataba de una solución occidental a la cuestión alemana. En el momento de la reunificación algunos temieron que la llamada República de Berlín resultara ser menos occidental que la República de Bonn, pero al menos durante la primera década que siguió a la reunificación esos temores no se hicieron realidad: Alemania confirmó su compromiso con Occidente y, de hecho, parecía existir una relación simbiótica entre Alemania y Europa. La reunificación alemana sólo era posible en el contexto de la integración europea, y parecía probar que «los problemas alemanes sólo podían resolverse bajo techo europeo», como había declarado Konrad Adenauer en su famosa afirmación. La reunificación resultó ser también un catalizador para aumentar la cohesión europea y, sobre todo, para la creación del euro. En el año 2000 Winkler pudo escribir que los temores sobre Alemania se habían reducido en la década siguiente a la reunificación.⁴

Sin embargo, desde que comenzó la crisis del euro, se reveló necesario un epílogo a la historia triunfalista alemana de la posguerra: la crisis puso a Alemania en una posición extraordinaria, sin precedentes en la historia de la Unión Europea. Toda la eurozona volvió la vista a Alemania, el mayor acreedor en una crisis de la moneda común compuesta por estados soberanos, reclamando su liderazgo. Pero temieron que surgiera una «unión de transferencias», es decir, una unión en la que los estados miembros con sistemas fiscales responsables hubieran de sufragar a los estados miembros con sistemas fiscales irresponsables, y por ello Europa se resistió a la mutualización de la deuda e impuso la austeridad a otros estados de la eurozona, en un intento de conseguir una Europa competitiva. Este enfoque, más que estrecharla, ha hecho más profunda la división que existe entre países en superávit y países deudores: mientras el desempleo en Alemania ha alcanzado sus niveles más bajos desde la reunificación, ha aumentado hasta cotas extraordinarias en los países de la llamada periferia. El coste de los ajustes en la moneda única, según escribe Andrew Moravcsik, lo han pagado de manera desproporcionada «los pobres y los desvalidos».⁵

Sobre este telón de fondo de choque entre países acreedores y países deudores en la eurozona, las memorias colectivas relativas al pasado europeo anterior a 1945 han contribuido, por un lado, a conformar el discurso y, por

otro, han sido utilizadas por él. El ejemplo más dramático –y, desde luego, no el único– es el mutuo resentimiento que existe entre Alemania y Grecia.⁶ Los recuerdos que tiene Grecia de la ocupación durante la guerra, un momento en el que según el historiador Richard Clogg el país experimentó «una de las peores hambrunas de la historia de la Europa moderna», siguen estando presentes.⁷ Desde el comienzo de la crisis los periódicos griegos han comparado a la canciller Angela Merkel con Adolf Hitler. Cuando Merkel visitó Grecia en octubre de 2012 algunos manifestantes quemaron durante las protestas banderas con la esvástica: iban ataviados con uniformes nazis y llevaban pancartas con el eslogan: «Hitler y Merkel, la misma mierda». Hicieron falta siete mil policías para protegerla.⁸ Algunos griegos han vuelto a reclamar indemnizaciones de guerra, según un informe que el gobierno publicó en 2012, por valor de 162.000 millones de euros.

La pregunta que surge ante el despertar de estos recuerdos colectivos es si la historia se repite en Europa. En otras palabras: ¿ha recuperado Europa algunos de los rasgos que caracterizaron a las relaciones internacionales antes de 1945? ¿Ha revelado, tal vez, la crisis del euro, que las relaciones internacionales europeas no han cambiado tanto como se había creído? Parte de la razón por la que es difícil incluso comenzar a responder a estas preguntas es que resulta complicado articular los avances actuales que ha experimentado Europa. Mientras la combinación del lenguaje visionario y el burocrático vinculados a la UE ya no parece captar la realidad, el lenguaje de las relaciones internacionales previas a 1945 se muestra totalmente inapropiado, no obstante lo cual prevalece una sensación de que el pasado europeo ha vuelto a emerger, en cierto modo. Como dijo en 2013 el anterior primer ministro de Luxemburgo, Jean-Claude Juncker –ahora presidente de la Comisión Europea– «no hemos ahuyentado a los fantasmas».⁹

En el centro de la historia que, en cierta medida, parece repetirse en Europa está «la cuestión alemana». Casi setenta años después del final de la Segunda Guerra Mundial el poder alemán, que es el tema de este libro, vuelve a ser objeto de intensos debates. En 1953 Thomas Mann reclamaba «una Alemania europea», en lugar de una «Europa alemana», pero desde que comenzó la

crisis se ha convertido en algo habitual hablar de la Europa alemana que está surgiendo de ella. Se ha hablado mucho de la «hegemonía» alemana, real o potencial, y algunos han percibido incluso la aparición de una especie de «imperio alemán» en el seno de Europa. Mientras los manifestantes de las calles de Atenas comparaban a Merkel con Hitler, otros veían en su dura respuesta a la crisis del euro una reversión de la *Realpolitik* de Bismark. Pero toda esta terminología y todas estas comparaciones, que implican un paralelismo con el problema alemán anterior a 1945, también oscurecen las diferencias entre la historia y la situación actual: la implicación es sencillamente que, como cuentan que dijo el presidente francés, Nicolas Sarkozy, a un amigo en 2010, los alemanes «no han cambiado».¹⁰

Entretanto los alemanes se muestran ofendidos y perplejos ante esta percepción de vuelta al pasado. La mayoría de ellos ve la historia de la Alemania anterior a 1945 como algo irrelevante para la actual crisis europea; algunos ven incluso un intento de establecer paralelismos entre las dos situaciones simplemente para tener un pretexto para la extorsión. Los políticos, diplomáticos y analistas alemanes señalan que Alemania ha aprendido la lección de su historia, y eso ha supuesto parte del éxito de su República Federal. Aducen que no sólo han cambiado los alemanes: también Europa ha cambiado. En el contexto de la Unión Europea la política exterior se ha convertido, en cierto modo, en política nacional. En otras palabras: sostienen que el problema del poder alemán, sencillamente, no tiene lugar, y que conceptos como «hegemonía» son, sencillamente, anacrónicos. Así que el debate sobre el poder alemán ha sido, hasta el momento, un debate polarizado: ante la ausencia de consenso sobre si la historia alemana es relevante o no, poco se ha hablado de *cómo*, exactamente, podría ser relevante.

Junto a este debate sobre el poder alemán en Europa en los últimos años ha tenido lugar otro sobre el compromiso de Alemania con Occidente. Desde que se abstuvo en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas respecto a la intervención militar en Libia en marzo de 2011 y se alineó con los cuatro países del BRIC (Brasil, Rusia, India y China), muchos se han preguntado si Alemania está sintiendo la tentación, cada vez más marcada, de abandonar el bloque occidental e ir «por libre». Se la acusó de eludir sus responsabilidades a la hora de resolver problemas globales y de defender las normas de

Occidente, y de ser un consumidor de seguridad, en lugar de un productor. A muchos les pareció que lo que buscaba era, ante todo, vender coches y maquinaria, sobre todo a China, con quien parece haber establecido una nueva «relación especial». Y así, al acusar a Alemania de caer con todo su peso sobre Europa, se la acusa también de trasladar ese peso más allá de las fronteras de Europa.

La postura crítica contra la política alemana fuera de Europa durante los últimos años, al igual que el debate sobre el poder alemán dentro de Europa, suscita la duda de la relevancia que tiene hoy en día la historia alemana anterior a 1945. En cierta manera la política exterior de Alemania con los países de fuera de Europa parece ser la opuesta a la que aplicó antes de 1945: ha llevado a cabo, sobre todo, una ruptura decisiva con el militarismo y se niega a emplear su poder militar como herramienta de política exterior. Si algo significa Alemania, aparte de «exportaciones», es «paz». Alemania se ve como una sociedad «posheroica», y algunos ven en su negativa a utilizar el poder militar un rechazo a proyectar su poder, en general. En resumen: argumentan que Alemania ha aprendido las lecciones de su pasado. En 2010 un experimentado político alemán me dijo: «la reeducación ha dado sus frutos».¹¹

Pero otros siguen viendo paralelismos entre la política exterior alemana actual y la que se practicó durante el *Kaiserreich*. Algunos han sugerido que Alemania ha regresado a su *Mittellage*, es decir, a su posición de centralidad, entre Oriente y Occidente, aunque en un mundo globalizado Oriente incluye ahora no sólo a Rusia, sino también a Asia y, sobre todo, a China. Otros han acusado a Alemania de perseguir una *Schaukelpolitik*, la política bismarckiana de cambio de alianzas. Hay, incluso, quien en esa búsqueda de los mercados de fuera de Europa ha visto una política exterior neomercantilista. Cada uno de estos términos sugiere –cada uno a su modo– cuando menos, que Alemania está sufriendo una regresión y olvidando las lecciones que aprendió después de 1945. Dicho de otro modo: Alemania está desandando, en cierto modo, «su largo camino hacia Occidente».

Para dar respuesta a estas preguntas tan difíciles lo primero es comprender

qué era, en su origen, «la cuestión alemana», y qué explicación se le dio después de dos guerras mundiales. En el Capítulo «La cuestión alemana», por lo tanto, voy a estudiar la política exterior alemana desde 1871 hasta 1945. Tras la unificación, en 1871, el tamaño y la ubicación de Alemania –lo que se llamó *Mittellage*– dejó al país en una posición semihegemónica con respecto a Europa, lo que provocó cierta inestabilidad en el sistema internacional. En otras palabras, «la cuestión alemana» era una cuestión estructural. Pero la política exterior alemana de este período también recibió la correspondiente influencia del nacionalismo y, sobre todo, de la idea de una «misión alemana», que podría llamarse ideología. Este capítulo no pretende dar un enfoque original a la historia alemana, sino delinear su evolución y resumir los debates relativos a «la cuestión alemana».

En el Capítulo 2 examinaré la política exterior de la República Federal desde su creación en 1949 hasta 1990. Aunque 1945 no fue la «hora cero» que muchos creen, no dejó de representar una ruptura, especialmente en la política exterior alemana. Aunque se suele pensar en la República Federal como una potencia normativa o civil, esta caracterización oscurece las fallas que existen en el seno de los debates sobre política extranjera que se han producido en Alemania Occidental. Yo voy a identificar sobre todo dos corrientes muy distintas de dicha política exterior de Alemania Occidental durante ese período: una idealista, que se inició con Konrad Adenauer y la idea de *Westbindung*, y una realista que comenzó con Willy Brandt y su *Ostpolitik*. La República de Bonn quedó ensombrecida por la Guerra Fría y el pasado nazi de Alemania, que condicionaron, cada uno a su manera, la política exterior de Alemania Occidental en ese período.

En los Capítulos 3, 4 y 5 estudiaré la evolución de la política exterior alemana a partir de la reunificación en 1990 que –ya lo anticipo– debería entenderse en el contexto de las líneas de ruptura que fueron surgiendo durante los cuarenta años anteriores. Insisto en que una vez eliminados los condicionantes que habían configurado a Alemania Occidental, la República Federal se vio envuelta en una extraña mezcla de continuidad y cambio al reconsiderar la Alemania reunificada su identidad nacional luchando contra su pasado nazi. Al aumentar la presión sobre Alemania para que contribuyera a resolver problemas globales, especialmente para que modificara su actitud

respecto al uso del poder militar, su política exterior evolucionó de manera compleja y, en ocasiones, inesperada. Esta evolución se construyó sobre la competencia entre la memoria colectiva de los alemanes como perpetradores y como víctimas. Mi opinión es que mientras la economía alemana se ha ido haciendo más dependiente de las exportaciones, en la década de 2000 la política exterior alemana se volvió más realista.

En el Capítulo 6 estudio la evolución que se ha apreciado desde que comenzó la crisis del euro, en 2010, que en mi opinión puede explicarse por las transformaciones registradas en la identidad nacional y en la economía alemana que se produjeron en las dos décadas transcurridas entre la reunificación y el estallido de la crisis. La crisis colocó a Alemania en una posición extraordinaria de poder, que la permitió imponer sus preferencias, en gran medida, al resto de Europa. Pero más que contribuir a la estabilidad, su enfoque de la crisis ha supuesto la inestabilidad en Europa. Y mientras Alemania se ha convertido en un agente asertivo dentro de Europa, desde el punto de vista económico, ha seguido siendo sorprendentemente poco asertiva fuera de Europa, donde no manifiesta ni siquiera las aspiraciones de Francia o del Reino Unido a proyectar su poder. Alemania es, una vez más, una paradoja.

Concluyo diciendo que «la cuestión alemana» ha resurgido de una forma nueva. Una vez más la define una compleja interacción entre factores estructurales e ideológicos. En el contexto de la UE la economía de Alemania es demasiado amplia para que cualquiera de sus vecinos, Francia por ejemplo, la desafíe. Pero Alemania no es, como algunos han afirmado, hegemónica en Europa. Ni puede serlo. Es lo que podríamos llamar «semihegemónica», esa posición que ya tuvo entre 1871 y 1945, aunque más en términos geoeconómicos que geopolíticos. Al mismo tiempo ha surgido una nueva forma de nacionalismo alemán que se basa en la exportación y en la idea de paz, así como en un sentido renovado de «la misión alemana», que vuelve a poner sobre la mesa cuestiones como la relación de Alemania con Occidente.

CAPÍTULO 1

La cuestión alemana

La unificación de Alemania transformó Europa. Con la espectacular derrota de Francia y la proclamación de un *Reich* alemán unificado en el Salón de los Espejos de Versalles en enero de 1871, emergía un nuevo coloso en el centro de Europa. El historiador Brendan Simms escribe que «Donde hubo, durante siglos, una plétora de pequeños estados, y donde hasta sólo siete años antes todavía quedaban casi cuarenta entidades bien diferenciadas, una única potencia se erigió en suprema».¹ El poder alemán y la debilidad francesa trastocaron el equilibrio que había reinado en Europa desde el término de las guerras napoleónicas, que había contribuido a mantener la paz en la región. Como es bien sabido, en febrero de 1871 el primer ministro británico Benjamin Disraeli dijo en la Cámara de los Comunes que «la revolución alemana» había dado lugar a «un nuevo mundo». «El equilibrio de poderes ha quedado destruido por completo», comentó.²

El equilibrio de poderes como sistema para establecer relaciones internacionales había surgido tras el Tratado de Westfalia, en 1648. Se basaba en la idea de que las grandes potencias podrían amenazarse unas a otras lo suficiente para garantizar una especie de equilibrio entre ellas que evitaría una guerra generalizada en toda Europa.³ Esto, a su vez, estaba vinculado con la idea de *raison d'état*, o el interés nacional, que se convirtió en principio conductor de la diplomacia europea durante los cien años posteriores a 1648. La negativa de la Francia revolucionaria a quedar atada por la noción de equilibrio condujo a las guerras napoleónicas. Pero tras la derrota de Francia en 1815 el sistema de equilibrios quedó restablecido e institucionalizado en el llamado sistema de congresos. Un equilibrio entre las cinco grandes potencias –Austria, Francia, Gran Bretaña, Prusia y Rusia– permitiría entonces mantener la paz.

Pero una de las debilidades del equilibrio europeo de poderes era, precisamente, Alemania. Antes de las guerras napoleónicas habían existido más o menos trescientos estados donde se hablaba alemán en el área que

posteriormente se convirtió en Alemania. Tras las guerras napoleónicas se consolidaron en treinta entidades de mayor tamaño. Pero estos estados germánicos eran demasiado débiles, o demasiado fuertes. Los que eran débiles y estaban divididos representaban una tentación de expansión para sus vecinos, especialmente Francia. Durante la guerra de los Treinta Años, por ejemplo, Alemania se convirtió en el campo de batalla de otras potencias. Por otra parte, la perspectiva de una Alemana unida y fuerte asustaba a otras grandes potencias, a Francia en particular. Con estas perspectivas, Alemania podía ser un centro de poder o un vacío de poder, y en cualquiera de los casos era causa de inestabilidad en Europa.⁴

Incluso antes de la unificación había cundido la alarma entre las demás potencias europeas debido al rápido surgimiento de Prusia bajo el mando del canciller Otto von Bismarck,⁵ y el nuevo *Reich* que se creó bajo su liderazgo en 1871 era bastante más poderoso de lo que había sido la propia Prusia: cohesionó la Federación Alemana del Norte que se había creado tras derrotar a Austria en 1866 con los estados meridionales de Baden, Baviera y Württemberg, que hasta la guerra francoprusiana había tenido inclinaciones profrancesas, y los territorios anexionados de Alsacia y Lorena. La nueva Alemania tenía cuarenta y un millones de habitantes: más que Francia (treinta y seis millones), Austria-Hungría (treinta y cinco y medio) y Gran Bretaña (treinta y uno), aunque su población seguía siendo menor que la de Rusia (setenta y siete millones). Y seguía aumentando.⁶ Contaba además con una economía industrial de primera línea que estaba creciendo rápidamente, el mejor sistema educativo del mundo y un ejército formidable.⁷

Pero a pesar de contar con estos impresionantes recursos la nueva Alemania no era todavía lo bastante grande ni lo bastante poderosa como para imponer su voluntad en Europa. Aunque había ganado tres guerras seguidas en poco tiempo no hubiera podido vencer a una coalición compuesta por dos o más de las demás potencias. La Alemania unificada era demasiado grande para el equilibrio de poder europeo y demasiado pequeña para la hegemonía. El historiador alemán Ludwig Dehio describiría después con gran acierto la posición problemática de Alemania en la Europa continental durante la época del *Kaiserreich* como una posición «semihegemónica»: no tenía la fuerza suficiente para imponer su voluntad en el continente pero, al mismo tiempo,

tenía la que hacía falta para ser percibida como una amenaza por las demás potencias.⁸ De ese modo su tamaño y su posición central en Europa –lo que se llamó *Mittellage*– la convirtieron en un elemento en esencia desestabilizador. Y eso, en definitiva, ha sido lo que se ha llegado a conocer como «la cuestión alemana».

Este problema estructural impulsó a los demás estados europeos a formar coaliciones para equilibrar el poder alemán, lo que a su vez provocó en Alemania un temor a la coalición de grandes potencias, la llamada *cauchemar des coalitions*: «la pesadilla de las coaliciones». Este miedo al *Einkreisung*, o «cerco», impulsó a Alemania a tomar medidas para protegerse frente a una coalición de esa naturaleza. Pero era inevitable que estas medidas amenazaran a cada una de las potencias individualmente, con lo que aceleraría la formación de la coalición que tanto temía Alemania. Así comenzó lo que Hans-Peter Schwarz ha llamado «la dialéctica del cerco».⁹ Henry Kissinger escribe que una vez que Alemania pasó de víctima potencial de una agresión a amenaza para el equilibrio europeo, «las profecías autocumplidas se convirtieron en parte del sistema internacional».¹⁰

La respuesta inmediata de Bismarck a este problema estructural, tras convertirse en canciller en 1871, fue cambiar por completo el curso de los acontecimientos. Hasta la unificación sus afanes en política exterior habían sido expansionistas, pero obsesionado con la *cauchemar des coalitions* empezó a buscar la manera de aplacar los temores que Alemania inspiraba en el resto de Europa. Declaró que Alemania era un poder «ahíto» y que no tenía más ambiciones territoriales. Buscaba sobre todo tranquilizar a Rusia, demostrando que Alemania no tenía interés alguno en los Balcanes. Eso era lo que pretendía con su famosa declaración cuando dijo que todos los Balcanes no valían lo que los saludables huesos de un granadero pomerano.¹¹ Dicho en pocas palabras, mientras Prusia había sido una potencia revisionista, Alemania se había convertido en una potencia conservadora.

En su intento de buscar la seguridad Bismarck creó un intricado sistema de alianzas superpuestas con otras grandes potencias europeas. La clave, pensó, era evitar el aislamiento. «Toda la política se reduce a una fórmula: tratar de

ser uno de un grupo de tres, mientras el mundo esté gobernado por un equilibrio inestable de cinco potencias», dijo en 1880.¹² Como la reconciliación con Francia era imposible, debido sobre todo a la anexión de Alsacia y Lorena, buscó una alianza con las potencias conservadoras: Austria-Hungría y Rusia. Era la llamada *Dreikaiserbund* o Liga de los Tres Emperadores, cuyo tratado se firmó en 1873. Cuando esta alianza se deshizo en la década de 1880 debido a la rivalidad entre Austria-Hungría y Rusia en el sureste de Europa, firmó dos nuevos tratados secretos: la Triple Alianza con Austria e Italia, que aseguraba a Alemania aliados en una guerra contra Francia, y el llamado Tratado de Reaseguro con Rusia, que garantizaba la neutralidad de ambos países en el caso de que uno de ellos entrara en guerra contra otra potencia. En 1882 Berlín era «la capital diplomática de Europa».¹³

Sin embargo, aunque en ciertos aspectos era brillante, el sistema de alianzas de Bismarck también tenía sus debilidades: se reveló frágil y, en último término, desastroso, porque era tan elaborado que precisaba de un estadista de su agilidad y su creatividad para mantenerlo y gestionarlo. De hecho, antes de que a Bismarck le echaran del despacho en 1890 el sistema estaba al borde de la quiebra:¹⁴ presuponía, además, que los hombres de estado aún tenían la total libertad de maniobras de la que habían gozado en tiempos de Metternich, pero ya en la segunda mitad del siglo XIX se estaban viendo constreñidos, cada vez más, por otras fuerzas. Y aunque como canciller Bismarck sólo tenía que rendir cuentas al Kaiser, que conservaba todo el poder de decisión en materia de política exterior —en virtud de lo que se conoció como *Kommandogewalt*, o «poder real de dominio»— su éxito dependía de su capacidad para enfrentar los intereses de las poderosas fuerzas que habían hecho posible su unificación en distinta medida y de diversas maneras, con «sangre y hierro».

En primer lugar, Bismarck estaba cada vez más presionado (y por ello tuvo que hacer ciertas concesiones) por el *Junker*, el grupo social de terratenientes conservadores prusianos al que pertenecía el propio Bismarck y al que debía su ascenso. El *Junker* se oponía al liberalismo político y presionó a Bismarck para que resistiera los avances demócratas y protegiera sus intereses agrícolas frente a la competencia rusa y norteamericana, cada vez mayor. En segundo lugar, Bismarck sufrió también la presión de los grandes negocios. En la

década que siguió a la unificación, denominada *Gründerzeit*, emergieron varias corporaciones industriales muy importantes, como AEG y Siemens, que exigían el acceso a los recursos y mercados para expandirse y que, tras la crisis financiera de 1873, reclamaron protección en forma de aranceles. En tercer lugar, el ejército y la marina comenzaron a acusar la falta de amenazas externas que justificaran el gasto militar.

Tal vez en un período en el que la opinión pública pesaba mucho –lo que Simms denominó «era de geopolítica popular»– había otro factor igual de importante: era el nacionalismo.¹⁵ El nacionalismo alemán había surgido a principios del siglo XIX, cuando muchos de los cientos de estados que luego se unieron formando un estado-nación estaban bajo la ocupación francesa, durante las guerras napoleónicas. Hablando en general se podía decir que incluía dos corrientes divergentes en su relación con el Siglo de las Luces y la Revolución francesa: por un lado, la corriente nacionalista liberal, cuyo objetivo era aplicar los principios de la Revolución francesa a Alemania y unificar el conglomerado de estados germánicos para formar un estado democrático y representativo, un estado-nación análogo, en cierto modo, a la República francesa; por otro, la corriente nacionalista romántica, que buscaba la creación de un sentido de la identidad alemana definida como antagónica a los principios de la Revolución francesa y más aún a los del Siglo de las Luces.

El nacionalismo alemán se había gestado como movimiento progresivo y opuesto al orden feudal y absolutista que imperaba en muchos de los estados germánicos. Pero tras el fracaso de la revolución de 1848 –«la historia alemana ha llegado a su punto de inflexión y no ha conseguido superarlo», escribió A.J.P. Taylor– este nacionalismo liberal se iba quedando eclipsado por el nacionalismo romántico.¹⁶ Como durante este período no había aún un estado-nación alemán en torno al cual pudiera cuajar un nacionalismo cívico que siguiera las líneas francesas, el nacionalismo alemán tendió a atribuir más peso a la cultura, a la hora de delinear la nación, que otros nacionalismos de Europa. Bajo la influencia de Herder y Fichte se inclinó hacia el centro, hacia el concepto romántico de la nación alemana basado en un *Volkgeist*, un espíritu nacional, netamente alemán y enraizado sobre todo en la lengua alemana.

Este nacionalismo romántico fue definiendo Alemania como algo opuesto a Occidente. En la segunda mitad del siglo XIX los nacionalistas alemanes definieron la *Kultur* alemana como algo opuesto a la *Zivilisation* francesa o incluso occidental, en sentido amplio. Como dice Michael Hughes, ha habido «un rechazo intelectual por parte de algunos nacionalistas alemanes de las ideas y modelos occidentalizantes, y una búsqueda de un “estilo alemán” tanto en pensamiento y política como en la organización social» que no sólo era diferente, sino superior, al estilo occidental.¹⁷ Y sobre todo, los nacionalistas alemanes rechazaban el liberalismo político tal y como se había desarrollado en algunos estados-nación de Occidente: Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos. De este modo el sentido de excepcionalidad alemán se convirtió en núcleo del nacionalismo alemán.

Después de la unificación el ambiente en Alemania era de triunfalismo. En 1873 Nietzsche detectó una perniciosa tendencia a pensar que «la cultura alemana también había logrado una victoria» en el conflicto con Francia. En otras palabras, se trataba de un sentimiento de superioridad cultural más que una simple superioridad técnica.¹⁸ Alemania representaba una combinación específica, única, de instituciones políticas, económicas, militares y educativas y se apoyaba en valores «espirituales» más que valores puramente «materiales». Los nacionalistas alemanes sentían un especial desprecio hacia Gran Bretaña y Estados Unidos, a quienes asociaban con el liberalismo y el más craso materialismo, y el historiador nacionalista Heinrich von Treitschke bromeaba diciendo que Inglaterra había confundido el jabón con la civilización. Después del desastre financiero de 1873, el nacionalismo alemán se fue volviendo paulatinamente más antisemita, porque se identificaba a los judíos con el liberalismo y el capitalismo.

Por otra parte, este nacionalismo basado en la excepcionalidad alemana incluía la idea de que la cultura alemana tendría que encontrar –de una manera aún sin definir– una expresión global. Y los nacionalistas, sobre todo, pensaron que al asumir su propia identidad Alemania no sólo se liberaría, sino que redimiría al mundo entero, especialmente al mundo que empezaba donde acababa Occidente. Este sentido de la misión histórica de Alemania lo expresó de la manera más memorable Emanuel Geibel en 1861, en su poema «Deutschlands Beruf», «la misión de Alemania»:

*Und es mag am deutschen Wesen
Einmal noch die Welt genesen.*

«La esencia de la nación alemana
será un día la salvación del mundo».¹⁹

Esta idea de misión alemana dio lugar, a partir de la década de 1880, al surgimiento de lo que Geoff Eley llamó «la charla imperialista».²⁰ Aunque Alemania ya se definía como *Reich*, o imperio, hubo quien empezó a decir que para ello necesitaba más territorio. Sus argumentos se basaban en la idea de que la prosperidad de Alemania, incluso su supervivencia, en el siglo que estaba a punto de empezar y que iba a estar dominado por potencias del tamaño de un continente, dependía de que adquiriera los recursos necesarios para convertirse en lo que algunos, como el escritor Paul Rohrbach, denominaron un «imperio mundial», que pudiera competir con Gran Bretaña, Rusia y Estados Unidos.²¹ Pero a diferencia de los otros tres imperios Alemania estaba rodeada por todas partes de grandes potencias que intentarían impedir su expansión, lo que David Calleo ha dado en llamar «su camisa de fuerza continental».²² En otras palabras, aunque desde el exterior Alemania pudiera parecer poderosa y amenazadora, muchos alemanes la veían como débil y vulnerable.

Hubo dos versiones de esta necesidad de que existiera un imperio germánico: algunos creían en *Mitteleuropa*, en lo que Eley llamó «la idea de un gran proyecto de integración continental bajo la hegemonía alemana», en la expansión dentro de Europa, más que fuera de sus fronteras. Pero otros, como Bernhard von Bülow, que fue canciller entre 1900 y 1909, pensaban que Alemania tenía que buscar un lugar en el sol –es decir, un imperio en África y Asia– al que tenía derecho, como otras grandes potencias europeas. Así surgió a finales del siglo XIX una tensión entre *Europapolitik* y *Weltpolitik*. En los años transcurridos entre 1880 y 1914 se produjo lo que Eley llama «una conversación complicada» entre estas dos ideas antagónicas de imperio por mar e imperio por tierra.²³

La exigencia de tener un imperio de ultramar venía en parte de las necesidades de las grandes corporaciones alemanas, que desde la década de 1850 habían buscado concesiones en África y Asia. Surgieron algunos *lobbies*

como la Kolonialverein (Sociedad Colonial) y la Gesellschaft für Deutsche Kolonisation (Sociedad para la Colonización Alemana), financiadas por grandes bancos y magnates de la industria, que querían presionar al gobierno para que intentara la expansión a otros continentes. Pero hubo otro impulso, además: el de los nacionalistas alemanes, que sentían que su país se estaba quedando injustamente excluido de los nuevos mercados y recursos a medida que iba tomando forma «la desbandada hacia África», en la década de 1880. Hubo incluso quien pensó que estaba en juego la supervivencia de Alemania. En 1884 Heinrich von Treitschke dijo que la colonización era «*eine Daseinsfrage*», es decir, «una cuestión de vida o muerte».²⁴ En otras palabras, la exigencia de un imperio de ultramar contó con el impulso de la lógica económica, pero también geopolítica.

Para Bismarck el destino de Alemania estaba dentro de Alemania. En 1888 parece que Eugen Wolf, defensor del imperialismo alemán en África, mostró a Bismarck un mapa del continente y le indicó dónde, en su opinión, podía Alemania tomar territorios. «Su mapa de África es muy bonito –dicen que respondió Bismarck–, pero mi mapa de África está aquí, en Europa. Aquí está Rusia y aquí Francia y aquí nosotros, en el medio. Ese es mi mapa de África.»²⁵ Parece que Bismarck quería evitar el antagonismo con otras grandes potencias como Gran Bretaña y Francia que supondría un intento de expansión fuera del continente. Al mismo tiempo, pensaba que aquellas aventuras coloniales podrían distraer, o debilitar, o dividir a los alemanes. De manera que desde el principio, en palabras de uno de sus interlocutores, «se negó a hablar de colonias».²⁶

Sin embargo, con Alemania sumida en una depresión desde principios de la década de 1880, Bismarck empezó a sufrir cada vez más presión para que hiciera concesiones al *lobby* colonialista, que exigía un esfuerzo a gran escala para adquirir nuevos mercados en un momento en que el crecimiento se estaba ralentizando. El historiador Gordon Craig afirma que Bismarck estaba impresionado por el entusiasmo popular que suscitaba la colonización, y trató de sacarle partido. Hans-Ulrich Wehler, por otra parte, declaró que Bismarck había aprovechado la adquisición de colonias para resolver algunas tensiones internas del *Reich*: lo que él denominó «el imperialismo social».²⁷ Sea cual sea la explicación, en 1884 Bismarck dio lo que Craig llama «un salto hacia

fuera, hacia el mundo».²⁸ A la adquisición de Angra-Paqueña, en el sur de Namibia, siguieron más territorios de Togo y Camerún, en África Occidental y de Nueva Guinea, en el Pacífico.

Pero la política de Bismarck, con su colonización pragmática, no fue nada en comparación con la que vendría después, con Guillermo II, cuando éste subió al trono en 1888 a la edad de veintinueve años. Una vez que Bismarck dimitió como canciller, en 1890, el Kaiser empezó a buscar una nueva ruta para la política exterior: su afán era convertir el *Reich* en un «imperio mundial». En enero de 1896 proclamó una nueva *Weltpolitik* y, tras el asesinato de dos misioneros alemanes la marina alemana tomó el puerto chino de Kiaochow, alienando a Rusia en el proceso: fue ahí cuando Bülow presentó su famosa petición de «un lugar en el sol». Mientras Alemania intentaba asegurarse su posición en Europa Central, sobre todo a través del nuevo canciller Leo von Caprivi y su intento de crear un bloque de comercio liberal europeo, el énfasis se puso en la «política mundial» más que en la «política continental».

Esta nueva *Weltpolitik* subyugó a muchos alemanes.²⁹ En 1898 se dirigió al Kaiser hasta el líder sionista Theodor Herzl, que intentaba persuadirle de que apoyara su idea de establecer un estado judío en Palestina, en aquel momento parte del Imperio otomano. Herzl, que en su novela *Altneuland* había imaginado una especie de utopía germánica en Palestina, le dijo que veía el estado judío como un protectorado alemán que exportaría al Oriente la cultura alemana. Aunque al final el Kaiser no apoyó el proyecto, la idea parece haberle seducido en un principio, pues se acomodaba a sus planes: él buscaba sobre todo una concesión para construir una línea de ferrocarril de Berlín a Constantinopla, cuyo primer tramo se conoció con el nombre de «línea Berlín Bagdad», que contribuiría a expandir la influencia alemana, atravesando los Balcanes y llegando a Oriente Medio para llenar así el vacío que había dejado el Imperio otomano, en plena descomposición.³⁰

Entre los partidarios del imperio estaba Max Weber, que en su conferencia inaugural de 1895 en Friburgo declaró que la unificación acabaría siendo poco más que «una gamberrada» si Alemania no la empleaba para convertirse en

una *Weltmacht*, es decir, en una potencia mundial.³¹ Los «imperialistas liberales» como Weber veían el imperio alemán como una causa progresista y, como dice Ludwig Dehio, pretendían «no sólo conquistar un lugar en el sol para ellos, sino también asegurar a los demás una existencia más luminosa».³² Sobre todo lo veían como una misión de Alemania, que pretendía desafiar a la hegemonía global de Gran Bretaña. Si desafiaba al poder marítimo de los británicos, Alemania podría crear una versión global del equilibrio de poder que existía en Europa. Así, como sugiere Dehio, «cada uno de los rivales luchaba contra la posición hegemónica que ocupaba el otro, y apelaba al equilibrio de poder; pero cada uno de ellos daba un significado diferente a los términos “hegemonía” y “equilibrio de poder”».³³

Sin embargo, como aduce Brendan Simms, «el giro global de la principal estrategia alemana» de finales del siglo XIX puede verse no sólo como una apuesta por el poder fuera de Europa, sino también como «un grito de ayuda a Europa».³⁴ El Kaiser, que cada vez veía más clara la amenaza de Francia por el oeste y de Rusia por el este, quería alianzas, no conflictos, con Gran Bretaña, la única potencia europea que no estaba comprometida y que hubiera convertido de nuevo a Alemania en una de tres en una Europa de cinco y, sobre todo, hubiera proporcionado un aliado frente a Francia. Pero después de la disputa con Gran Bretaña sobre el Transvaal, en 1844-1845, el Kaiser estaba convencido de que Gran Bretaña sólo se tomaría a Alemania en serio si poseía unas fuerzas navales que, según la ideología del momento, partidaria de una marina fuerte, le otorgaran influencia global. Así intentó convertir a Alemania, tradicionalmente potencia terrestre, en una potencia marítima. Éste fue el segundo choque con el punto de vista de Bismarck, que en 1873 había dicho al embajador británico en Berlín que «no deseaba para Alemania ni colonias ni flotas».³⁵

Tras nombrar al almirante Alfred von Tirpitz secretario de Estado de Marina en 1897 Alemania se lanzó a fortalecer sus fuerzas navales. Tirpitz, que había desempeñado un papel fundamental en la adquisición de Kiaochow y estaba convencido de que Gran Bretaña pensaba impedir que Alemania alcanzara su destino como potencia mundial, dijo al Kaiser en un memorándum en 1897 que Alemania «necesitaba cierta dosis de fuerzas navales, como factor de poder político», frente a Gran Bretaña, y por ello tendría que

fabricar «barcos de guerra, la mayor cantidad posible».³⁶ Al año siguiente el Reichstag aprobó la primera de una serie de cinco leyes navales que destinaban 400 millones de marcos a la construcción de nuevos buques. El canciller, el príncipe Chlodwig de Hohenlohe-Schillingsfürst, garantizó al Reichstag que estaba muy lejos de sus pensamientos «hacer una política aventurera».³⁷ Pero el efecto de la política fue, inevitablemente, el comienzo de una carrera con Gran Bretaña, que dependía más del comercio de ultramar que cualquier otra gran potencia e intentaba mantener su flota en las mejores condiciones posibles para vencer a las dos potencias marítimas del continente: el llamado patrón de dos potencias.

Entretanto, el mapa geopolítico de Europa también estaba cambiando, en parte en respuesta al poder alemán y en parte como consecuencia de los vaivenes de esa compleja mezcla de competencia y cooperación que mantenían las grandes potencias fuera de Europa. La política exterior francesa siguió teniendo en cuenta a Alemania. A partir de la unificación alemana Austria había desplazado el foco de su política exterior, del centro al sureste de Europa donde, no obstante, acabó por agravar el conflicto con Rusia. Mientras, Alemania había permitido, en 1890, que expirase el Tratado de Reaseguro que había firmado con Rusia, al tiempo que seguía comprometida por la alianza con Austria-Hungría e Italia. A principios de la década de 1890 tuvo lugar un acercamiento entre Francia y Rusia, que fue el comienzo de lo que George Kennan llamaría posteriormente «la alianza fatídica».³⁸ Así, lo que en 1871 había sido un sistema multipolar compuesto por cinco potencias, se fue transformando gradualmente en un sistema bipolar compuesto por dos bloques antagónicos.

Con el abuso de esta estrategia en todo el mundo la actitud de Gran Bretaña hacia las alianzas también cambió. En 1904 Gran Bretaña y Francia firmaron la Entente Cordiale, que puso fin a su rivalidad en el norte de África y acabó con una larga tradición británica de «espléndido aislamiento». Alemania intentó separar a Francia y Gran Bretaña, desafiando un intento francés de consolidar el control sobre Marruecos en 1905: no salió bien, y se encontró aislada en la conferencia de Algeciras que se celebró posteriormente. Muchos agentes de los que tomaron parte en el establecimiento de una política exterior que hasta entonces se había centrado en las tensiones con Francia y

Rusia llegaron a la conclusión de que la principal amenaza era entonces Alemania, que buscaba una forma de supremacía marítima «incompatible con la existencia del imperio británico», como dijo el diplomático Eyre Crowe en un famoso comunicado en 1907.³⁹ Ese mismo año Gran Bretaña y Rusia firmaron un convenio que completó la fusión del bloque anglo-francés-ruso: la Triple Entente.

En 1906 Gran Bretaña había respondido a la expansión naval alemana centrándose en la construcción de un nuevo tipo de buque de guerra, el Acorazado, que sería superior –en cuanto al blindaje y a la movilidad– a cualquier buque de guerra existente. En 1908 Alemania reaccionó sustituyendo sus viejos barcos de guerra por otros del tipo de los Acorazado. Tras llegar a canciller en 1909 Theobald von Bethmann-Hollweg intentó, sin éxito, acabar con la escalada armamentística naval. En 1911, cuando Alemania despachó la lancha cañonera *Panther* al puerto marroquí de Agadir en respuesta al envío de tropas francesas a Fez, para aplacar la agitación, provocó una segunda crisis en Marruecos. El «salto de la Pantera» aumentó aún más la tensión entre Alemania y la Triple Entente, aceleró la carrera armamentística y suscitó en Europa la idea de que era inevitable la guerra. En 1913 el ejército alemán se expandió enormemente, y algunos de los mandos militares, como el jefe de oficiales Helmuth von Moltke, comenzaron a reclamar una «guerra preventiva».

De este modo, tanto si fue consecuencia directa de la política alemana como si fue consecuencia indirecta «de las transiciones históricas en Europa», como ha dicho recientemente Christopher Clark, la *cauchemar des coalitions* se hizo realidad.⁴⁰ Cuando finalmente estalló la guerra en agosto de 1914, el catalizador fue la competición estratégica entre Austria-Hungría y Rusia en los Balcanes, más que entre Gran Bretaña y Alemania: la cuestión oriental más que la cuestión alemana. Pero el sistema bipolar de bloques antagónicos convirtió el conflicto entre Austria y Rusia en una guerra a escala europea. Y Alemania, así como había apostado por la hegemonía europea cuarenta y tres años después de la unificación, continuó alimentando la idea de una misión alemana. Cuando la *intelligentsia* alemana fue a la guerra fue «la –supuestamente– mayor profundidad de su cultura lo que blandió frente al enemigo», en palabras de David Blackbourn.⁴¹

Después de la Primera Guerra Mundial Alemania quedó diezmada pero no destruida. El Tratado de Versalles, firmado en 1919 en el mismo lugar en el que se había proclamado la unificación alemana en 1871, impuso unas condiciones punitivas a Alemania que limitaban sus recursos y su libertad de maniobra. Además de tener que firmar una cláusula de culpabilidad y pagar indemnizaciones que ascendían a 64.000 millones de dólares, Alemania perdió una porción significativa de su territorio, incluidas Alsacia y Lorena, que pasaron a Francia y Pomerania, y partes de Prusia Oriental y Silesia, que pasaron a Polonia, aparte de todas las colonias de fuera de Europa que había ido adquiriendo desde tiempos de Bismark. Por otra parte, la región de Saar quedó bajo control francés y Renania hubo de ser desmilitarizada y ocupada durante quince años. Las restricciones también afectaron al ejército alemán, que quedó reducido a 100.000 hombres, no podía tener tanques ni artillería pesada, ni siquiera personal para funciones generales. Y la marina no podía tener ni buques grandes ni submarinos.

Pero aunque Alemania era significativamente más débil y se enfrentaba a mayores limitaciones que antes de la Primera Guerra Mundial, la configuración básica de Europa permanecía intacta. La paz dependía, al igual que antes de la guerra, del equilibrio de poderes, y sobre todo en el centro de Europa, «la cuestión alemana» seguía sin resolverse. En términos relativos Alemania era en realidad más poderosa que antes porque otros imperios habían caído y Francia estaba agotada. A su alrededor, un cinturón de pequeñas naciones-estado que se habían formado en los anteriores imperios europeos y cuyo objetivo era funcionar como parachoques, que lo único que hicieron fue exacerbar la inestabilidad en Europa. Se hizo un primer intento de renovar el enfoque de la seguridad colectiva mediante la creación de la Liga de las Naciones, pero ésta no contaba con el respaldo del poder militar. Los términos punitivos del Tratado de Versalles crearon un profundo resentimiento en Alemania: antes de la guerra el revisionismo francés había sido una amenaza para el equilibrio; ahora lo era el revisionismo alemán.

El objetivo de la diplomacia alemana en lo que luego se convirtió en la República de Weimar era, ante todo, recuperar la independencia y la soberanía. Pretendía reducir y, si era posible, eliminar del todo, las condenas a pagar indemnizaciones que el Tratado de Versalles había impuesto a

Alemania, acordar la retirada de tropas extranjeras de Alemania, conseguir la paridad militar con otras potencias y, por último, si se podía, recuperar el territorio que habían perdido y ahora estaba en manos de Polonia. Estos objetivos eran comunes a la mayor parte de la clase política alemana. En el resto de Europa sólo había división y conflicto: en Francia, un conflicto entre intentar el retraso de la recuperación de Alemania y la búsqueda de la reconciliación con ella; en Gran Bretaña, entre su tradicional papel de guardián del equilibrio y su compromiso con la nueva idea de seguridad colectiva.

Excluida de la Liga de las Naciones y condenada al ostracismo por las potencias occidentales, Alemania firmó en 1922 el tratado de Rapallo con la Unión Soviética. En él establecían relaciones diplomáticas completas y ambas renunciaban a reclamar nada a la otra parte. En respuesta a esto, las tropas francesas y belgas ocuparon el Ruhr, el núcleo industrial de Alemania, en 1923. Durante los meses siguientes Berlín patrocinó una campaña de resistencia pasiva contra la ocupación y Alemania llegó a una situación de hiperinflación y desorden político, pues el gobierno tuvo que imprimir más dinero para pagar las indemnizaciones de guerra. «Si no hubiera existido Rapallo, no hubiera existido el Ruhr», diría después Lloyd George.⁴² Aunque la economía quedó estabilizada al año siguiente, la hiperinflación de 1923 dejó tras de sí un gran trauma, y la ocupación cambió el pensamiento estratégico alemán.

La situación quedó estabilizada gracias al liberal nacionalista Gustav Stresemann, que fue ministro de Asuntos Exteriores desde 1924 hasta que murió de apoplejía en 1929. Stresemann abogó desde el comienzo por la economía, factor que consideraba de gran importancia en las relaciones internacionales, y creía firmemente que Estados Unidos acabaría por modificar el equilibrio de poder europeo. La guerra hizo tambalearse la fe de Stresemann en el uso de la fuerza militar como medio de poder político. Así, aunque era un «nacionalista alemán de pura cepa» que trató de revisar las condiciones del Tratado de Versalles y las restricciones que se habían impuesto a Alemania –y, en definitiva, recuperar los territorios que había perdido y que habían pasado a Polonia– intentó aplicar una visión política más que militar para conseguir los objetivos que tenía su país en materia de

política exterior, lo que Adam Tooze llamó «revisiónismo económico» y Gottfried Niedhart «la versión económica de la política del poder alemán».⁴³

Su éxito fue tremendo. Al expresar su disposición a cumplir las condiciones de indemnización Stresemann se granjeó el apoyo de EE.UU., que le concedió préstamos, y explotó las diferencias entre Gran Bretaña y Francia para obtener concesiones o indemnizaciones. En 1924 el Plan Dawes redujo significativamente las exigencias de indemnización inmediata que pesaban sobre Alemania y concedió un préstamo de cien millones de dólares donados por prestamistas estadounidenses. En 1925 los Tratados de Locarno garantizaron la retirada de tropas británicas y francesas del Ruhr y permitieron a Alemania unirse a la Liga de las Naciones, a cambio de que se establecieran las fronteras occidentales de Alemania. La ocupación de Renania terminó en 1928 y en 1929, gracias al Plan Young, se acordaron más reducciones en las indemnizaciones. Pero aunque Alemania había logrado muchos de sus objetivos en materia de política exterior a través de la cooperación, y no tanto de la confrontación, a finales de los años treinta los principales partidos se estaban viendo socavados por los partidos nacionalistas radicales, como los nazis, especialmente tras el *crack* de 1929 en Wall Street y la subsiguiente depresión.

Cuando Hitler llegó a canciller en 1933 Alemania se convirtió en un país revisionista más virulento de lo que había sido hasta entonces. Más que «aceptar con sumisión que Alemania ocupara un lugar en el orden económico global dominado por los países ricos de habla inglesa» Hitler buscaba «plantear un desafío épico a este orden», escribe Tooze.⁴⁴ En un principio Hitler se centró en levantar las restricciones que aún pesaban sobre Alemania; pero a diferencia de sus predecesores él tomó acciones unilaterales y se preparó para emplear la fuerza militar. En otoño de 1933 Alemania abandonó la Liga de las Naciones y se negó a acatar las restricciones sobre armamento que imponía Versalles; en 1935 el Saar regresó a Alemania, tras un plebiscito; en 1936 Alemania envió tropas a la Renania desmilitarizada. Hitler orientó la economía hacia la guerra, volvió a armar a su ejército, sin disimulos, y aumentó su tamaño más allá de los límites que había determinado Versalles. En 1939 Alemania tenía la fuerza suficiente para volver a perseguir la hegemonía en Europa.⁴⁵

Con el comienzo de la Segunda Guerra Mundial tanto la ideología nazi como su estrategia se radicalizaron aún más. Al principio Hitler había intentado evitar los errores de la Primera Guerra Mundial: no quería luchar en dos frentes simultáneamente. De modo que en 1939 firmó un pacto con los soviéticos, una versión de Rapallo entre dos estados totalitarios. Sin embargo, la guerra en Occidente no terminó tan pronto como Hitler había esperado. En verano de 1941, impulsado tanto por su ideología como por la necesidad de recursos, Hitler invadió la Unión Soviética y con ello creó precisamente la guerra en dos frentes que la política exterior alemana había intentado siempre evitar. Tras invadir la Unión Soviética la expansión por Europa central y del este evolucionó hasta convertirse en un proyecto genocida de explotación económica y exterminio de pueblos enteros a fin de crear, para el pueblo alemán, el llamado *Lebensraum*.

En lo que se convirtió en la mayor, más brutal y más ambiciosa reforma de Europa en la historia, los nazis reactivaron, radicalizaron y dieron forma a la idea de un imperio continental que era un regreso a aquella «charla del imperio» de la década de 1880. Como ha mostrado ya Mark Mazower, los nazis pretendían trasponer al continente europeo algunos elementos de otros proyectos imperiales extraeuropeos, como el Imperio británico, y de sus propios experimentos coloniales en África y el Lejano Oriente.⁴⁶ Por ello era una reversión, aunque de manera extrema, a la idea de un imperio terrestre, más que un imperio marítimo, que había perseguido Bismark. De hecho, al igual que Bismark, Hitler llamó a Rusia «nuestra África».⁴⁷ Al mismo tiempo los nazis formularon este proyecto imperial con la retórica de una «comunidad europea», o *europäische Gemeinschaft*.

Este proyecto imperialista alcanzó su punto más alto en 1943. Tras la derrota de Leningrado Alemania se replegó, pero no abandonó la lucha; en 1945 estaba completamente destruida, a diferencia de 1918. Alemania –y Europa– no volverían a ser las mismas. «La cuestión alemana», que tanta inestabilidad había provocado desde la unificación, había transformado, tras la destrucción de gran parte del continente, el papel de Europa en el mundo. Después de la Segunda Guerra Mundial dos superpotencias externas desplazaron a las grandes potencias europeas de antes de la guerra. Una nueva falla atravesaba toda Europa, pasando por Alemania. La cuestión alemana

quedaría, por tanto, resuelta con la división de Europa y gracias al poder americano y soviético. Como dijo A. J. P. Taylor, «lo que había sido el centro del mundo se convirtió de pronto en “la cuestión europea”, sin más».⁴⁸

Y así la política exterior alemana, entre 1871 y 1945, había estado definida por una compleja interacción entre factores estructurales y lo que podría llamarse factores ideológicos: lo que David Calleo ha denominado «las compulsiones internas de la sociedad alemana».⁴⁹ Al terminar la Segunda Guerra Mundial historiadores y sociólogos dijeron que Alemania había sufrido una especie de *Fehlentwicklung*, un desarrollo fallido, que había culminado con el nazismo. Ésa era la idea de *Sonderweg* o «ruta» de Alemania. El término hacía referencia originalmente a la teoría historiográfica de la aberrante trayectoria histórica de ese país, que divergía de la de Francia y el Reino Unido, pero también se ha utilizado de manera más general para describir lo excepcional de Alemania, con connotaciones tanto positivas como negativas.

El término *Sonderweg* se había utilizado al principio en sentido positivo, desde principios del siglo XIX: con él se quería destacar la diferencia de Alemania en relación con Europa Occidental. La idea de *Sonderweg* reapareció luego, con un sentido negativo, en los años sesenta. Con la influencia de Marx y Weber algunas personas, como el sociólogo Ralf Dahrendorf y el historiador Hans-Ulrich Wehler, tendieron entonces a emplear el término como forma de entender la catástrofe alemana, más que el genio alemán. La idea de que Alemania era, en cierto sentido, una nación-estado «anormal» estaba vinculada a su vez a la idea de Helmuth Plessner de Alemania como nación atrasada, o *verspätete Nation*, con sus consecuencias. Distintas versiones de la tesis de *Sonderweg* ponen un acento también diferente en el *Mittellage*; la influencia del militarismo prusiano, la historia intelectual de Alemania y, sobre todo, su rechazo de las ideas del Siglo de las Luces, el irracionalismo y la introspección. Y la naturaleza de la sociedad alemana, especialmente el papel de la burguesía.

La tesis de la *Sonderweg* tuvo una versión especialmente influyente: aquella que explicaba la trayectoria fatal y aberrante de Alemania por el

fracaso de su revolución de 1848. El argumento era el siguiente: como Alemania no había tenido una revolución burguesa como la de 1688 en Inglaterra o la de 1789 en Francia, la burguesía alemana era débil o estaba infradesarrollada, y no consiguió constituirse durante el siglo XIX como una clase con conciencia de tal, que actuara políticamente por su cuenta y a favor de sus intereses colectivos. En otras palabras: en confrontación directa con el dominio establecido de la aristocracia terrateniente. Después de 1848 se produjo una vuelta al feudalismo por parte de la burguesía, y algunos dijeron que esta forma de *Fehlentwicklung* había sido también una de las causas del expansionismo alemán. Wehler dijo que Bismark y sus sucesores habían esgrimido la adquisición de colonias para resolver tensiones internas del *Reich*, lo que denominó «imperialismo social».⁵⁰

Sin embargo, la tesis de la *Sonderweg* se acepta ahora peor de lo que se aceptaba entonces: en un sorprendente estudio publicado en 1980, David Blackbourn y Geoff Eley mostraron que la idea de *Fehlentwicklung* llevaba a confusión en muchos casos: idealizaba la historia americana, inglesa o francesa, simplificaba en demasía el papel de la burguesía en Alemania y asumía que la revolución burguesa conducía al liberalismo.⁵¹ Más recientemente Helmut Walser Smith decía que el «consenso anti-*Sonderweg*» que vino después acabó con el sentido de «continuidad arraigada» que pudiera tener la historia alemana.⁵² Y sobre todo, Walser Smith sostiene que resta importancia al nacionalismo y al antisemitismo, a los que considera «una corriente espontánea», a la vez que desvincula la mayor parte del siglo XIX, antes de 1890, de la «catástrofe alemana» del siglo XX.⁵³

Mientras historiadores y sociólogos han intentado poner el foco en los factores nacionales, los teóricos de las relaciones internacionales han querido explicar el expansionismo alemán por referencia a la naturaleza de los estados en general o bien por la naturaleza anárquica de su sistema internacional. La unificación alemana había supuesto un caso paradigmático de eso que los realistas llaman «un dilema de seguridad»: al buscar la seguridad en un sistema internacional anárquico, los estados siguen a veces políticas que les llevan a incrementar sus capacidades militares; con esto, sin darse cuenta, hacen que otros estados se sientan menos seguros, y se crea un círculo vicioso, o una espiral, para los que no existen soluciones permanentes ni duraderas.

Los llamados realistas defensivos, como Kenneth Waltz, sostienen que los estados intentan mantener el equilibrio de poder, esto es, el *statu quo*. Pero aunque la política exterior de Bismarck, después de 1871, ofrece cierto apoyo a esta teoría, no explica el afán cada vez más expansionista que afectó a la política exterior alemana después de que se retirase Bismarck.

Los llamados realistas ofensivos, como John Mearsheimer, por otra parte, sostienen que los estados buscan aumentar, en la medida de lo posible, su propio poder, y no tanto el equilibrio. Según este punto de vista, «no hay potencias partidarias del *statu quo* –o potencias conservadoras– en el sistema internacional, salvo aquellas que ocasionalmente gozan de la hegemonía y que buscan mantener su posición de dominio sobre posibles rivales».⁵⁴ Mearsheimer dice que la política exterior alemana desde 1871 hasta 1945 es, por tanto, un caso clarísimo de una gran potencia que actúa como potencia realista ofensiva.⁵⁵ Sostiene también que tanto el Kaiser como Hitler apostaron por la hegemonía en Europa cuando pudieron: en otras palabras, cuando Alemania llegó a ser lo suficientemente poderosa, en términos relativos. De este modo, en términos de política exterior, «Hitler no representó una ruptura brusca con el pasado sino que pensó y se comportó como lo habían hecho otros dirigentes alemanes antes que él».⁵⁶ O, dicho de otro modo, era como la versión contada por historiadores y sociólogos que expusieron la idea de *Sonderweg* alemana: una historia de continuidad.

Como ilustran las distintas conclusiones a las que han llegado historiadores, sociólogos y teóricos de las relaciones internacionales sobre la continuidad de la historia alemana y sobre el papel de Alemania en las relaciones europeas anteriores a 1945, todavía no hay consenso interdisciplinar sobre «la cuestión alemana». Lo que está claro es que la unificación alemana creó en 1871 una nueva potencia central en Europa, que luchó por una política exterior expansionista que, en último término, condujo a la catástrofe. Lo que se sigue discutiendo es hasta qué punto las causas últimas fueron estructurales o ideológicas: en otras palabras, si eran una función de la naturaleza de los estados o un conjunto de ideas específicas que prevalecían en Alemania. Pero hasta hace poco ésta había parecido una cuestión puramente académica: como ya dijera David Calleo en 1978, la cuestión alemana parecía «haber pasado a la historia».⁵⁷

CAPÍTULO 2

Idealismo y realismo

La República Federal alemana fue la sucesora legal del Tercer Reich, y muchos de los hombres que gobernaron el país en la década posterior a su creación en 1949 habían sido nazis anteriormente. Sabemos que la continuidad entre el Tercer Reich y la recién creada República estaba especialmente marcada en el caso, por ejemplo, del ministerio de Asuntos Exteriores. Hace unos años un equipo de cuatro historiadores revisó los archivos de dicho ministerio y escribió un exhaustivo informe sobre esa relación de la República con los nazis y su compromiso con el pasado nazi después de la guerra. Este grupo de historiadores no sólo confirmó la complicidad del ministerio de Asuntos Exteriores en el Holocausto, sino que reveló además cómo muchos diplomáticos implicados habían reanudado su carrera después de la guerra. De hecho, averiguaron incluso que había más nazis en el ministerio en la década de los cincuenta de los que hubo durante la época nazi.¹

Sin embargo, aunque 1945 no fue la «hora cero» que muchos alemanes creerían después, es cierto que supuso un paréntesis, al menos en política exterior. Aunque algunos de los funcionarios del ministerio de Asuntos Exteriores fueron los mismos hombres que habían puesto en marcha la política exterior de Hitler, la República Federal constituida en 1949 no era el Tercer Reich, a pesar de que en los años sesenta algunos jóvenes alemanes occidentales de izquierdas sostuvieran lo contrario.² No se trataba sólo de que el país hubiera quedado devastado por la guerra: es que su tamaño se había reducido a la mitad de la Alemania que había declarado la guerra en 1939 y había perdido importantes recursos propios, como el carbón. Luego se había convertido en una democracia con una economía que los aliados occidentales habían transformado, sobre todo mediante la descomposición de los consorcios que habían dominado la economía alemana desde el *Gründerzeit*. La devastación de 1945 también había transformado al pueblo alemán, especialmente su actitud frente a la guerra.

El entorno de Alemania fue transformado por completo al surgir una nueva

situación: la Guerra Fría, que coincidió con la creación de la República Federal y que ya representaba, por sí misma, un factor de peso. Desde la unificación, en 1871, hasta la catástrofe de 1945, Alemania había sido un estado poderoso en el centro de Europa; la República Federal, sin embargo, era un estado débil situado en el extremo oriental de Europa. En otras palabras, había pasado de estar en el *Mittellage* a estar en el *Grenzlage*: del centro, a la frontera. Berlín Occidental, aislado dentro de la ciudad, era aún más vulnerable, como demostró el bloqueo soviético de 1948-1949. Esto supuso que, durante la mayor parte de su existencia, Alemania Occidental funcionó sometida a limitaciones poco usuales. Hasta la reunificación, en 1990, fue un «estado semisoberano que dependía de sus aliados para que lo protegieran de la amenaza soviética y al que se impidió, por los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial, que definiera o que buscara de modo explícito sus propios intereses nacionales».³

Dentro de esas limitaciones la República Federal de Alemania perseguía ante todo dos objetivos en materia de política exterior: seguridad y rehabilitación. Durante gran parte de la historia de la República Federal su seguridad fue precaria. De hecho, la importancia de la seguridad para Alemania Occidental ha sido tal que algunos historiadores han reducido su historia a una búsqueda de la seguridad.⁴ La rehabilitación era un objetivo de menor peso, aunque también importante, pues lograrlo podía suponer un aumento de su libertad de maniobra. La República Federal era revisionista en sentido limitado: el preámbulo de la Ley Fundamental la obligaba a la reunificación. Pero esto, con el tiempo, se fue viendo menos como un objetivo de política exterior y más como un objetivo a largo plazo que dependía de una transformación más amplia de Europa.

En su búsqueda de los dos objetivos de rehabilitación y seguridad y sumida en esta situación inusual la República Federal evolucionó hasta convertirse en lo que a muchos les pareció un nuevo enfoque de su política exterior, enfoque que en realidad estaba en el extremo opuesto de la política exterior que Alemania había intentado aplicar entre 1871 y 1945. Se basaba en la idea de la integración internacional en instituciones de carácter multilateral,

sobre todo la OTAN y lo que luego sería la Unión Europea. Este enfoque, que evolucionó gradualmente durante los cuarenta años de historia de la República Federal, llevó a algunos a considerarla un agente completamente nuevo en materia de política exterior. No era una gran potencia realista, como su predecesora legal, sino una potencia normativa. En otras palabras, una potencia de las que ponen normas internacionales.⁵ Y tal vez lo más importante: en un contexto en el que la seguridad colectiva había sustituido al equilibrio de poderes, Alemania Occidental rechazaba el empleo de las fuerzas militares salvo en casos de autodefensa.

Puede que la forma más influyente de interpretar este nuevo enfoque de la política exterior fuera la idea de que la República Federal era una «potencia civil», es decir, que a diferencia de una gran potencia, sus objetivos eran «civilizar» las relaciones internacionales mediante el asentamiento de una normativa internacional. El término, que es descriptivo a la vez que prescriptivo, lo acuñó François Duchêne a principios de los años setenta precisamente para describir a la Unión Europea. Lo aplicó a Alemania Hanns Maull, que defendía que Alemania, junto con Japón, se había convertido en «prototipo» de «un nuevo tipo de potencia internacional», que aceptaba la necesidad de la cooperación con otros para conseguir objetivos internacionales concentrándose en medios no militares, sobre todo económicos, para conseguir sus objetivos de política exterior y que estaba dispuesta a transferir la soberanía a instituciones supranacionales.⁶

Maull decía también que Alemania y Japón se habían convertido en «poderes civiles» por necesidad más que por elección. Derrotados en la Segunda Guerra Mundial, se vieron obligados a hacer concesiones territoriales, pero a causa de la Guerra Fría no se empeñaron en formular exigencias territoriales en su propio interés nacional, pues hacerlo habría supuesto una merma de su propia estabilidad. En el contexto de la Guerra Fría ambos renunciaron también a una política de seguridad autónoma, en pos de la dependencia estratégica de Estados Unidos: una solución eficaz y relativamente barata para sus problemas defensivos que les permitía centrar sus energías en el crecimiento económico. En resumen: la República Federal no adoptó la identidad de una «potencia civil» en un acto de altruismo, sino que lo hizo porque vio que era la mejor manera de conseguir sus objetivos y

cumplir sus ambiciones en materia de política exterior.

Como reconoció el propio Maull el concepto de «potencia civil» era, en muchos sentidos, similar al de «estado comercial» que había desarrollado Richard Rosecrance.⁷ Rosecrance expuso que, en las décadas de 1970 y 1980, impulsados por el valor, cada vez menor, de sus activos productivos fijos, los estados para los que ya no era viable una forma de estrategia tradicional, ya fuera por su tamaño o por su reciente experiencia en el conflicto, estaban adoptando cada vez con más frecuencia estrategias basadas en el aumento de su cuota de comercio mundial, y no en el poder militar o en la expansión territorial como se había hecho hasta entonces. Como resultado de esto surgió un «nuevo prototipo político» de estados que buscaban su sitio en el comercio internacional, y no en la expansión territorial. Otros analistas de política exterior han aplicado el concepto de «estado comercial» específicamente a Alemania.⁸

Sin embargo, aunque las «potencias civiles» tales como Alemania con frecuencia fueron en la práctica también «estados comerciales» las primeras difieren conceptualmente de las segundas en términos de objetivo último. La versión de Maull, sobre todo, del concepto de «poder civil», se origina en la teoría formulada por el sociólogo Norbert Elias del proceso civilizador en política y sociedad.⁹ Para una «potencia civil» el principal objetivo en política exterior no es limitarse a mejorar el rendimiento económico o la prosperidad, sino civilizar las relaciones internacionales a través del desarrollo de un corpus normativo internacional. En otras palabras, una «potencia civil» busca hacer política internacional igual que hace política doméstica: evitando, sobre todo, el uso de la fuerza salvo de manera colectiva y con legitimidad internacional; su meta es contribuir al desarrollo de un monopolio multilateral de empleo de la fuerza análogo al monopolio estatal de uso de la fuerza que se aplica en el contexto nacional.

Maull hace hincapié en que el concepto de «potencia civil» es un ideal típico. La República Federal, junto con Japón, pueden haberse acercado más a este ideal que cualquier otro país, pero la historia de la República Federal no es una historia intachable: en la práctica, las decisiones de política exterior se tomaron, como en otros estados democráticos, tras una compleja interacción de los distintos factores que representaban intereses antagónicos. También

hubo, a lo largo del tiempo, muchos cambios de enfoque en la política exterior de Alemania Occidental. Y aunque son útiles, las teorías que nos muestran a Alemania como nuevo prototipo de las relaciones internacionales suelen poner el foco, inevitablemente, en el consenso que ha existido en la política exterior alemana, y restan importancia a las fallas que se han abierto en los debates de dicha política. Para entender algunos de los cambios que se han producido tras la reunificación, en 1990, es preciso examinar esas fallas con más detalle.

Los debates relativos a la política exterior estadounidense tienden a producirse en el marco de los conceptos de idealismo y realismo. Según Richard Haass, por ejemplo, «la batalla entre realistas e idealistas es la falla fundamental del debate sobre política exterior en Norteamérica».¹⁰ El idealismo tiende a asociarse con una política exterior estadounidense de corte «ideológico», que incluye la promoción de normas o valores y, sobre todo, de la democracia. Los idealistas suelen creer en el compromiso estadounidense con el mundo. El realismo, por otra parte, tiende a asociarse con una política exterior estadounidense de índole «antideológica» que conlleva la búsqueda de unos intereses nacionales más firmes y, sobre todo, de intereses económicos o estratégicos. El realismo de la política exterior estadounidense tiende a ir asociado al aislacionismo, pero también al imperialismo.

La política exterior de la República Federal rara vez se analiza como una competición entre las corrientes idealista y realista. Esto sucede, en parte, debido al alto grado de consenso que rodea la política exterior de la República Federal, asociada con la idea de «potencia civil»: es decir, un enfoque idealista que contrasta con el enfoque realista de la política alemana anterior a 1945. También ocurre porque se ha tendido a considerar las diferencias que existen en la República Federal en términos de derecha e izquierda. Sin embargo, es posible identificar una tensión entre enfoques antagónicos en los debates sobre política exterior de Alemania Occidental que nada tienen que ver con la división entre izquierda y derecha: de hecho, dentro de las limitaciones de semisoberanía y la Guerra Fría, en el pensamiento de la política exterior de la Alemania Occidental de posguerra antes de la reunificación de 1990, surgieron dos corrientes bien diferenciadas: una

realista y otra idealista.

Walter Russell Mead ha propuesto un enfoque alternativo para entender la política exterior estadounidense basándose en «las cuestiones e intereses que, en el fondo, impulsan el proceso de la política exterior estadounidense».¹¹ Russell, que ha ido desarrollando y complicando el contraste entre idealismo y realismo en las políticas exteriores estadounidenses, identifica cuatro corrientes, o escuelas, que se inician en un momento relativamente temprano de la historia de Estados Unidos, que se pueden identificar incluso en nuestros días, aunque cada una de ellas haya evolucionado de distinta manera, en respuesta a los cambios que se han producido tanto en ese país como en el orden internacional y que han influido en la política exterior del país norteamericano. Cada una de esas cuatro corrientes que Mead identifica con un líder político (Jefferson, Hamilton, Jackson y Wilson) representa una visión distinta de la identidad estadounidense y su papel en el mundo.

Aunque la historia de la República Federal es mucho más breve que la de Estados Unidos, es posible identificar los distintos enfoques de la política exterior de manera análoga: según Mead, las cuatro escuelas de la política exterior estadounidense aparecieron en respuesta a los distintos desafíos presentados por la cuestión de la relación entre Estados Unidos y un orden internacional que, durante la mayor parte de la historia, se había centrado siempre en Gran Bretaña. Naturalmente, la República Federal tiene una geografía y una historia peculiares, y por ello diferentes enfoques, también, basados en distintas ideas. Las fallas de los debates de la política exterior de la República Federal alemana surgieron en respuesta a los desafíos específicos a los que tuvo que hacer frente durante la Guerra Fría y, sobre todo, se centraron en la relación de Alemania con Occidente y con su pasado nazi. Dicho de otro modo, los debates sobre la política exterior de Alemania tienden a pivotar sobre dos ejes: uno geográfico y otro histórico.

Los principales argumentos de la política exterior de la Alemania Occidental hasta la reunificación se centraron en la nación y en su relación con Occidente. La seguridad y la rehabilitación –dos de los objetivos fundamentales de la política exterior de la Alemania Occidental– requerían una integración internacional y, sobre todo, establecer lazos con Occidente, lo que se llamó *Westbindung*. Pero el desarrollo de dichos lazos hizo más profunda

la división de Alemania: existía una tensión entre la seguridad de Alemania Occidental y su relación con Alemania Oriental. Por este motivo surgieron dos maneras de ver la política exterior de la Alemania Occidental: uno que buscaba fortalecer la *Westbindung*, incluso a costa de hacer aún más profunda la división alemana, y otro que ponía el énfasis en la unidad sobre todas las cosas, y por ende rechazaba la *Westbindung* si su coste iba a ser el de aumentar la separación.

En la historia alemana anterior a 1945 el nacionalismo se identificó, generalmente, con la derecha. La izquierda, por otra parte, había tendido históricamente al internacionalismo. Pero en la República Federal, a partir de 1949, el centro izquierda resultó ser más nacionalista que la derecha, en términos de política internacional. Sobre el trasfondo de la Guerra Fría, los democristianos de centro derecha –que ocuparon el poder durante los veinte primeros años de vida de la República Federal– intentaron sobre todo integrar a la Alemania Occidental en el bloque occidental. Los socialdemócratas de centro izquierda, que estuvieron en la oposición hasta 1966, abogaron por ese enfoque y trataron de mantener abierta la posibilidad de la reunificación alemana. Así la falla central de la política exterior de Alemania Occidental estuvo entre un idealismo de centro derecha, que ponía el foco en la idea de libertad, y un nacionalismo de centro izquierda que lo ponía en la idea de paz.

La primera figura decisiva en la política exterior de la Alemania Occidental fue Konrad Adenauer, alcalde demócrata cristiano de Colonia que se convirtió en primer canciller de la República Federal en 1949 y permaneció en el poder hasta 1964. Cuando Adenauer llegó a canciller, la República Federal era todavía un protectorado de los tres aliados occidentales: Francia, el Reino Unido y Estados Unidos. Según el Estatuto de Ocupación los altos comisionados de los tres países tenían derecho a intervenir si lo consideraban necesario por razones de seguridad o para defender el gobierno democrático de Alemania Occidental. El objetivo principal del canciller Adenauer era, por tanto, conseguir mayor libertad de maniobras de las potencias que ocupaban Alemania, al tiempo que conservaba su protección frente a la amenaza soviética.

En cierto modo, el enfoque de Adenauer era análogo al que había asumido Stresemann en los años veinte. Las estrategias de ambos se basaban en un reconocimiento de la debilidad alemana. Como Stresemann, Adenauer apuntaba a incrementar su libertad de maniobra, pero la situación a finales de la década de los cuarenta y comienzos de los cincuenta era muy distinta: en el contexto del poder soviético –sobre todo en materia de armas nucleares– y de la Guerra Fría la seguridad no sólo exigía el apoyo económico de EE.UU. como en 1920, sino un apoyo también militar. El objetivo de Adenauer era, por tanto, convertir la República Federal en un miembro igualitario de la alianza occidental. Adenauer creía además, como Stresemann –que era un *Vernunftrepublikaner* (es decir, un republicano de razón, y no de convicción) anglófobo– en una alianza de democracias que tuviera «las mismas opiniones de base respecto al significado de la vida y defendiera los ideales comunes del mundo libre frente a la amenaza soviética».¹² Visto así, el enfoque que Adenauer tenía de la política exterior era idealista.

El primer éxito de Adenauer en este sentido fue el Acuerdo de Petersberg, en 1949, que acabó con el desmantelamiento de la industria de Alemania Occidental y convirtió a la República Federal en miembro de la Autoridad del Ruhr, de la que había estado excluida hasta entonces y primera institución multilateral de la que fue socio igualitario. Pero el verdadero impulso llegó con el Plan Schuman de 1950, que al año siguiente supuso la creación de la Comunidad Europea del Acero y el Carbón (CEAC). La idea de integrar las industrias carboníferas y del acero de Francia, Italia, los países del Benelux y Alemania Occidental fue del ministro francés de Asuntos Exteriores, Robert Schuman, que esperaba que centralizando la producción industrial de esa forma haría que una guerra entre Francia y Alemania «no fuera sólo impensable, sino materialmente imposible».¹³

El Plan Schuman se recuerda actualmente como el comienzo del proceso que culminó con la creación de la Unión Europea, el mercado único y la moneda única. Pero en aquel momento su significado para la República Federal fue bastante prosaico: la creación de la CEAC contribuyó a la rehabilitación de la Alemania Occidental integrando su economía en la de otros estados de la Europa Occidental al tiempo que creaba oportunidades económicas y, sobre todo, garantizaba a la industria alemana un mercado

nuevo. Sin embargo, al mismo tiempo –y tal vez más importante aún– contribuyó a aumentar la soberanía alemana occidental. Sobre todo creó una nueva institución multilateral en la que la República Federal era un socio igualitario, y no un país vencido y ocupado.¹⁴

El enfoque de Adenauer fue rechazado por Kurt Schumacher, líder de los socialdemócratas, que había pasado la guerra en campos de concentración, Dachau entre ellos. Schumacher continuaba comprometido con la reunificación alemana como prioridad de política exterior, y acusaba a Adenauer de vender Alemania. Cuando Adenauer se avino a tomar parte en la Autoridad del Ruhr (y, por ende, a reconocerla) Schumacher le llamó «el canciller de los Aliados».¹⁵ Los socialdemócratas se oponían también al Plan Schuman, que según ellos diezmaba cualquier posibilidad de reunificación de Alemania y que empujaba a la República Federal a formar parte de un bloque –cuyo núcleo sería Estados Unidos– conservador, clerical y capitalista.¹⁶ De esta manera la situación de preguerra en que la derecha había acusado a la izquierda de falta de patriotismo se veía ahora revertida: era la izquierda la que cuestionaba el patriotismo del centro derecha.

No era, por tanto, que Adenauer se opusiera abiertamente a la reunificación alemana, aunque algunos habían especulado con la idea de que el canciller, por razones políticas, estaba encantado de perder los feudos socialdemócratas que ahora formaban parte de Alemania Oriental. Pero Adenauer pensó que la reunificación sólo sería posible en una Europa transformada, y así la integración europea ofrecería una vía más prometedora para seguir los intereses nacionales que la de la persecución de la soberanía. Por eso intentó poner el foco en la seguridad y en la rehabilitación a expensas de la reunificación. La reunificación siempre fue para Adenauer un objetivo a largo plazo, pero subordinado a otros más perentorios como aumentar la libertad de maniobras de la República Federal, que coartaban los países que la ocupaban, y la integración en Occidente. En 1952 Adenauer rechazó la oferta de Stalin de una Alemania unida, neutral y no ocupada.

La guerra de Corea, que comenzó en el verano de 1950 y trasladó la atención estadounidense de Europa hacia Asia, convirtió a Alemania Occidental en un país más vulnerable a la amenaza soviética. En este escenario, durante la segunda mitad de la década de los cincuenta, Adenauer

dio dos pasos para cohesionar la integración de la República Federal en Occidente que también contribuyeron a profundizar en la división de Europa y a estabilizar la República Democrática Alemana (RDA). En 1955 Alemania Occidental se rearmó y entró a formar parte de la OTAN. Este paso generó aún más controversia que la creación de la CEAC, aunque sólo fuese porque militarizaba la frontera entre las dos Alemanias y creaba una posibilidad real de que los soldados alemanes occidentales tuvieran que disparar a soldados alemanes orientales y viceversa. Los socialdemócratas se opusieron, pues abogaban por la neutralidad y se oponían al rearmamento en nombre de la paz.

El segundo paso, el que completó la *Westbindung*, fue el Tratado de Roma en 1957, con el que se creó la Comunidad Económica Europea y se estableció el objetivo de «una unión aún más estrecha entre los pueblos de Europa». Para Alemania Occidental la integración europea era, como ha dicho Stanley Hoffmann, «un salto del oprobio y la impotencia a la respetabilidad y la igualdad de derechos».¹⁷ Según Timothy Garton Ash Alemania Occidental tenía «un enorme interés en demostrar el compromiso europeo, porque sólo recuperando la confianza de sus vecinos y socios internacionales (incluidos Estados Unidos y la Unión Soviética) podía lograr, a largo plazo, el objetivo de la reunificación alemana». En otras palabras, «el europeísmo de la Alemania Occidental no era sólo utilitario: reflejaba compromiso moral y emocional verdadero, pero no era puramente de corte idealista».¹⁸

El enfoque de Adenauer, idealista y de centro derecha, tuvo un enorme éxito a la hora de asegurar y rehabilitar la Alemania Occidental, pero a principios de los años sesenta ya había tocado techo. Tras la construcción del Muro de Berlín en verano de 1961 la situación en Europa se estabilizó. Además, la situación estratégica también cambió: Estados Unidos ya no tenía la supremacía en armamento nuclear estratégico y el nuevo presidente, John F. Kennedy, había puesto nuevo énfasis en la paz. Entretanto, en la conferencia de Bad Godesberg celebrada en 1959, los socialdemócratas se habían reconciliado por fin con la *Westbindung*. De este contexto iba a surgir un enfoque enteramente nuevo y diferenciador de la política exterior de Alemania Occidental: el primero que era verdaderamente una alternativa al enfoque

idealista de Adenauer. La fuerza motriz intelectual que lo impulsaba fue Egon Bahr, el consejero del alcalde de Berlín Occidental, Willy Brandt. Henry Kissinger escribiría después que la política de Brandt, concebida por Bahr, «revertía y trascendía» la política exterior de la República Federal hasta ese momento.¹⁹

Bahr, nacido en 1922, pensaba sobre todo en términos nacionales. Era gran admirador de Kurt Schumacher y del demócrata cristiano Jakob Kaiser, que había tachado a Adenauer de «separatista».²⁰ Bahr quería que Alemania recobrara lo que él llamaría después su «soberanía interna», y que persiguiera sus intereses nacionales con mayor confianza. Pensaba que Adenauer había menospreciado el interés nacional alemán, que no era idéntico al de Estados Unidos. Sobre todo, Adenauer había descuidado el tema de la reunificación, que era incompatible con la integración de Alemania en Occidente. La combinación, en la República Federal, de la integración en Occidente y el rígido sentimiento anticomunista había dado lugar a una política exterior profundamente desequilibrada: «supranacional hacia Occidente, exigente con el Este y dispuesta a comprometerse con los valores occidentales sin ceder posiciones fundamentales al Este».²¹ En lugar de eso, lo que Alemania necesitaba era un plan de reunificación.

En un retiro en Tutzing, en el lago Starnberg de Baviera en verano de 1963, Bahr diseñó el nuevo enfoque de la cuestión alemana. Las condiciones para la reunificación sólo podían lograrse con la Unión Soviética, y no contra ella. Por lo tanto, era lógico que la República Federal no buscara menoscabar el régimen de la RDA, sino que tendiera a tratar de estabilizarlo. Tenía que aceptar la existencia de la RDA y perseguir unas mejoras graduales en las condiciones de vida de los alemanes del Este a través del comercio exterior y de la construcción de lazos políticos, económicos y culturales entre Alemania Oriental y Occidental. Estos lazos deberían tender a la transformación –lo que él llamó *Wandel durch Annäherung*, o «cambio por acercamiento»– y podrían dar lugar a la reunificación alemana al final de una serie de pequeños pasos. Bahr pensaba en ello como si fuera el judo.²² El ministro de Asuntos Exteriores de Alemania Oriental, sin embargo, definió aquello como «una agresión en zapatillas».²³

Bahr tuvo la oportunidad de poner en marcha este nuevo plan una vez que

Brandt se convirtió en primer canciller socialdemócrata de la República Federal, en 1969, momento en el que el contexto internacional también era nuevo. En 1968 Richard M. Nixon había vencido a Lyndon B. Johnson en la carrera presidencial de EE.UU., y su consejero de seguridad nacional, Henry Kissinger, comenzó una nueva política de distensión hacia la Unión Soviética y abrió un canal de comunicación con Bahr, al que había conocido en Washington en 1964. Kissinger estaba preocupado al principio por el nuevo enfoque que proponía dar Bahr a la *Deutschlandpolitik*, que él pensaba que procedía «de una perspectiva en esencia nacionalista».²⁴ Aunque implicaba la aceptación pragmática de la división de Alemania, acabó por considerarse una forma de lograr la unidad de Alemania, aunque fuera a largo plazo y después de una serie de muchos pequeños avances. Aunque Washington no se oponía a la unidad de Alemania, no quería que se produjera a costa de una «finlandización» de la República Federal.

El nuevo enfoque de Bahr fue lo que Gordon Craig califica de «antideológico», es decir, realista.²⁵ De hecho, a Kissinger le parecía que Bahr estaba en la línea de Bismark, quien como él «buscaba explotar la posición central de Alemania para sus objetivos nacionales». Aquellos objetivos eran, naturalmente, muy distintos en tiempos de Bahr que en tiempos de Bismark, pero el pensamiento de Bahr no dejaba de representar, para Kissinger, un retorno a la lógica del *Mittellage*. Bahr intentó aumentar al máximo la libertad de maniobra de la República Federal y trató activamente de que la idea que tenía de Moscú se distinguiera de la que tenía su superpotencia aliada. Kissinger pensó que Bahr, a diferencia de Adenauer, carecía de vínculo emocional con la alianza atlántica; pero su miedo no era que Alemania Occidental abandonara la OTAN, a la que aún necesitaba para que la protegiera frente a la Unión Soviética, sino que pudiera «evitar controversias fuera de Europa incluso cuando aquellas afectaran a intereses fundamentales de la seguridad nacional».²⁶

Para Kissinger y otros líderes occidentales «una Alemania poderosa y desenvuelta que intentaba moverse entre el Este y el Oeste, independientemente de su ideología, suponía un desafío al equilibrio de Europa».²⁷ En el contexto de la Guerra Fría Kissinger temía que la *Ostpolitik* pudiera desgastar la unidad transatlántica y favorecer a la Unión Soviética, lo

que enfrentaría a Europa y Estados Unidos como parte de una estrategia de «distensión diferencial». «En determinadas circunstancias podría ser interesante para Europa desvincularse de Estados Unidos para aumentar su libertad de maniobra hacia la Unión Soviética».²⁸ Y sobre todo, Europa podría acomodarse al poder soviético a través de un estrechamiento de las relaciones económicas que aumentarían la dependencia de Europa de la Unión Soviética. De ese modo la retórica de la paz y la realidad de la interdependencia económica podrían diezmar a Occidente.

Pero Kissinger pensó que «independientemente de cuales fueran los inconvenientes de la *Ostpolitik*, la alternativa –es decir, oponerse a ella y arriesgarse a separar a Alemania Occidental de sus aliados occidentales y sus socios europeos– era aún más peligrosa».²⁹ Por ello Estados Unidos apoyó a Brandt cuando firmó una serie de tratados con el bloque oriental a principios de 1970. El nuevo enfoque también contribuyó a resolver una de las principales preocupaciones de los americanos: Berlín Occidental. Al insistir en vincular la *Ostpolitik* con ese tema, Estados Unidos podía lograr concesiones de la Unión Soviética. Como diría Kissinger más tarde, «apoyar la *Ostpolitik* dio a Estados Unidos la ventaja necesaria para terminar con la crisis de Berlín, que duraba ya veinte años».³⁰ En un acuerdo integral firmado en 1971 se garantizaba la seguridad de aquella ciudad líder, y el acceso a la misma. Como escribiría Kissinger más adelante, «Berlín desaparecía de la lista de puntos críticos internacionales».³¹

De esta manera, aunque la «estrategia de paz» de Kennedy había creado el espacio necesario para la *Ostpolitik*, la política de la distensión de Bahr enlazaba perfectamente con la de Kissinger. Después Bahr declararía que estaba agradecido a Kissinger: «Sin él, nuestra política de la distensión no hubiera tenido lugar, no de esa forma», dijo.³² A pesar de la «retórica de la paz», la *Ostpolitik* se contemplaría después como una estrategia realista, es decir, centrada en los conceptos del interés nacional y del equilibrio de poderes que se remontaba a Richelieu. En su libro sobre *Ostpolitik*, *In Europe's Name*, Timothy Garton Ash describe a Bahr y Kissinger como «los dos Metternich de la distensión». O dicho de otro modo, como dos archirrealistas.³³ De ese modo la *Ostpolitik* de Brandt podía considerarse como el comienzo de una corriente realista de centro izquierda en la política

exterior de Alemania Occidental.

Al igual que la *Westbindung* de Adenauer, la *Ostpolitik* de Brandt fue un tremendo éxito. Los democristianos se habían opuesto a ella, en principio, con vehemencia, e incluso habían creado un servicio privado de inteligencia para que espicara a Brandt.³⁴ Pero en las elecciones de 1972 los votantes de Alemania Occidental respaldaron la *Ostpolitik* de manera abrumadora: fue una de las pocas ocasiones en que la política exterior iba a desempeñar un papel clave en unas elecciones generales en la República Federal. En mayo de 1974 Brandt se vio obligado a dimitir cuando salió a la luz que uno de sus principales asistentes, Günter Guillaume, era un agente de la Alemania Oriental. Le sustituyó como canciller Helmut Schmidt, que había sido ministro de finanzas en el gobierno de Brandt. La distensión continuó después, cuando Estados Unidos y la Unión Soviética firmaron los llamados «acuerdos SALT» (siglas en inglés de Conversaciones sobre Limitación de Armas Estratégicas), con los que limitaron la cantidad de armas nucleares de largo alcance y negociaron una reducción de las fuerzas convencionales con base en Europa, y otros acuerdos en materia de seguridad, cooperación económica y cuestiones humanitarias que culminaron en 1975 con la Declaración de Helsinki.

En Estados Unidos el consenso que había suscitado la distensión provocó una súbita reacción negativa en algunos demócratas que tenían la sensación de que la política exterior estadounidense se había vuelto demasiado realista y estaba descuidando la tarea de promocionar la democracia y los derechos humanos. Los neoconservadores de segunda generación, como Scoop Jackson y la Coalición para la Mayoría Demócrata atacaron esta versión de la política exterior estadounidense que había intentado restar importancia a la competición ideológica entre Estados Unidos y la Unión Soviética.³⁵ Aunque Kissinger rechazó lo que él veía como cruzadas ideológicas, por considerarlas un factor perturbador en las relaciones internacionales, esos neoconservadores pensaron que la distensión era una traición a los valores norteamericanos. De ese modo la reacción en contra de la distensión dio lugar a un nuevo ímpetu idealista en la política exterior estadounidense que incidiría en la administración Reagan, en los años ochenta.

En cierto modo la versión alemana occidental de la distensión era incluso más realista que la versión estadounidense, sobre todo en lo que se ha llegado a conocer como la segunda fase de la *Ostpolitik*, bajo el mandato de Schmidt: el elemento transformador de la estrategia de Bahr cayó en el olvido a medida que la estabilidad se convertía en un fin en sí misma.³⁶ Gordon Craig escribe que en las negociaciones de Helsinki los alemanes occidentales «mostraron un interés más activo que sus aliados de Occidente en la cooperación económica, tecnológica y medioambiental proyectada en el tratado, pero no mostraron interés alguno en temas de derechos humanos».³⁷ De hecho, algunos socialdemócratas alemanes estaban tan centrados en la *Ostpolitik* que vieron el surgimiento de Solidaridad en Polonia como «una amenaza para la paz en Europa».³⁸ Cuando el general Wojciech Jaruzelski declaró la ley marcial en 1981, Bahr escribió que la paz era más importante que Polonia.³⁹

Pero, a diferencia de lo que sucedía en Estados Unidos, en Alemania Occidental hubo poca o ninguna reacción contra la distensión. Es más, en el espacio que la distensión había creado, la Alemania Occidental que gobernaba Schmidt comenzó a trabajar por una política exterior basada en la economía. El éxito de Schmidt al estabilizar la economía tras la crisis del petróleo en 1973 convirtió a Alemania en una especie de modelo para otros países occidentales, y en la campaña electoral de 1976 utilizó incluso la expresión «La Alemania Modelo» como eslogan. Como el poder económico, relativo, de Alemania Occidental iba en aumento, la República Federal comenzó también a tomar la iniciativa en política exterior, buscando sobre todo aumentar la coordinación de las políticas económicas con la creación de una cumbre de países desarrollados que luego se convertiría en el G7. También firmó una serie de acuerdos bilaterales con la RDA –que se había convertido en un país dependiente, en lo financiero, de Alemania Occidental– que incrementó la actividad comercial y facilitó la movilidad entre los dos países.

Pero al calentarse la Guerra Fría, a finales de la década de los setenta, Alemania Occidental se vio obligada a cambiar de rumbo. En 1977 la Unión Soviética había comenzado a sustituir sus armas nucleares de medio alcance por los nuevos misiles SS-20 que suponían una amenaza directa a Europa Occidental y, sobre todo, a Alemania Occidental. Aunque los Acuerdos SALT habían reducido el peligro de una guerra total entre las dos superpotencias, no

habían incluido los misiles de alcance intermedio ni otras armas, que amenazaban a toda Europa Occidental. La superioridad de la Unión Soviética en cuestión de fuerzas convencionales seguía siendo impresionante. A algunos alemanes occidentales, como Schmidt, les parecía cada vez más difícil creer que Estados Unidos pudiera emplear armas nucleares en respuesta a un ataque convencional soviético contra la República Federal. En otras palabras, en el caso de Alemania Occidental, las fuerzas disuasivas nucleares parecían menos en número y menos creíbles también, y la dejaban más vulnerable de lo que fue nunca durante la Guerra Fría.

En un discurso pronunciado en el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres en octubre de 1977 Schmidt dijo que la OTAN tenía que rearmarse en Europa Occidental si el Pacto de Varsovia continuaba negándose a entregar las armas. Durante los dos años siguientes Schmidt contribuyó a operar un cambio de la estrategia de la OTAN hacia la Unión Soviética para hacer frente a la nueva amenaza, y convenció a los americanos de que colocaran misiles suyos, de medio alcance, en Europa Occidental. En diciembre de 1979 la OTAN accedió a instalar misiles Cruise y Pershing II en distintos países de Europa, incluida Alemania Occidental, si los SS-20 soviéticos no estaban desmontados en 1983. Aunque el plan lo había lanzado el canciller de Alemania Occidental, la oposición que surgió en su país a esta decisión, llamada *Doppelbeschluss* o «doble decisión» fue tremenda y desencadenó una campaña a gran escala contra el despliegue de misiles.

El movimiento pacifista –que dos politólogos han calificado como «el movimiento de masas más amplio y heterogéneo de la historia de la República Federal»– ilustraba la resonancia que tenía el concepto de «paz» en la Alemania Occidental.⁴⁰ La campaña alcanzó su clímax después de que Helmut Kohl tomara el testigo de la cancillería tras el colapso del gobierno de Schmidt en 1982. En octubre de 1983, cuando el Bundestag tomó la decisión sobre el despliegue de misiles, cuatrocientas mil personas –entre los que se encontraban Willy Brandt y el escritor Günter Grass– tomaron parte en la manifestación más grande de la historia de la República Federal. En el partido de Schmidt los sentimientos eran especialmente fuertes: en una conferencia del partido, celebrada en noviembre de 1983, los socialdemócratas votaron –quinientos ochenta y tres votos frente a catorce– contra el despliegue nuclear:

rechazaban la política de Schmidt y, en parte, revertían la conferencia de Bad Godesberg de 1959, en la que el partido había aceptado el rearmamento y la *Westbindung*.

La política exterior de Schmidt ilustró los dilemas a los que se tuvo que enfrentar Alemania Occidental durante la Guerra Fría. Durante el período de la distensión la República Federal había comenzado a articular una política exterior más orientada hacia la economía, y había empezado a actuar como un «estado comercial» que buscaba sobre todo afianzar su prosperidad.⁴¹ Pero seguía dependiendo de EE.UU. para su seguridad. En cuanto que cambió la situación estratégica la política exterior de Alemania Occidental tuvo que cambiar también, pues las preocupaciones estratégicas anularon el enfoque comercial que Brandt y Schmidt habían desarrollado en el marco de la distensión. Así, aunque Alemania Occidental había triunfado a la hora de aumentar su margen de maniobra –objetivo clave de la política exterior desde Adenauer a Schmidt– la Guerra Fría la obligaba a seguir operando dentro de los rígidos límites impuestos.

Si el entorno estratégico imponía unos rígidos límites a la política exterior de Alemania Occidental en los años ochenta, el pasado nazi era un límite flexible. En los años sesenta y setenta Alemania Occidental había comenzado, con algo de retraso, a cuestionar su pasado nazi. En 1963, cuando se celebró en Frankfurt un juicio contra diecisiete guardias de Auschwitz, la República Federal comenzó a enfrentarse a su responsabilidad ante el Holocausto. Pero la historia tenía dos vertientes: una escapista y otra de compromiso. Incluso aquellos que sentían que se habían enfrentado al silencio que reinó en los años cincuenta contra el Tercer Reich, como los estudiantes que se manifestaron en las calles de Alemania en los sesenta y los setenta, relativizaron en cierto modo el pasado nazi.⁴² No obstante fue necesario un proceso de aprendizaje, impulsado por la discusión del pasado nazi que comenzó en los años sesenta, para que el Holocausto emergiera en Alemania en forma de memoria colectiva importante, como lo hizo en todo Occidente.⁴³

Todo esto se aprecia en la manera en que comenzaron a escenificar actos de contrición en nombre del país los jefes de gobierno y los jefes de estado de

Alemania Occidental, a partir de los años setenta. Cuando en diciembre de 1970 Brandt se arrodilló ante el monumento al levantamiento del *ghetto* de Varsovia en 1943, fue, en palabras de Jeffrey Herf, «la primera vez que un canciller de la Alemania Occidental expresaba y reconocía públicamente remordimiento y expiación por lo que habían hecho los alemanes a los pueblos del Este de Europa y de la Unión Soviética durante la Segunda Guerra Mundial». ⁴⁴ En 1977 Helmut Schmidt se convirtió en el primer canciller de Alemania Occidental que daba un discurso en Auschwitz. ⁴⁵ En un discurso pronunciado en mayo de 1985, en el cuarenta aniversario de la rendición alemana en la Segunda Guerra Mundial, el presidente Richard von Weizsäcker, un demócrata cristiano, escenificó el que sería el acto de contrición definitivo respecto al pasado nazi de Alemania: de esa manera el Holocausto quedó profundamente arraigado en «la memoria nacional del *establishment* político de Alemania». ⁴⁶

No obstante, tan pronto como el Holocausto pareció ocupar el centro de la identidad nacional de Alemania Occidental, surgió de la derecha una reacción contra él. El verano siguiente al discurso de Weizsäcker, Ernst Nolte, un historiador de Berlín Occidental, escribía en un artículo publicado en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* que las atrocidades nazis y sobre todo el Holocausto sólo podían entenderse en el marco de otros crímenes que se habían producido en el siglo XX, como el terror estalinista. Nolte ya había escrito antes un libro, *Fascism in its Epoch* («El fascismo en su época») que decía que el fascismo era un fenómeno europeo, y no específicamente alemán. Entonces sostenía que la solución final era en realidad una reacción defensiva frente a los asesinatos selectivos «de clase» de la Unión Soviética, acontecimiento que había sido «su precursor lógico y fáctico». ⁴⁷ Contradiendo a Weizsäcker, que abogaba por un proceso de recuperación de la memoria, Nolte dijo que el pasado nazi, como cualquier otro, tendría que superarse. ⁴⁸

El artículo llevó a un debate que se conocería como *Historikerstreit*, o «debate de los historiadores», que estuvo apareciendo en los *feuilletons* de los principales periódicos de Alemania Occidental durante meses. Aunque en su origen fue un debate historiográfico sobre la exclusividad del Holocausto, acabó centrándose en la cuestión de si era hora de trazar una *Schlußstrich*, o

línea de cierre, sobre el pasado nazi alemán. Entre los críticos de Nolte se encontraba el filósofo Jürgen Habermas, que le acusó a él y a otros historiadores conservadores como Michael Stürmer (que era quien escribía los discursos a Helmut Kohl) de intentar «relativizar» la solución final como parte de un nuevo plan nacionalista revisionista que se basaba en una historia «normalizada» de Alemania.⁴⁹ El *Historikerstreit* siguió siendo tema de debate entre la derecha y la izquierda: la derecha quería «relativizar» (o «historizar») el pasado nazi y «normalizar» la identidad nacional alemana, mientras la izquierda insistía en que el Holocausto había sido un acontecimiento exclusivo y que era necesario recordarlo.

El debate también tuvo implicaciones en la política exterior de Alemania Occidental. En la década de 1980 se conoció un consenso entre los representantes del *establishment* de la política de asuntos exteriores alemana que se basaba sobre todo en el punto de vista de Adenauer respecto a la rehabilitación de Alemania Occidental y las lecciones del pasado nazi en materia de asuntos externos: una «cultura del control» y, sobre todo, del uso de la fuerza militar, la *Westbindung* y la integración en Europa, y la responsabilidad de la seguridad de Israel. Pero hubo también quien intentó sustraerse a las limitaciones del pasado nazi. Un ejemplo: enfadado por la reacción que provocó el planteamiento de un acuerdo para vender carros de combate Leopard 2 a Arabia Saudí en 1981, Helmut Schmidt declaró en privado que la política exterior de la Alemania Occidental ya no iba a ser más «rehén» de Auschwitz, aunque al final se viera obligado a cancelar dicho acuerdo de venta.⁵⁰

Como reacción a estos intentos de abandonar el «límite flexible» del pasado nazi, alguno de los políticos que estaban ideológicamente a la izquierda como Joschka Fischer –antiguo miembro del movimiento estudiantil de Alemania Occidental– comenzó a instar a su país a que convirtiera el Holocausto en un tema central de su planteamiento de política exterior. En un artículo que apareció en *Die Zeit* escrito al mismo tiempo que el discurso de Weizsäcker, en mayo de 1985, Fischer se hizo eco de las palabras de Weizsäcker, que consideraba 1945 como una «liberación», e instó a los alemanes occidentales a que desarrollaran «una identidad democrática mediante el recuerdo consciente» del pasado nazi. «Sólo la responsabilidad

alemana sobre Auschwitz puede constituir la esencia de la *raison d'état*. El resto viene después», escribió.⁵¹ Así, al final de la República de Bonn, apareció una corriente embrionaria, idealista y de centro izquierda, en la política exterior alemana. Pero no tendría repercusiones hasta más tarde, ya con la República de Berlín que surgiría con la reunificación.

CAPÍTULO 3

Continuidad y cambio

En 1990 la reunificación reabrió la cuestión alemana. Durante cuarenta años Alemania había estado dividida por la falla de la Guerra Fría, que la atravesaba de extremo a extremo. En un continente dominado por dos superpotencias externas las dos Alemanias eran vulnerables. Como hemos visto, la República Federal era un estado semisoberano cuya seguridad dependía de Estados Unidos, de tal modo que sólo las cuestiones de seguridad exigían que la República Federal alemana formara parte del bloque occidental. Pero con la caída del Muro de Berlín y la posterior transformación de Europa, los parámetros de la política exterior alemana también se modificaron. De hecho, con el final de la Europa que habían creado los «Tres Grandes» en Yalta, en 1945, las realidades geopolíticas habían cambiado tanto como lo hicieran en 1871 con la unificación alemana.

Con la inclusión de la antigua RDA, la República Federal había añadido a su población diecisiete millones de habitantes, convirtiéndose de pronto en un país más grande que Francia o el Reino Unido. Era el regreso a lo que Kurt-Georg Kiesinger, canciller de Alemania Occidental entre 1966 y 1969, había denominado «kritische Größenordnung», o «tamaño crítico».¹ Y la transformación de Europa –también de mayor alcance– significaba que Alemania se veía de repente recolocada, que pasaba del *Grenzlage* otra vez al *Mittellage*. Como escribiera Stanley Hoffmann en 1992 en un análisis profético con ecos de la declaración de Disraeli sobre la «revolución alemana» de 1871, «una Alemania unificada, aunque sus energías y recursos vayan a destinarse temporalmente a la rehabilitación de la antigua RDA, rompía con su mera existencia el “equilibrio de los desequilibrios” que había existido entre los tres o cuatro grandes de la Europa Occidental. La reunificación del continente situaba en el centro a Alemania, y no a Francia».²

La idea de Alemania como *Zentralmacht*, o «potencia central», en palabras del historiador Hans-Peter Schwarz, evocaba antiguos temores.³ Y tras todo ello estaba el espectro de lo que había sucedido en Europa después

de 1871. Los teóricos de las relaciones internacionales de corte realista sostenían que, con el final de la Guerra Fría, la multipolaridad acabaría con la bipolaridad y crearía, a su vez, una inestabilidad que podría conducir al fin de la «larga paz» europea.⁴ Sin embargo, como señalaron los teóricos de las relaciones internacionales de corte liberal, el contexto de 1990 era muy distinto del de 1871. Aunque Alemania hubiera vuelto al *Mittellage*, éste hubiera sido ahora un «*Mittellage* multilateral».⁵ Alemania estaba ya inmersa en una red de instituciones –sobre todo la Unión Europea– que moderaban el comportamiento de los estados y fomentaban la estabilidad. Pero esas instituciones, que habían sido concebidas para contener una Alemania de menor tamaño durante la Guerra Fría, ¿no se verían ahora superadas?

Antes incluso de que sucediera, la perspectiva de la reunificación alemana estaba creando cierta inquietud en el resto de Europa. La primera ministra británica, Margaret Thatcher, había dado la bienvenida a la revolución democrática de Alemania Oriental, pero temía la posibilidad de una Alemania reunificada, que se iba a hacer real en las semanas inmediatamente siguientes a la caída del Muro de Berlín, en noviembre de 1989. Creía que el «carácter nacional» alemán, así como el tamaño y la posición de Alemania en el centro de Europa, hicieran de ella «una fuerza desestabilizadora más que estabilizadora para Europa».⁶ Tenía otra preocupación, y estaba justificada: que la rápida reunificación pudiera perjudicar a la posición de Mikhail Gorbachov en la Unión Soviética. Sin embargo, con el presidente George W. H. Bush a favor de la reunificación alemana y con Gorbachov incapaz de detenerla, Thatcher acabó aislada casi por completo durante los meses siguientes.

Thatcher, que llevaba en el bolso un mapa de Alemania con las fronteras que tenía el país en 1937 y solía sacarlo en las reuniones para mostrar lo que ella llamaba «el problema alemán», al principio vio en el presidente francés François Mitterrand un posible aliado que podría ayudarla a detener –o, al menos, a ralentizar– la reunificación alemana. Algunos de los temores de Mitterrand respecto a Alemania coincidían con los de Thatcher, y según el registro que guardó su secretario privado, Charles Powell, de una reunión en

el Palacio del Elíseo celebrada el 20 de enero de 1990, Mitterrand dijo a Thatcher que «era de su mismo parecer» en aquella situación, y que temía que Alemania se propusiera recuperar el terreno que había ganado como resultado de la guerra, incluso «conquistar más aún que Hitler».⁷ Pero en los meses siguientes a la caída del Muro de Berlín Mitterrand comenzó a ver la integración europea como una posible solución a «la cuestión alemana».

Las ideas de Mitterrand fueron una continuación de las de los líderes franceses de posguerra, que habían intentado contener a Alemania mediante la integración europea. La Unión Europea se creó, en parte, para limitar el poder alemán: de hecho, esto pudo haber sido inicialmente «la fuerza motriz más decisiva, por sí sola, de las que impulsaron la integración europea».⁸ Schuman había logrado que la guerra entre Francia y Alemania resultara «materialmente imposible», al centralizar la producción de carbón y acero. Pero después de la reunificación Francia tenía dos temores encontrados: por un lado, que Alemania quisiera «ir por libre», que abandonara su vocación europea y regresara a la política exterior de Bismarck; por otro, que la Alemania reunificada resultara demasiado grande para las instituciones concebidas para contenerla.⁹

Mitterrand decidió que afianzar la integración europea era la mejor manera de hacer frente a la Alemania unida: pensaba sobre todo que una moneda europea única era también la única forma de que otros países europeos recuperaran la soberanía que habían perdido a favor de Alemania, especialmente del Bundesbank. De hecho, antes incluso del otoño en que cayó el Muro, Mitterrand creía en la idea de la unión monetaria. En septiembre de 1989 había dicho a Thatcher: «Sin una moneda común estamos todos – vosotros y nosotros– subordinados a la voluntad de Alemania».¹⁰ Thatcher, por el contrario, pensaba que una mayor integración exacerbaría, más que resolver, el problema del poder alemán. Más tarde escribiría en sus memorias que en una Europa federal, Alemania era «más susceptible de dominar que de ser dominada».¹¹ Así el debate sobre cómo responder a la reunificación alemana se centraba en la idea de la Unión Económica y Monetaria (UEM).

La idea ya había estado sobre la mesa en los años setenta, pero nunca se había hecho realidad. En 1970 un comité encabezado por Pierre Werner había recomendado un plan que constaba de tres fases para la creación de la Unión

Monetaria en un plazo de una década. Para ello era preciso fijar los tipos de interés y coordinar la política monetaria.¹² Pero los estados miembros de lo que entonces era la Comunidad Económica Europea (CEE), sobre todo Francia, se habían opuesto a la idea de desnacionalizar sus respectivas monedas y, por ende, a dejar en manos de otro el control de la valoración de divisas, una importante herramienta del arte de gobernar en lo económico. Por otra parte existían distintos puntos de vista sobre cómo instaurar una moneda única y, sobre todo, del papel que desempeñaría un banco central europeo. Los alemanes occidentales vieron con gran escepticismo el modelo francés de un banco central con control político y, por tanto, tendente a la inflación, e insistieron en continuar con su propio modelo de Bundesbank independiente y opuesto a la inflación.

En un informe publicado en abril de 1989 el presidente de la Comisión Europea, Jacques Delors, había realizado otro esfuerzo por establecer un plan que culminara en la moneda única europea, y había recomendado una conferencia intergubernamental para llevarlo a cabo, pero dejó abierto el calendario. Con la caída, seis meses después, del Muro de Berlín, la urgencia de la situación aumentó exponencialmente. Mitterrand instó inmediatamente a Kohl a que se aviniese a iniciar negociaciones firmes sobre la unión monetaria antes del fin de 1990. Si no lo hacía, dijo Mitterrand al ministro de Asuntos Exteriores Hans-Dietrich Genscher, volverían «al mundo como era en 1913»: en otras palabras, a la clásica cuestión alemana.¹³ Al verse así enfrentado con el pasado de Alemania, Kohl dio marcha atrás. En la decisiva cumbre de Estrasburgo, que tuvo lugar en diciembre de 1989, accedió a celebrar una conferencia intergubernamental para tratar la unión monetaria a finales de 1990. Ese fue, según David Marsh, «el acuerdo esencial» en las negociaciones que culminaron en el euro.¹⁴

La gran desconocida en el contexto de estos tremendos cambios que tuvieron lugar en Europa, y dada la larga historia de la cuestión alemana, fue la resiliencia de la política exterior de la República Federal. En sus cuarenta años de existencia parecía que Alemania Occidental había roto del todo con su pasado. En el contexto de la Guerra Fría se había comprometido con

Occidente y desarrollado una cultura política democrática y liberal. En otras palabras, no sólo era el entorno de 1990 distinto del de 1871: la propia Alemania era distinta. Kohl dijo que era un «profundo sinsentido» sugerir que Alemania Occidental pudiera convertirse en una «república diferente» tras la reunificación, pero hubo otros más escépticos que temieron el resurgimiento de ciertos factores de aquello que Theodor Adorno había llamado «la corriente subterránea anticivilización y antioccidental de la tradición alemana».¹⁵

Y muchos temían, sobre todo, que la actitud de la República Federal hacia el pasado nazi pudiera cambiar después de la reunificación. De esta manera, tras la caída del Muro de Berlín, se inició un debate sobre la «normalidad» de la República de Berlín. Como sucedió en el *Historikerstreit* de mediados de los años ochenta del siglo XX, el concepto de «normalidad» –asociado a la idea de *Schlußstrich*– tendía a utilizarlo sobre todo la derecha, mientras la izquierda lo rechazaba. Incluso aquellos que desde la izquierda aceptaban que la unificación produciría inevitablemente un sentimiento más fuerte de la identidad nacional alemana, rechazaban el concepto de «normalidad». Por ejemplo, el historiador Christian Meier sugirió que la unificación suponía el final de la «*Sonderweg* posnacional» de Alemania Occidental e implicaba que la República de Bonn era algo «anormal». Pero dijo que la continua «carga de conciencia histórica» excluía la posibilidad de toda normalidad: «No somos una nación normal», concluyó.¹⁶

Volviendo al *Historikerstreit*, uno de los críticos más influyentes del concepto de «normalidad» fue Jürgen Habermas, un antiguo alumno de Adorno. Habermas había abogado durante mucho tiempo por una identidad alemana «posnacional» que se basara en la idea de *Verfassungspatriotismus* (o patriotismo constitucional) de Dolf Sternberger. Para él el recuerdo del Holocausto era crucial, porque a pesar de los progresos realizados en el desarrollo de una cultura política democrática en la República Federal había que recordar que «en Alemania la democracia no comenzó a enraizarse hasta después de Auschwitz y, en cierto sentido, sólo a causa de la sacudida que supuso esta catástrofe moral».¹⁷ El empleo del concepto «normalidad» dificultó veladamente este progreso. En la antigua República Federal, escribió, había existido un entendimiento de lo que él llamó «la dialéctica de

la normalización»: sólo evitando esa sensación de «normalidad» sería posible que surgiera la normalidad.¹⁸

Habermas vio la revolución democrática que se produjo en 1989 en la RDA como una «revolución de “puesta al día”». En otras palabras, una revolución en la que los alemanes orientales estaban, simplemente, consiguiendo lo que sus vecinos occidentales habían logrado hacía mucho tiempo.¹⁹ A medida que la unificación se fue viendo como una posibilidad comenzó a pedir un referéndum basado en el artículo 146 de la Ley Fundamental para la República Federal de Alemania, que permitiría crear una nueva constitución para la Alemania unida. Sin embargo, en lugar de eso, los seis estados de la RDA se «anexionaron» simplemente según lo dispuesto en el artículo 23 de la Ley Fundamental. Habermas dijo que una de las consecuencias de esta ausencia de «reconstitución republicana» en 1990 fue que «continuaban abiertos los interrogantes esenciales del entendimiento político de la propia situación, sobre todo la cuestión de cómo debíamos entender la “normalidad” de la inminente República de Berlín».²⁰

Habermas sostenía que algunas personas de derechas habían utilizado, en consecuencia, esta «deficiencia normativa» para reabrir el debate de la «normalización» que había tenido lugar durante el *Historikerstreit*. En 1991 escribió que en ese momento veían por fin «la ocasión de revertir el cambio de mentalidad que se había producido en las últimas décadas y poner a aquella Alemania ampliada en el camino de la “normalización” para liberarnos, por fin, del trauma de los crímenes en masa que cometimos y recuperar nuestra inocencia nacional».²¹ Sugirió que los ciudadanos de derechas que habían clamado por la «normalidad» no eran más que revisionistas que querían regresar al período transcurrido entre 1945 y 1989, a una aberración que encarnaba «la anormalidad forzada de una nación vencida y dividida».²² En resumen: veían la República de Bonn como una especie de *Sonderweg*.²³

Se asumía que la idea de un *Schlußstrich* implicaba una política exterior que sería «normal» en el sentido de más confiada o, dicho de otro modo, se sentiría menos inhibida por su pasado nazi que la política exterior de la República de Bonn. En el plano simbólico esto podía suponer una reducción en las expresiones de contrición del tipo de las que habían escenificado Brandt y Weizsäcker. Pero en términos de política más sustancial también la

izquierda temía que «normalidad» pudiera significar otras dos cosas: la primera, una relajación de la *Westbindung* que había comenzado en la década de los cincuenta, con Adenauer, con la entrada de la República Federal en la OTAN y con la integración europea; la segunda, podía suponer un resurgimiento del militarismo alemán, algo que algunos asumían que llevaba aparejado el nacionalismo alemán. Y así, aquellos que, desde la izquierda, se oponían a la idea de «normalidad», estaban haciendo un llamamiento a la continuidad en la política exterior alemana.

Durante la era Kohl, el primero de esos dos temores relativos a la política exterior –la relajación de la *Westbindung*– no se materializó. Alemania continuó siendo parte de Occidente. De hecho, junto al presidente Mitterrand, Kohl continuó presionando para seguir adelante con la integración europea y, tras la reunificación, se avino a dar el que seguramente fuera el paso más decisivo en la historia de la integración europea: la creación del euro. Se dice a veces que aquello fue un *quid pro quo*: el euro, a cambio de la reunificación. Pero en realidad no fue tan simple. Con todo, la moneda única se creó en el contexto de la reunificación y puede que no hubiera tenido lugar sin ella, o al menos no tan pronto. Y sobre todo es muy improbable que Francia y Alemania hubieran dejado de lado sus diferencias sobre cómo diseñar una moneda única.

La visión del Bundesbank era que una moneda única tendría que ser el paso final de un largo proceso de coordinación y convergencia económica que culminaría con la unión política, la llamada *Krönungstheorie*, o «teoría de la coronación». Francia, por otra parte, deseaba conservar la soberanía en la *Europe des patries*. Si no hubiera necesitado el apoyo de Francia para la reunificación, Alemania probablemente no habría aceptado la tarea de ahuyentar los renovados temores del Bundesbank y avanzar tan rápido con la UME y, sobre todo, con la conferencia intergubernamental que Kohl y Mitterrand decidieron celebrar en la cumbre de Estrasburgo en diciembre de 1989. «Si no se hubiera producido la unificación, es altamente improbable que Francia hubiera logrado persuadir a Kohl de que aceptara el plan de la UME para sustituir el marco alemán por el euro», escribe David Marsh.²⁴

Sin embargo, aunque Alemania había aceptado la creación de una moneda única bastante antes de lo que hubiera querido, y antes incluso de materializar la unión política, logró salirse con la suya en otros aspectos: el ministro alemán de Finanzas Theo Waigel dijo a los alemanes en 1991: «Nosotros vamos a llevar el marco alemán a Europa».²⁵ El nuevo banco central europeo tendría que diseñarse con arreglo al Bundesbank, es decir, sería independiente del control político y tendría que mantener la estabilidad de los precios por encima de todo lo demás y, como para simbolizar todo eso, tendría su sede en Frankfurt. «Nuestra estabilidad política se ha convertido en *leitmotiv* del futuro orden monetario europeo», dijo Waigel.²⁶ Alemania insistió también en lo que se convertirían los criterios de convergencia, que entre otras cosas limitaban el déficit presupuestario al 3 % del PIB y la ratio entre deuda gubernamental y PIB al 70 %. Insistía también en que hubiera cláusula de «no rescate financiero», que especificaba que los estados miembros no tendrían que ser responsables de los compromisos y deudas de cualquier otro, ni asumirlos.

De este modo el embrión de la moneda única europea que surgió de la conferencia intergubernamental a finales de 1991 se basaba en un compromiso entre dos puntos de vista: el alemán y el francés. Como dijo Stanley Hoffmann, fue «un compromiso entre la insistencia francesa en una unión monetaria absoluta y genuina, con un banco central y una moneda única, y la insistencia alemana en que primero se consiguiera un acercamiento de las políticas económicas, un banco independiente y algunas reformas institucionales».²⁷ El compromiso entre Francia y Alemania se materializó en el Tratado de Maastricht, en 1992, que puso las bases para la unión económica y monetaria y, con ellas, la sustitución del marco alemán por el euro en 1999.

En marzo de 1990, como Alemania avanzaba a toda prisa hacia la reunificación, Jürgen Habermas había escrito un famoso artículo sobre lo que él mismo denominó «el nacionalismo del marco alemán».²⁸ Le preocupaba que una nueva forma de nacionalismo económico «con aspecto rollizo» pudiera usurpar la frágil identidad alemana posnacional basada en ese concepto de «patriotismo constitucional» que había emergido gradualmente en la República Federal a partir de 1949. Habermas sostenía que los demás elementos en los que se basaba la identidad nacional de la Alemania

Occidental de posguerra –por ejemplo, el anticomunismo– se habían debilitado a partir del final de la década de los sesenta. Con aquello, los logros económicos de la República Federal desde el *Wirtschaftswunder*, o milagro económico, encarnado por el marco alemán eran la única fuente popular de orgullo nacional que quedaba.

Sin embargo, de la misma manera que había surgido este nacionalismo económico, Alemania se avenía a abandonar el marco por un euro que, les prometieron, sería igual de resistente. Lejos de ralentizar la integración europea, la reunificación la había acelerado. Hubo quien se mostró escéptico respecto a la moneda única, sobre todo fuera de Europa. En lo que Mary Elise Sarotte llama «la locura», para acomodarse a los términos de la unión monetaria, algunos líderes europeos –como Kohl y Mitterrand– que no tenían mucha idea de economía crearon una moneda única que no contaba ni con la capacidad de reaccionar ante una crisis ni con una coordinación política real.²⁹ El economista Martin Feldstein sostenía incluso que aquello provocaría un conflicto dentro de Europa, y entre Europa y EE.UU.³⁰ Pero por el momento, Kohl parecía haber demostrado que existía una relación simbiótica entre Alemania y Europa.

Si la *Europapolitik* de la Alemania de los noventa se caracterizó por la continuidad, su política exterior estuvo sometida a muchos cambios, en diversos aspectos. Alemania, sobre todo, se encontraba cada vez bajo mayor presión por parte de los aliados de la OTAN, especialmente Estados Unidos, para que asumiera mayor responsabilidad en la resolución de problemas globales. Como en los noventa surgieron conflictos regionales y étnicos –como el de los Balcanes– Alemania se vio obligada a modificar su actitud frente al uso de la fuerza militar. Como resultado, a mediados de los noventa el debate sobre la «normalidad» se centró cada vez más en el segundo de los temores de la izquierda respecto a la política exterior, lo que Habermas denominó «la creciente militarización» de la política exterior alemana.³¹

En el contexto de la Guerra Fría Alemania Occidental había logrado esquivar situaciones complicadas, que ahora resurgían, sobre su «responsabilidad». El artículo 26 de la Ley Fundamental prohibía a la

República Federal alemana combatir en una guerra de agresión; el artículo 87a, que se añadió después de que Alemania Occidental entrara a formar parte de la OTAN en 1955, restringía el papel de las fuerzas armadas alemanas a un carácter netamente defensivo. Esto significaba que Alemania sólo podía utilizar su ejército si algún país de la OTAN, incluida la propia Alemania, recibía un ataque directo. Durante la Guerra Fría había estado relativamente cómoda en esa posición, así como sus aliados. Pero tras la reunificación las expectativas comenzaron a cambiar. Mientras en Europa hubo quien se preocupó por el poder de la nueva Alemania unida, otros –sobre todo en Estados Unidos– querían que el país desempeñara un papel más activo fuera de Europa y se convirtiera, en palabras del presidente Bush, en un «socio en el liderazgo».

Surgió entonces una tensión entre la reticencia de Alemania a utilizar la fuerza militar y su compromiso con el multilateralismo, especialmente el «Atlantismo». Esta tensión, que definiría los debates sobre política exterior en la Alemania de los noventa, salió a la superficie por primera vez durante la guerra del Golfo, en 1991, a la que la opinión pública alemana se oponía de plano. Con referencia al artículo 87a, que estipulaba que Alemania no podía participar en operaciones que se desarrollaran «fuera de su zona», el canciller Kohl consiguió aguantar la presión americana para que Alemania se implicara con su fuerza militar. En aquel momento Alemania había recuperado la posición que tenía en la Guerra Fría: iba a pagar la factura mientras otros países se enfrascaban en la pelea. Pero Washington dejó claro que la próxima vez no bastaría con un cheque. En los años posteriores a esa guerra, Alemania sufrió presiones cada vez mayores para que asumiera un papel más activo en la resolución de conflictos étnicos y regionales.

Durante la década siguiente Alemania dio una serie de pequeños pasos en pos de una política exterior más intervencionista. Los primeros, en Camboya en 1992 y en Somalia en 1993, donde Alemania envió tropas que formaron parte de una operación humanitaria no armada de las Naciones Unidas. Pero fue fundamentalmente en los Balcanes donde se produjo el paso decisivo hacia un enfoque más intervencionista. Cuando Yugoslavia comenzó a desintegrarse, a partir de 1991 –ayudada, según aducen algunos, por el reconocimiento unilateral de una Croacia independiente en 1991, por parte de Alemania–

resurgieron los conflictos étnicos entre serbios, croatas y musulmanes, especialmente en Bosnia. En 1992, cuando el presidente Slobodan Milošević comenzó a crear una Gran Serbia, pura desde el punto de vista étnico y colindante desde el punto de vista geográfico, las Naciones Unidas enviaron a la región un contingente para preservar la paz.

En este escenario el concepto de «normalidad» se fue asociando, cada vez más y por parte de la derecha, con la idea de *Bündnisfähigkeit*, término que denotaba la capacidad del país para cumplir sus compromisos como miembro de la OTAN. Uno de los primeros en utilizar el concepto de «normalidad» de esa forma fue Karl Lamers, que como portavoz –en política exterior– del grupo parlamentario demócrata cristiano, declaró en agosto de 1990 que Alemania «debería aceptar que los poderes militares desempeñaran un papel incluso en un mundo como el actual», para así «convertirse en un miembro normal de la comunidad internacional».³² De forma parecida, tras la guerra del Golfo, en 1991, Karl-Heinz Hornhues, vicepresidente del grupo parlamentario demócrata cristiano, propuso que se llevara a cabo una enmienda constitucional que permitiera a las tropas alemanas participar en misiones de paz. Dijo que de ese modo la República Federal podría convertirse en «un miembro normal de la alianza, plenamente capacitado para cumplir sus compromisos como miembro de la alianza».³³

El enfoque de Helmut Kohl era, sobre todo, empujar a Alemania para que asumiera mayores responsabilidades en el escenario internacional, pero tratando siempre de permanecer dentro de los límites impuestos tradicionalmente a la política exterior de la República Federal por su «cultura del control». Eso significaba, en primer lugar, que todo despliegue militar debería tener lugar dentro de un marco multilateral y, lo más importante, estar sujeto a la aprobación de las Naciones Unidas. En segundo lugar, significaba que Alemania desplegaría su fuerza militar con extrema cautela y, sobre todo, teniendo en cuenta las sensibilidades existentes en relación con la historia alemana. Este enfoque se fusionó en la llamada «doctrina Kohl», según la cual las tropas alemanas podían servir «fuera de su zona», pero no en territorios ocupados por la Wehrmacht durante la Segunda Guerra Mundial. Naturalmente, la antigua Yugoslavia quedaba, precisamente, dentro de esa delimitación.

Como la situación en los Balcanes empeoró y las presiones ejercidas

sobre Alemania para que desempeñara el papel que le correspondía en las misiones de paz eran cada vez mayores, el gobierno de Kohl se vio obligado a ir más allá de la doctrina Kohl. Comenzó a mediados de 1992 con la aplicación de las sanciones de las Naciones Unidas contra Yugoslavia. Al principio fueron las tropas alemanas las que estuvieron a cargo del control de los AWACS (Sistemas de alerta temprana y control aerotransportado) y del seguimiento de los aviones de reconocimiento y posterior imposición de la zona de tráfico restringido en Bosnia. En 1994 la OTAN pidió a Alemania que utilizara sus *jets* Tornado para apoyar sus operaciones, y solicitó su ayuda en misiones no de combate en caso, por ejemplo, de una evacuación de la UNPROFOR, la fuerza de paz de las Naciones Unidas en Bosnia. Ese mismo año el Tribunal Constitucional aclaró la posición constitucional determinando que las fuerzas armadas alemanas podían participar en cualquier operación «fuera de su zona», si dicha operación estaba sancionada por las Naciones Unidas, siempre que lo aprobara el Bundestag.

Este aumento progresivo de la participación alemana en la política exterior, descrito a veces como «continuidad modificada», recibió en gran medida el impulso de los acontecimientos y la presión de los aliados de Alemania.³⁴ Los políticos alemanes, en general, solían contemplar los acontecimientos –más que participar en ellos– mostrándose ambiguos y pasando la pelota al poder judicial siempre que tenían ocasión. Sin embargo, siempre que los políticos alemanes influyeron en algún acontecimiento, fue la derecha la que dirigió el cambio. Y fue el ministro de defensa demócrata cristiano Volker Rühle quien defendió el uso de la fuerza militar alemana para ayudar a resolver los conflictos internacionales y la transformación de la Bundeswehr para desempeñar ese papel. En el proceso se refirió incluso al Holocausto: la intervención internacional era necesaria para liberar a las víctimas de los campos de concentración de Bosnia, expuso, igual que los aliados habían intervenido para liberar a las víctimas de los campos de concentración nazi.

Entretanto, por temor a una «militarización» de la política exterior alemana, la izquierda se opuso al cambio. Aunque la mayor parte de las figuras principales de las filas de los socialdemócratas se habían reconciliado

hacía mucho con la participación de Alemania en la OTAN, seguían resistiéndose a las operaciones «fuera de su zona» o a que la Bundeswehr se convirtiera en un «ejército de intervención». Por ejemplo, en el debate que tuvo lugar en el Bundestag sobre el empleo de Tornados en junio de 1995 –que se aprobó por 386 votos a favor frente a 258 en contra– Rudolf Scharping, entonces líder socialdemócrata y posteriormente ministro de Defensa, declaró que enviar Tornados a los Balcanes resultaría inapropiado a causa de la historia de Alemania. Entretanto los Verdes –el partido que surgió del movimiento pacifista alemán a principios de los ochenta– seguían estando a favor de la disolución de la OTAN y la abolición de la Bundeswehr para imprimir un enfoque pacifista coherente a la política exterior.³⁵

Al oponerse a una posición de mayor empleo de la fuerza militar, algunos –desde la izquierda– emplearon el concepto de «potencia civil», pero ésta quedó distorsionada en el proceso.³⁶ Maull había sostenido que el proyecto de civilizar las relaciones internacionales podría, en ocasiones, exigir el empleo de la fuerza militar y que una «potencia civil» debería tener la capacidad y la disposición necesarias para contribuir a las intervenciones militares. Pero en las filas de la izquierda hubo quien se oponía al aumento de la participación de la Bundeswehr, sosteniendo que implicarse en operaciones «fuera de su zona» sería una violación de la idea de «potencia civil» y por lo tanto desvirtuaría las implicaciones de la idea en la cuestión de la fuerza militar. Lo que Maull denomina «redefinición pacifista» del concepto de «potencia civil», la izquierda lo utilizó para defender la *Friedensmacht*, o «fuerzas para la paz» alemanas.

Sin embargo, a mediados de los noventa parte de la izquierda comenzó a replantearse su actitud hacia el empleo de la fuerza militar y a aceptar la idea de intervención humanitaria. Algunos miembros de la facción «realista» del Partido Verde habían extraído una lección de la historia alemana algo distinta, especialmente del Holocausto, de la que obtuvieron otros militantes de izquierdas. Esa facción, que se había formado a comienzos de los ochenta en oposición a lo que denominaron «los fundamentalistas» y que había visto aumentar su influencia dentro del Partido Verde, también tenía una actitud diferente hacia Occidente y, en especial, hacia el poder de Estados Unidos. Cohn-Bendit, líder intelectual de la facción «realista», dijo en 1993 que él era

«hijo del día D», que no estaría en el mundo si Estados Unidos no hubiera liderado una invasión de la Francia ocupada. Con ecos de R uhe, Cohn-Bendit dijo que oponiéndose a la intervención en Bosnia, los Verdes se arriesgaban a quedarse anclados «en la tradición del apaciguamiento que había culminado con la destrucción de los judíos».³⁷

La figura clave en esta reflexión fue, además de Cohn-Bendit, el líder de los Verdes, Joschka Fischer, que hasta entonces había sido uno de los críticos más virulentos de la política exterior del gobierno de Kohl. Hijo de un carnicero, Fischer había abandonado los estudios y tomado parte en la rebelión estudiantil que tuvo lugar en Alemania Occidental en 1968. En los años setenta fue un revolucionario socialista que se enfrentaba a la policía en las calles de Frankfurt, donde conoció y se unió a Cohn-Bendit. Fischer se retiró de la política después de que algunos miembros de la Nueva Izquierda de la Alemania Occidental se vieran envueltos en actos terroristas durante los setenta, sobre todo el secuestro antisemita de Entebbe, en 1976, en el que se sabía que estaban implicados dos ciudadanos alemanes occidentales. Luego, aunque no estaba especialmente sensibilizado con las cuestiones medioambientales, vio en el Partido Verde una vía para volver a la política y en 1983 se convirtió en miembro del Parlamento en las filas de dicha formación.

Cuando en 1985 Fischer escribió que «sólo la responsabilidad alemana respecto a Auschwitz podía ser la esencia de la *raison d' tat* de la Alemania Occidental», lo que buscaba ante todo era evitar la remilitarización de la política exterior alemana. Incluso en 1993 el apoyo de Cohn-Bendit a la intervención militar en Bosnia le parecía «desfasada».³⁸ Pero tras la masacre de siete mil musulmanes bosnios a manos de los serbios en Srebrenica en 1995, la peor atrocidad cometida en Europa después de la Segunda Guerra Mundial, cambió de opinión.³⁹ Fischer diría después que durante unos días, tras aparecer la noticia de lo sucedido en Srebrenica, le costó trabajo mirarse al espejo. «Me hacía a mí mismo la misma pregunta que en tiempos hice a mis padres», confesó.⁴⁰ La carta abierta –seis mil palabras– que escribió a raíz de eso y en la que instaba a sus compañeros de partido a que «resistieran» el avance del «nuevo fascismo» en los Balcanes y apoyaran la intervención militar encendió un intenso debate que estaría vigente durante los seis meses

siguientes.

De ese debate surgido en el seno de los Verdes sobre la intervención militar en Bosnia salió una nueva corriente idealista de centro izquierda en el pensamiento alemán relativo a la política exterior. Fischer estaba tan comprometido con la *Westbindung* como Kohl, y era un proeuropeísta tan apasionado como él. Por eso Winkler empezó a hablar de «una izquierda póstuma al estilo de Adenauer».⁴¹ Pero influido como estaba por la filosofía de Habermas, Fischer también sostenía que Alemania tenía una responsabilidad especial al tener que aprender una lección del Holocausto y no olvidarlo. Y aunque Fischer cambió su actitud frente al empleo de la fuerza militar, continuó rechazando el concepto de «normalidad» que abogaba por una suerte de excepcionalidad alemana, o «nacionalismo negativo», que se basaba en «la identidad alemana del Holocausto».⁴² Esta corriente idealista de centro izquierda alcanzaría su punto más alto de influencia en la política exterior alemana cuando Fischer se convirtió en ministro de Asuntos Exteriores de la coalición «rojiverde».

Cuando Helmut Kohl perdió las elecciones tras dieciséis años en el poder y el socialdemócrata Gerhard Schröder asumió el puesto de canciller encabezando la primera coalición «rojiverde» de la historia de Alemania en otoño de 1998, Alemania quedó otra vez en el centro de un debate sobre la *Schlußstrich*. Hacia finales de los años noventa, sobre el fondo de un debate en torno a la construcción de un monumento al Holocausto en el centro de Berlín, que sería la capital de la Alemania reunificada, hubo de nuevo quien puso sobre la mesa el papel que el pasado nazi había desempeñado en la vida pública alemana. En un discurso pronunciado en la Paulskirche de Frankfurt en octubre de 1998, el escritor Martin Walser había tildado el monumento de «pesadilla del tamaño de un campo de fútbol» y expresó su rechazo a la «utilización de Auschwitz» con fines políticos.⁴³

Las opiniones de Walser se identificaron con las del nuevo canciller, que a diferencia de su predecesor, o de Fischer, parecía apoyar implícitamente el argumento de Walser: el Holocausto era un asunto privado, y no la base de ninguna política. Schröder era de la misma generación que Fischer, la llamada

Achtundsechziger, y se había hecho un nombre como opositor al despliegue de misiles estadounidenses en Alemania Occidental en la década de los ochenta. Pero Schröder había tenido una actitud hacia la historia alemana diferente a la de Fischer. En este primer discurso como canciller habló de la «confianza en sí misma de una nación adulta» que perseguía sus intereses nacionales, especialmente en el seno de la Unión Europea.⁴⁴ Como resultado de esto en los medios de comunicación se le identificó con la idea de una «nación desinhibida», es decir, un país que persigue una política exterior «normal».⁴⁵ Mientras Fischer hacía hincapié en la continuidad de la política exterior alemana, Schröder parecía prometer un cambio.⁴⁶

Con este trasfondo el movimiento «rojiverde» hubo de enfrentarse a su primera crisis en política exterior. En otoño de 1998, aparecía la provincia serbia de Kosovo como nuevo punto conflictivo de los Balcanes: se avecinaba una catástrofe humanitaria porque los albanos –que constituían el noventa por ciento de la población de la región– habían abandonado sus pueblos y sus casas para escapar de los soldados y paramilitares serbios. Cuando Kohl perdió las elecciones el 27 de septiembre, trescientos mil albanos-kosovares se habían visto forzados a abandonar sus casas y se estaba preparando un ataque de la OTAN contra Yugoslavia. Antes incluso de jurar su cargo Schröder y Fischer sucumbieron de mala gana ante las presiones de la administración Clinton y aceptaron, en principio, enviar tropas alemanas a combatir para demostrar a Milošević que la OTAN estaba unida.

La perspectiva de una intervención militar contra Milošević dividió a la izquierda no sólo en Alemania, sino en todo Occidente. Algunos aceptaron el argumento de que era legítimo abordar una intervención militar unilateralmente si era preciso, en lugares donde se estaban cometiendo crímenes que, como expuso Michael Walzer, «sacudían la conciencia moral de la humanidad».⁴⁷ Un número significativo de ciudadanos de izquierdas de toda Europa que defendieron con gran elocuencia y en voz alta la intervención humanitaria eran veteranos de los movimientos estudiantiles de 1968, como Daniel Cohn-Bendit y Bernard Kouchner, el fundador de Médecins sans Frontières, que se convertiría en primer administrador permanente de las Naciones Unidas en Kosovo cuando terminó la guerra y, posteriormente, ministro de Asuntos Exteriores por Francia. Por eso Paul Berman la llamaría después «la guerra de

los del 68».⁴⁸

Para Alemania fue especialmente difícil verse inmersa en la intervención militar de la OTAN. En primer lugar, aunque Alemania se había reconciliado poco a poco con la idea de emplear su poder militar fuera de sus fronteras, hasta ese momento sólo lo había utilizado en misiones de paz, y no en combate. En segundo lugar, la decisión del Tribunal Constitucional (1994) había permitido al ejército alemán tomar parte en operaciones «fuera de su zona», pero sólo con la aprobación de las Naciones Unidas. Sin embargo, debido a la oposición de Rusia, era improbable una resolución del Consejo de Seguridad que autorizara la actuación militar. Hubo quien dijo que la falta de una resolución del Consejo de Seguridad había convertido aquello, en términos de legalidad, en una guerra de agresión, pero desde una perspectiva más amplia la negativa a participar en una actuación militar también habría violado uno de los principios fundamentales de la política exterior alemana de posguerra ocasionando importantes desavenencias en el seno de la OTAN.

Fue Joschka Fischer quien, más que ningún otro miembro del gobierno «rojiverde», apoyó la intervención militar de la OTAN y la participación alemana en la misma. La reacción de Fischer ante la cuestión de Kosovo, de nuevo conformada por el pasado nazi, era una evolución lógica de su posición frente a Srebrenica. Desde luego, habría preferido contar con el respaldo del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, pero para él estaba claro que si Alemania tenía que intervenir sin aprobación de la ONU para evitar un genocidio, debía hacerlo. «Si se están produciendo masacres –dijo en una entrevista concedida en enero de 1999–, uno no puede andar quejándose de que no cuenta con el mandato.»⁴⁹ Durante la guerra, como el tortuoso debate sobre la guerra y la paz seguía vigente en el seno del Partido Verde, declaró: «Yo no sólo me aprendí lo de “Guerra nunca más”; también aprendí bien “Auschwitz nunca más”».⁵⁰

Pero Fischer no fue el único que trazó un paralelismo con el pasado nazi. De hecho, gran parte del debate sobre la participación alemana en la intervención militar trataba de las lecciones que habían aprendido del pasado nazi: era «Guerra nunca más» pero también «Auschwitz nunca más». Frank Schirrmacher, el editor del *feuilleton* del *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, escribiría más tarde que «en Alemania, a diferencia de otros países, la gente

justifica esta guerra basándose casi exclusivamente en el tema de Auschwitz.»⁵¹ Aunque algunos, como Fischer, justificaban su apoyo a la intervención militar precisamente refiriéndose a Auschwitz, otros justificaron su oposición a la misma tomando como base una lectura distinta de las lecciones del pasado nazi. De este modo el argumento público ante la guerra de Kosovo adquirió tintes de hipermoralidad y convirtió un debate sobre una crisis en un país extranjero en un debate en cierto modo narcisista sobre la identidad alemana.

Una persona que no invocó nunca el pasado nazi, sin embargo, fue Schröder. «Pensé que era un error –diría después–; Auschwitz es algo exclusivo, único, y compararlo es cuestionar su exclusividad.»⁵² En lugar de eso Schröder justificó la implicación alemana en esa guerra utilizando el lenguaje de la «normalidad». Por ejemplo, en un discurso pronunciado en la Conferencia de Seguridad de Múnich en febrero de 1999, justo antes de que comenzara la operación de las fuerzas aliadas, Schröder dijo que Alemania no quería ya seguir la *Sonderweg* y que estaba preparada para asumir sus responsabilidades «como un aliado normal».⁵³ El uso que hacía Schröder del lenguaje de «normalidad» mostró que parte de la izquierda también estaba preparada para aplicarlo a la política exterior alemana como habían hecho los democristianos desde principios de los noventa. Pero fue crucial, no obstante, que Schröder equiparase «normalidad» con *Bündnisfähigkeit*, igual que había hecho la derecha.

Tras un debate agónico, sobre todo entre los Verdes, el Bundestag votó la aprobación de la intervención alemana. El 24 de marzo de 1999, cuando se hubieron constatado otros cuantos fallos de la diplomacia y la situación sobre el terreno había empeorado más, cuatro Tornados alemanes equipados con misiles antirradares atacaron las defensas antiaéreas serbias. Por primera vez desde 1945 Alemania estaba en guerra. Y aunque las fuerzas alemanas sólo volaron en 436 de un total de 37.565 ocasiones durante esa guerra y sólo lanzaron una milésima parte del total de misiles empleados durante el conflicto, Alemania había dado, sin duda, un paso difícil.⁵⁴ Pero el acuerdo entre Fischer y Schröder sobre política enmascaraba la diferencia entre ellos, que se centraba en la significación del Holocausto a la hora de determinar el presente de Alemania y su papel futuro en el mundo.

Una década después de la reunificación la política exterior alemana se caracterizaba por una mezcla de continuidad y cambio. Los temores que algunos habían manifestado en el momento de la reunificación no se habían materializado. Sobre todo, no se había relajado la *Westbindung*. Alemania siguió siendo parte de la OTAN, que en ese período de tiempo se había ampliado para incluir a la República Checa, Hungría y Polonia. Tras la reunificación, la integración europea también se había hecho más fuerte. Cuando se lanzó el euro, según el plan, el 1 de enero de 1999, la estrategia francesa parecía haber funcionado: Alemania estaba ahora más integrada en las instituciones europeas que antes de la reunificación, y había incluso abandonado a su bienamado marco. La cuestión alemana, que había quedado reabierto con la caída del Muro, parecía haberse resuelto también. O, al menos, ya no era tan grave.

Se había producido un cambio radical en la actitud de Alemania frente al empleo de la fuerza militar. El periodista Theo Sommer incluso escribió en *Die Zeit* que Kosovo había hecho de Alemania «una república diferente».⁵⁵ Pero Alemania parecía estar convergiendo con sus aliados, sobre todo con Francia y el Reino Unido, en lo relativo al empleo de la fuerza militar, y en ese sentido se estaba volviendo más «normal». De hecho, para demostrar su compromiso con sus aliados, había dado pasos tan difíciles como enviar tropas de combate a Kosovo, lo que pareció confirmar lo que Heinrich August Winkler escribió en el año 2000 sobre la «normalización europea de Alemania».⁵⁶ Parecía confirmarse también el principio de «Auschwitz nunca más» como base de la política exterior alemana, una política exterior idealista de centro izquierda basada en el compromiso con la *Westbindung* y la idea de expiación por Auschwitz como *raison d'état* de Alemania.

Alemania también podía aspirar todavía a ser una «potencia civil». Seguía comprometida con el multilateralismo y, sobre todo, con la Unión Europea y con la OTAN. Había comenzado a utilizar su fuerza militar con mayor disposición que antes, pero lo había hecho en un marco multilateral y, sobre todo, con una finalidad: evitar las catástrofes humanitarias. Esto no era necesariamente incompatible con una identidad de «potencia civil». De hecho, Alemania podía incluso argüir que durante el conflicto de Kosovo había actuado por vez primera como un *Ordnungsmacht*, es decir, una potencia que

interviene para mantener el orden global, y de ese modo fortaleció su estatus de «potencia civil». Mientras aún había en Alemania –sobre todo en la izquierda– quien se sentía incómodo con el nuevo orden intervencionista de la política exterior alemana, sus aliados en la OTAN y sus socios europeos parecían aplaudirlo. En resumen, aunque a finales de los noventa Alemania parecía estar convirtiéndose en «una república diferente», daba la impresión de estar más integrada que nunca en Occidente.

CAPÍTULO 4

Víctimas y perpetradores

Cuatro años después las cosas tenían un aspecto muy distinto. Cuando Estados Unidos invadió Irak, en primavera de 2003, las relaciones entre Alemania y Estados Unidos se habían «envenenado», como dijo la consejera de Seguridad Nacional Condoleezza Rice en septiembre de 2002.¹ Alemania no sólo se había opuesto a Estados Unidos en un asunto que estos últimos consideraban vital para su seguridad nacional, sino que para hacerles frente había formado una contracoalición, como parte de lo que un teórico en relaciones internacionales llamó «estrategia de equilibrio suave».² Con la guerra de Irak, escribe Stephen Szabo, terminó «el período de posguerra fría en la relación entre Alemania y Estados Unidos».³ Henry Kissinger escribió que él nunca hubiera creído que la relación se pudiera deteriorar tan deprisa, y que le preocupaba que surgiera una especie de «antiamericanismo que pudiera convertirse en tentación permanente en la política alemana».⁴ El desacuerdo entre Alemania y Estados Unidos por la guerra de Irak llevó incluso a algunos analistas a pensar que «podiera suponer el final de “Occidente” como concepto significativo».⁵

Gran parte de la explicación a todo lo ocurrido estaba en el cambio que la política exterior estadounidense experimentó a partir del año 2000. Antes incluso del 11-S el presidente George W. Bush ya había molestado a muchos europeos al negarse a ratificar el Protocolo de Kyoto y a unirse a la Corte Penal Internacional. Pero los ataques provocaron «una potente oleada de apoyo a Estados Unidos» en Europa en general y en Alemania en particular.⁶ Después del 11 de septiembre Schröder prometió a Estados Unidos «solidaridad ilimitada» por parte de Alemania y, tras la primera invocación del artículo 5 del Tratado del Atlántico Norte, la cláusula de seguridad colectiva de la OTAN, Alemania envió sus tropas a una misión de lo que luego se convertiría en la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad (ISAF) en Afganistán. Schröder puso en riesgo incluso su puesto cuando pidió un voto de confianza junto al voto favorable al despliegue en Afganistán. La

Bündnistreue, o lealtad a la alianza, seguía siendo el principio que guiaba la política exterior alemana.

Sin embargo, durante los dieciocho meses siguientes surgió otro desencuentro sin precedentes entre Alemania y Estados Unidos que dejó a la vista más cambios –en este caso, a largo plazo– en la relación que habían mantenido en la década transcurrida entre la reunificación y el 11-S. La realidad subyacente a todo esto era que Alemania y Estados Unidos ya no eran tan importantes, el uno para el otro, como lo habían sido durante la Guerra Fría. Independientemente de quién estuviera en la Casa Blanca de Washington o en la cancillería de Berlín, Alemania y Estados Unidos se necesitaban menos que antes, así de simple. Este cambio a largo plazo se vio agudizado cuando la percepción de las amenazas por parte de estadounidenses y alemanes comenzó a cambiar tras el 11-S. Pero esta divergencia era, en sí misma, otra consecuencia más del cambio que la identidad alemana estaba sufriendo en el mismo momento.

Durante el verano de 2002, aunque todavía no está claro cuándo fue exactamente, Gerhard Schröder decidió oponerse públicamente a la guerra de Irak independientemente de las circunstancias en que se produjera. Después de casi cuatro años en el cargo parecía que Schröder estaba preparado para perder las elecciones generales que se iban a celebrar aquel otoño; por otro lado, los sondeos de opinión mostraban que una gran mayoría de los alemanes se oponían a la guerra de Irak.⁷ Schröder dijo después que el factor fundamental de aquella decisión fue la forma en que parecían haber cambiado, en el curso del año 2002, los argumentos que la administración Bush utilizaba para justificar la invasión. En principio se había dicho que había un vínculo entre Irak y Al-Qaeda, pero este argumento se dejó de lado más tarde y el foco de la acción se puso en Saddam Hussein, que supuestamente escondía armas de destrucción masiva: esto no ha podido demostrarse por el momento.⁸

Schröder comenzó su campaña electoral en agosto de 2002 con un discurso en Hannover sin precedentes en la historia de la política exterior alemana de posguerra. En él se distanciaba de Estados Unidos y hablaba del «Deutscher Weg», o «camino alemán», en oposición al «camino americano». «La era en

que miramos hacia América, hacia otros países que sirvieran de modelo a nuestra economía ha llegado a su fin», dijo. Volviendo a Irak, declaró: «No pienso conducir a este país a ninguna aventura».⁹ Nunca antes, en la historia de la República Federal alemana, se había distanciado tanto un canciller, públicamente, de Estados Unidos en una cuestión tan importante, ni los había criticado tan abiertamente. Aquello constituía también una ruptura con la política exterior del gobierno «rojiverde» que hasta ese momento se había distinguido por su énfasis en la importancia de la multilateralidad y sobre todo de la *Bündnistreue*. Schröder no podía haber dejado más claro que el período de «solidaridad incondicional» con Estados Unidos después del 11-S había terminado.

Por otra parte, utilizando el concepto del «camino alemán», Schröder estaba adquiriendo un tono inequívocamente nacionalista, aunque después negaría que aquella fuese su intención. Al mirar atrás, después de dejar su cargo, dijo que su primera intención había sido contrastar la economía de mercado alemana, social, con el modelo económico anglosajón, liberal; dijo también que se había querido referir «a la política de paz de Willy Brandt»¹⁰ y que cuando hablaba de política exterior lo que intentaba era establecer un contraste no tanto con Estados Unidos sino con la oposición demócrata cristiana, que no había sido tan crítica –o no tan claramente– con Bush. Pero al utilizar el concepto de «camino alemán» estaba, consciente o inconscientemente, invocando la idea de una alternativa a la filosofía y al modelo occidental, que había sido rasgo diferenciador del nacionalismo alemán desde el siglo XIX.

Funcionó. La retórica de la paz encontró eco en los votantes alemanes y Schröder continuó su campaña con el mismo tono. Al poner el foco en Irak la atención de los alemanes se apartó de las dificultades económicas del país, sobre todo del desempleo, que en 2002 ascendía a los tres millones y medio de parados. Fue una ayuda crucial que contribuyó a obtener el apoyo que tanta falta hacía entre la extrema izquierda y los alemanes del Este a los que los socialdemócratas habían perdido, ganándolos los democristianos y el Partei des Demokratischen Sozialismus (PDS), el antiguo Partido Comunista de Alemania del Este.¹¹ Los sondeos decían que los alemanes del Este eran aún más contrarios a la invasión de Irak, y aún más antiamericanos que los

alemanes occidentales. A finales de agosto el SPD había ganado terreno en las encuestas y, en las elecciones de finales de septiembre Schröder fue reelegido por un estrecho margen: un logro notable, dado el terreno que había ido perdiendo en los sondeos desde el comienzo de la campaña.

De la misma manera que Schröder criticara la alusión de Joschka Fischer a Auschwitz para justificar la guerra de Kosovo, Fischer criticó después a Schröder por su empleo del concepto del «camino alemán» para oponerse a la guerra de Irak.¹² Fischer también se oponía a la idea de una invasión de Irak, pero le preocupaba el empleo que estaba haciendo el canciller de la retórica nacionalista y antiamericana, y no quería que los alemanes convirtieran el «no a la guerra» en un «no a la OTAN». Por otra parte, le preocupaba el aislamiento de Berlín: en ese momento ni siquiera el presidente francés, Jacques Chirac, se había comprometido en uno u otro sentido. Así que Fischer intentó desarrollar una posición más matizada: en una entrevista concedida al *Spiegel* a finales de 2002 se negaba a enviar tropas alemanas, pero lanzó la idea de aceptar la acción militar contra Irak como predicaba el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Schröder, sin embargo, descartaba esa opción.

A comienzos de noviembre, tras ocho semanas de negociaciones, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas aprobó por unanimidad la Resolución 1441, que reiteraba que Irak se enfrentaría a «graves consecuencias» si no cumplía con sus obligaciones de desarme en virtud de anteriores resoluciones, y volvió a enviar a Irak inspectores de armamento. En enero de 2003 Alemania ocupó un escaño sin derecho a veto en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y, al mes siguiente, la presidencia de dicho consejo, que es un cargo rotativo. Pero en una aparición suya en la ciudad alemana de Goslar (fue en el curso de otra carrera electoral, esta vez para el estado de Baja Sajonia), Schröder declaró públicamente que Alemania tenía que votar en contra de la intervención militar en el Consejo de Seguridad, una afirmación incluso más categórica de cuantas había hecho hasta el momento. Afortunadamente para él, Francia y Rusia se unieron a Alemania en la oposición a una resolución que autorizaba el empleo de la fuerza militar en febrero, salvando así a Alemania del aislamiento.

De hecho, a pesar de la clara oposición de Schröder a la guerra, Alemania

ofreció a Estados Unidos un apoyo militar significativo. Se avino a enviar aviones de reconocimiento de AWACS para patrullar desde el cielo turco; tras una oposición inicial ofreció misiles para baterías Patriot que también se enviaron a Turquía por si recibía un ataque de Irak, y empleó sus barcos para proteger las vías navales y abrir rutas a los buques americanos que iban hacia el Golfo Pérsico. Pero surgió una controversia mayor cuando se supo que dos agentes de la inteligencia alemana se habían quedado en Bagdad durante la guerra y habían facilitado al gobierno estadounidense información que habían recabado en secreto, incluidos los detalles de las unidades militares iraquíes y de las armas que tenían ubicadas en la ciudad. La información la pasó otro encargado de la inteligencia alemana que estaba en el cuartel del general Tommy Franks, comandante estadounidense de la invasión de Qatar.¹³

Mucha gente, fuera de Alemania, acogió de buen grado la oposición de Schröder a la guerra de Irak, pero el debate sobre las ventajas de la guerra oscureció el significado de la ruptura de la política exterior alemana que se había producido en el proceso. Del mismo modo que en el debate sobre el empleo de la fuerza militar que se desarrolló en los años noventa, cuando algunos miembros de la izquierda alemana redujeron la idea de «potencia civil» a la de *Friedensmacht*, o «potencia de paz», hubo un buen número de personas que tanto en Alemania como fuera de ella aplaudían la oposición alemana al empleo de la fuerza militar en Irak, porque lo consideraban coherente con los valores tradicionales de la política exterior alemana. Pero la realidad era más compleja. De hecho, la oposición de Alemania a la guerra de Irak, sobre todo la manera en que la expresaba Schröder, representaba una ruptura total con la política exterior alemana hasta ese momento. En cierto modo, el enfoque que Alemania dio a la crisis de Irak lo que hizo en realidad fue desgastar su grito, en el que se declaraba «potencia civil».

A primera vista parecía que Alemania había preferido a Europa, Francia en particular, antes que a Estados Unidos. Alemania se había posicionado con gran cautela entre Francia y Estados Unidos con el fin de evitar, precisamente, elegir entre uno y otro, un acto de equilibrio que se fue volviendo más difícil a partir del término de la Guerra Fría y especialmente del 11-S. Pero en 2003

Alemania se alineaba por primera vez con Francia y frente a Estados Unidos. Escribe Szabo que «Europa había supuesto una prioridad frente a los lazos transatlánticos con Estados Unidos».¹⁴ El propio Schröder hablaría después de su sentido de «misión Europea».¹⁵ Pero Alemania no había seguido a Francia, exactamente: más bien la había guiado. Schröder ya se había opuesto públicamente a la invasión de Irak por parte de Estados Unidos en verano de 2002, es decir, antes de que el presidente Chirac tomara su decisión.

Por otra parte, la propia Europa estaba partida por la mitad, en lugar de estar unida apoyando a Francia y a Alemania. A finales de 2003 el secretario de Defensa estadounidense, Donald Rumsfeld, se refirió a una «vieja Europa» que se oponía a Estados Unidos, y a una «nueva Europa» que los respaldaba. Una semana después los jefes de gobierno de ocho estados miembros de la UE, incluido el presidente del gobierno español, José María Aznar y el primer ministro británico, Tony Blair, firmaron una carta de apoyo a la política estadounidense que se publicó en el *Wall Street Journal*. A la «carta de los ocho» la siguió otra carta de apoyo, llamada de los «diez de Vilnius»: un grupo de diez estados bálticos, centroeuropeos, y balcánicos. En definitiva, si Francia y Alemania se proponían liderar a Europa en franca oposición a la política estadounidense, su propósito fue un sonoro fracaso.

Este fracaso reflejaba el cambio que había tenido lugar en el seno de la UE durante la década anterior. Parte del liderazgo francoalemán había funcionado en el pasado gracias a lo que Stanley Hoffman denominara «el equilibrio de los desequilibrios». Por otra parte, como Francia y Alemania Occidental tenían posiciones antagónicas en muchos aspectos, eso suponía que si podían ponerse de acuerdo podían también incorporar a otros estados miembros. Pero con el fin de la Guerra Fría y con la ampliación de la UE se había complicado más el que Francia y Alemania pudieran «cubrir todo el espectro de divergencias fundamentales», según lo ha expuesto François Heisbourg.¹⁶ En los años noventa los estados miembros de la UE también se habían adaptado a la ausencia de liderazgo francoalemán, y habían descubierto nuevas formas de trabajar. Así cuando Chirac y Schröder intentaron revivir su liderazgo en el contexto de la guerra de Irak, otros estados miembros lo rechazaron.

Tenemos entonces que lo que había sucedido durante la crisis de Irak no había sido tan simple como que Alemania se alineara con Europa e hiciera

frente a Estados Unidos. Estaba claro que la administración Bush había roto con la tradición de la política exterior estadounidense y estaba intentando darle un enfoque más unilateral que sus predecesores, sobre todo que la administración Clinton. Pero Alemania también había sacrificado la multilateralidad para oponerse a la guerra de Irak, que era lo contrario de lo que había hecho en Kosovo. La oposición de Schröder a la guerra de Irak suponía, como lo explica Szabo, «una sorprendente ruptura con la tradición de multilateralidad de la política alemana».¹⁷ De hecho se produjo una paradójica simetría entre Alemania y Estados Unidos: mientras Bush y Schröder tenían puntos de vista opuestos en cuanto al núcleo de la cuestión, ambos estaban preparados para actuar sin hacer referencia a las instituciones multilaterales, tales como el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

El cambio que había tenido lugar en la política exterior alemana se puede valorar en términos de preferencia, de lo que pueden llamarse preferencias de «metanivel». A partir de la reunificación las preferencias de Alemania (su reticencia a emplear la fuerza militar, por ejemplo) habían sido cada vez más difíciles de reconciliar con sus preferencias de metanivel, como por ejemplo la multilateralidad, que había servido de marco a la política exterior de la República Federal desde su creación en 1949 y había llevado a analistas como Hanns Maull a describirla como una «potencia civil». En los años noventa Alemania había tendido a adquirir compromisos basados en sus preferencias (como su reticencia al empleo de las fuerzas armadas) para apearse a sus preferencias de metanivel (como la multilateralidad). El significado de la guerra de Irak fue que por primera vez Alemania se comprometió en función de sus preferencias de metanivel. Parte de las razones para hacer algo así se encontraban en el sutil cambio de la identidad nacional alemana que se estaba produciendo al mismo tiempo que aquella guerra.

A lo largo de la historia de la República Federal surgen recuerdos colectivos en los que los alemanes aparecen como perpetradores, que compiten con otros recuerdos colectivos en los que aparecen como víctimas. La cronología de unos y otros recuerdos colectivos suele dividir la historia de la República Federal en tres fases: primer período de posguerra (sobre todo los años

cincuenta), que estuvo dominado por el recuerdo colectivo de las víctimas alemanas; un segundo período, a partir de los sesenta, durante el que dominaron recuerdos colectivos impulsados por acontecimientos como los juicios de Auschwitz, en los que los alemanes eran perpetradores y, por último, una tercera fase que comenzó más o menos con el milenio en la que resurgieron los recuerdos colectivos de las víctimas alemanas.¹⁸

Eric Langenbacher ha señalado el año 1999 como «el momento crítico coyuntural» en el que el tema dominante de los alemanes como perpetradores dejó paso al tema de los alemanes como víctimas. Según esta disposición la memoria colectiva de la República Federal ha tenido dos fases, «repartidas en torno al regreso, en 1999, de la capitalidad a Berlín».¹⁹ Langenbacher sostiene que la primera década tras la reunificación alemana en 1990 se caracterizó por «la continuación, la culminación y la institucionalización del recuerdo del Holocausto», que había comenzado en los años sesenta y había conseguido la «hegemonía cultural» en los años ochenta.²⁰ Esta «identidad del Holocausto» parece, al verla en retrospectiva, haber alcanzado su punto más alto en el debate sobre la guerra de Kosovo, en 1999. Pero después de 2002 la memoria del Holocausto perdió significado mientras la del sufrimiento alemán ganaba terreno.

Aunque el debate sobre Kosovo estuvo dominado por las memorias colectivas en las que los alemanes aparecen como perpetradores, el debate sobre Irak, en la segunda mitad del año 2002 y primera del 2003 lo estuvo por la memoria colectiva de aquellas situaciones en las que los alemanes aparecen como víctimas. Durante este período se produjo lo que el corresponsal de un periódico estadounidense denominó «un flujo de memoria» que dio lugar a un «cambio de la visión que tenía el público de la Segunda Guerra Mundial» y a un «fortalecimiento de la oposición alemana frente a la amenaza de guerra en Irak».²¹ Este flujo de memoria no se centraba en el Holocausto, como sucedió en el caso de Kosovo, sino en el sufrimiento de Alemania durante la Segunda Guerra Mundial, especialmente por los bombardeos aliados sobre las ciudades alemanas. El periodista escribió: «Por primera vez muchos alemanes se están considerando abiertamente no sólo perpetradores de guerras, sino víctimas de la guerra».²²

El catalizador de esta discusión pública de las víctimas alemanas fue la

publicación, en noviembre de 2002, del libro *Der Brand*, del historiador Jörg Friedrich.²³ El libro, que se publicó por entregas en *Bild* –el periódico sensacionalista más vendido en Alemania– y que enseguida se convirtió en número uno de ventas, describía la campaña de bombardeos aliados contra Alemania de un modo no sólo vívido y emotivo, también muy problemático. Empleaba un lenguaje que evocaba el nazismo y, sobre todo, el Holocausto. Friedrich describía, por ejemplo, el bombardeo aliado de las ciudades alemanas como un *Vernichtung*, o aniquilación, y se refería a las tropas que manejaban los bombarderos ingleses y americanos como *Einsatzgruppen*, o batallones de la muerte, que era el término empleado para designar a las brigadas asesinas de las SS que operaban tras las líneas alemanas en el Frente Oriental durante la Segunda Guerra Mundial. Esta estrategia, que Bill Niven ha llamado «descontextualización histórica», equiparaba de forma implícita el sufrimiento ocasionado por Alemania y el experimentado por los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial.²⁴

Estas memorias colectivas de los alemanes como víctimas –sobre todo del bombardeo de Dresde, en febrero de 1945– contribuyeron a la oposición a la guerra de Irak, liderada por EE.UU., y la alimentaron. Durante la escalada hacia la guerra la televisión alemana mostraba con frecuencia imágenes del bombardeo de algunas ciudades durante la Segunda Guerra Mundial, creando lo que Andreas Huyssen denominó «una falsa sensación de simultaneidad» entre los dos conflictos.²⁵ La memoria colectiva de los bombardeos aliados durante la Segunda Guerra fortaleció e intensificó la oposición alemana a la anunciada guerra en Irak.²⁶ Algunos alemanes sugirieron que como habían aprendido de su terrible pasado, estaban en una posición superior a la de otros para juzgar la adecuación de una guerra en el presente. Por ejemplo, Friedrich dijo al *Wall Street Journal* que «los alemanes tenían un conocimiento más profundo en cuestión de campañas de bombardeo».²⁷

Y así el debate sobre Irak –al igual que el debate sobre la guerra de Kosovo– tomó forma, en Alemania, a partir de las memorias colectivas relacionadas con la Segunda Guerra Mundial. Pero en este caso los alemanes no eran perpetradores, sino víctimas, víctimas sobre todo del Reino Unido y de Estados Unidos. El discurso de las víctimas alemanas predominante en la República Federal durante la década de los cincuenta se había centrado en la

expulsión de los alemanes de los países del centro y este de Europa que, tras la guerra, se habían convertido en parte del bloque oriental. Pero en el contexto de la Guerra Fría la discusión del sufrimiento alemán, en la que los supuestos perpetradores eran los británicos y los americanos –como en el bombardeo aliado de las ciudades alemanas durante la Segunda Guerra– siguió siendo tabú, excepto en la extrema izquierda y en la extrema derecha, y no varió hasta el cambio de milenio: por primera vez los alemanes pudieron considerarse víctimas de los americanos.

Hubo quien pensó que era inevitable que, con el paso del tiempo, los recuerdos del pasado nazi y la Segunda Guerra Mundial acabarían remitiendo. De hecho, lo que ocurrió en la década del 2000 fue más complejo. El pasado como componente de la vida pública alemana no se fue diluyendo sin más: no en política exterior, al menos. Los recuerdos colectivos de la Segunda Guerra Mundial se mantuvieron tan vivos como siempre. Lo que sucedió fue más bien que el equilibrio entre los distintos recuerdos colectivos de este período variaron a medida que los alemanes empezaron a pensar más en sí mismos como víctimas y no como perpetradores. Ambos juegos de recuerdos colectivos podían movilizarse en función de las necesidades concretas del presente, y al principio del siglo XXI los debates sobre la identidad nacional alemana se expresaron mediante la competencia entre dos recuerdos colectivos muy específicos: Auschwitz y Dresde.²⁸

Por esta época fue cuando el concepto de «normalidad» comenzó a utilizarse en los debates sobre política exterior alemana de una manera muy distinta a como se había hecho durante la década anterior.²⁹ Schröder ya había justificado la participación alemana en la guerra de Kosovo utilizando el término «normalidad», pero en aquel momento había adoptado la definición de «normalidad» que empleaba la derecha, con su acepción de *Bündnisfähigkeit*. En un discurso de la Conferencia de Seguridad, en Múnich, que tuvo lugar en febrero de 1999, Schröder había afirmado que Alemania no quería seguir la *Sonderweg* y que estaba preparada para asumir responsabilidades «como un aliado normal».³⁰ Sin embargo, en las elecciones de 2002, hubo una serie de socialdemócratas que también hablaron de la oposición de Alemania a la

guerra de Irak como una expresión de «normalidad». El líder parlamentario Franz Münterfering, por ejemplo, declaró en octubre de 2002 que Alemania ya era un «país normal», listo para perseguir, confiado, sus propios intereses: una visión de la «normalidad» muy diferente.³¹

Como Schröder era el primer canciller que no tenía recuerdos de 1945, su empleo del lenguaje de la «normalidad» suele explicarse en términos generacionales, incluso aunque otros miembros de su generación, como Fischer, rechazaban el concepto. De hecho, la persona que defendió desde la izquierda una política exterior «normal» fue, en primer lugar y de la manera más explícita, Egon Bahr, que pertenecía a una generación muy distinta de la de Schröder: nacido en 1922 era lo bastante mayor como para haber servido en la Wehrmacht a finales de la Segunda Guerra Mundial. Pero como antiguo consejero de Brandt en materia de política exterior y arquitecto de la *Ostpolitik*, Bahr era una figura de gran influencia en los debates sobre política exterior alemana, y alguien a quien Schröder reconocía esa influencia.³² Fue Bahr quien formuló en primer lugar esa nueva versión de la «normalidad» como búsqueda del interés nacional.

En un artículo publicado en la revista de política exterior *Internationale Politik* en enero de 1990, Bahr había llamado a la «normalización de la política alemana».³³ Comenzó el artículo ensalzando el controvertido discurso de Martin Walser en Frankfurt –pronunciado unos meses atrás– y avaló su crítica de la «instrumentalización» de Auschwitz. Pero sobre todo Bahr dijo que el Holocausto no debería «bloquear el camino hacia la normalidad» y que «el estigma del pasado no debería pesar sobre el futuro».³⁴ En efecto, Bahr estaba aplicando directamente la idea de la *Schlußstrich* a la política exterior: la política exterior alemana tenía que escapar del estigma del pasado nazi para poder ser normal. Esto era una crítica implícita a la visión de la política exterior alemana, centrada en el Holocausto, de Joschka Fischer.

La cuestión, dijo Bahr, era si Alemania podía conseguir un «equilibrio interior» que le permitiera «actuar como otras naciones de la comunidad de estados» y si «esa normalidad sería comprendida y aceptada por otras naciones».³⁵ Continuó explicando lo que significaba esa normalidad en términos de política exterior. La *Westbindung* (y también la Unión Europea, que había resuelto ya la «cuestión alemana» de una vez por todas) significaba

que Alemania ya no era una amenaza para el resto de Europa. Alemania debía, por tanto, «perseguir sus intereses de la misma manera, natural, que otros estados soberanos». Esto iba a ser la normalidad, «la oportunidad de la República de Berlín».³⁶ La conclusión del artículo de Bahr era que la política exterior de la República de Bonn era «anormal» no por su reticencia a emplear su poder militar, sino porque no era del todo soberana: una diferencia sutil, pero importante.

También sostenía Bahr que los intereses de Alemania y Estados Unidos eran ahora divergentes y, por tanto, la «normalidad» implicaba un distanciamiento entre los dos. En otras palabras, defendía esa relajación de la *Westbindung* que algunos pensadores de izquierda, como Jürgen Habermas, habían temido tras la unificación. Entretanto, mientras la anterior idea de «normalidad» como *Bündnisfähigkeit* se empleaba para justificar opciones de política exterior que coincidían con las de los aliados de Alemania en la OTAN (como la opción de participar en la guerra de Kosovo o la de desplegar tropas en Afganistán), esta nueva idea de «normalidad» como búsqueda de los intereses nacionales podía también utilizarse para justificar la divergencia en materia de política exterior de los países aliados, especialmente Estados Unidos, sobre todo en cuanto al rechazo hacia la guerra de Irak.

Aunque algunos socialdemócratas como Müntefering habían empleado el concepto de «normalidad» de esa manera, como hemos visto, la idea que Schröder tenía del «camino alemán» evocaba, inevitablemente, el *Sonderweg*. En otras palabras, lo opuesto a la normalidad.³⁷ Después de dejar su cargo Schröder dijo que aunque la frase pretendía fundamentalmente hacer referencia a la economía de mercado de corte social, en oposición y, por ende, al «modelo económico anglosajón», al que criticaba, también estaba en conexión con la política exterior e incluía una «referencia a la política de paz de Brandt».³⁸ Pero tras el primer uso del término en su discurso de agosto de 2002 en Hannover, Schröder tendía a dar énfasis al elemento social y económico de la frase, por encima de la política exterior.

En un libro publicado después de la guerra, en 2003, Bahr tomó la idea del «camino alemán» de Schröder en política exterior y la vinculó directamente con la de «normalidad». En su obra *Der Deutsche Weg: Selbstverständlich und Normal*, defendía «una Alemania al servicio de Europa, que luche por sus

intereses como un estado normal y que no vea su futuro obstaculizado por su pasado: el futuro de Europa es más importante que el pasado de Alemania».³⁹ Una vez más, como en su anterior ensayo, la normalidad –definida como la búsqueda de los intereses nacionales– era el concepto central. Bahr sostenía que era normal tener un sentido de identidad nacional, y que los alemanes sufrían una suerte de déficit de identidad nacional: «los alemanes tienen casi la obligación de desarrollar una relación normal con la idea de nación», escribió.⁴⁰

Aunque criticaba la excepcionalidad alemana que se apoyaba en su pasado nazi –lo había hecho en un ensayo publicado en 1999– Bahr daba ahora más importancia que entonces a la necesidad de que en la política exterior hubiera un componente específicamente alemán. Sobre todo, identificaba «normalidad» con «singularidad» o, dicho de otro modo, con un enfoque nacional específico. Apoyaba el concepto del «camino alemán» de Schröder, según confesó, pero también lamentaba que Schröder hubiera restringido la expresión a la política social y económica y no la aplicara a la exterior, como consecuencia de lo que él denominaba «el miedo a la singularidad».⁴¹ Bahr instó a los alemanes a que superaran su «miedo al camino alemán».⁴² Otros países europeos, dijo, estaban orgullosos de sus particularidades. «Los alemanes son los únicos que temen que otros teman que ya no hay que temer al camino alemán».⁴³

Pero Bahr insistía sobre todo en que Alemania debía seguir su propio camino en asuntos como el empleo de sus fuerzas armadas. El artículo 26 de la Ley Fundamental era un elemento positivo de la «singularidad» alemana que podía convertirse en «característica promocional exclusiva» sobre cuya base Alemania desarrollaría su propia política exterior y de seguridad.⁴⁴ Con esta defensa de la reticencia de Alemania a emplear su poder militar Bahr sacó el concepto de «normalidad» de su contexto original, el que se le atribuyó en los años noventa: en aquel momento la derecha se había quejado de que la «normalidad» implicaba la convergencia con los aliados de la OTAN en materia de uso de las fuerzas armadas, y la izquierda veía en esto un peligro de remilitarización. Una década después, sin embargo, Bahr dijo que «normalidad» significaba, sobre todo, paz. Al reconciliar la «normalidad» con la «singularidad» Bahr empleó el concepto de normalidad para defender cierto

tipo de excepcionalidad alemana, pero no el mismo que Fischer.

Como ya hiciera en 1999, Bahr aseguró que los intereses nacionales de Alemania –que habían constituido la base de una política extranjera «normal»– ya no estaban en línea con los de Estados Unidos. «Ahora, a cada lado del Atlántico hay un interés distinto, y así va a seguir siendo», escribió.⁴⁵ Si no ponía fin a la dominación que Estados Unidos ejercía sobre su política exterior y de seguridad, Alemania no sería más que un protectorado.⁴⁶ Además, la identidad de Alemania como *Friedensmacht*, o «potencia de paz» –su única «característica promocional exclusiva»– contribuiría a distinguirla de Estados Unidos. Por ello Bahr comenzó su libro admitiendo lo siguiente: «Veo claramente un lado positivo en la guerra de Irak».⁴⁷ Más adelante sugería que esa guerra ayudaría a unir a los alemanes: «La reacción ante la guerra de Irak fue pangermánica».⁴⁸

La visión de Bahr de una política exterior alemana «normal» fue de corte realista y se basaba en el concepto de soberanía en el que Alemania perseguía, sobre todo, sus propios intereses nacionales. Bahr sostenía que Alemania no debía permitir que le afectara la influencia de Auschwitz, como había sucedido en los noventa, ni tener miedo de recorrer su propia senda, especialmente cuando se trataba de paz. De hecho, la reticencia a emplear el poder militar era la esencia de su singularidad. Por otra parte tenía que apartarse de Estados Unidos y estar preparada para hacerle frente, sobre todo, en la cuestión del empleo de sus fuerzas armadas. Aunque el discurso de la «normalidad» había ido unido a un resurgir del nacionalismo, como habían temido algunos –Habermas, por ejemplo–, no fue de la mano del resurgir del militarismo. Lo que salió de ahí fue más bien un nacionalismo de izquierdas basado en la idea de Alemania como *Friedensmacht*.

Tras la guerra de Irak hubo en Alemania quien utilizó la nueva versión del concepto de «normalidad» que había formulado Bahr y también quien empezó a aceptar su misma visión de la política exterior alemana. Sobre todo, y aunque Schröder prefería hablar de «soberanía» más que de «normalidad», compartía con Bahr el énfasis realista que éste daba a la consecución de los intereses nacionales alemanes.⁴⁹ Schröder estaba de acuerdo con Bahr en que el pasado nazi no debía utilizarse para justificar los caminos que Alemania tomaba en política exterior, y criticaba las referencias de Fischer a Auschwitz

para justificar la intervención militar en Kosovo.⁵⁰ Dijo también que no lamentaba el distanciamiento con Estados Unidos y que estaba muy satisfecho con la forma en que su gobierno había «reclamado su independencia» en cuanto a la toma de decisiones.⁵¹ Y así surgió una versión actualizada del realismo de izquierdas de los setenta, centrado ahora en lo que Bahr denominó «soberanía interna», y no en la reunificación.

Para esta política exterior realista y de izquierdas fue fundamental –como lo fue para la de Brandt en los setenta– el concepto de paz. El movimiento pacifista de los ochenta que había surgido en oposición al despliegue de misiles americanos en Europa ya había mostrado lo fuerte que resonaba el concepto de paz en Alemania Occidental. Pero también resonó en Alemania Oriental. Con la presión de sus aliados en la década de los noventa, sin embargo, Alemania parecía haberse reconciliado con el empleo de la fuerza militar en determinadas circunstancias. Este cambio en la política alemana de seguridad culminó en la implicación de Alemania en la guerra de Kosovo en 1999. A mediados de la primera década del nuevo milenio se desplegaron tropas alemanas por todo el mundo. Pero sobre todo después de la guerra de Irak, en 2003, aumentó la oposición de los alemanes al empleo de las fuerzas armadas y Alemania comenzó a definirse como *Friedensmacht*.

Las tropas alemanas estaban desempeñando ya un papel muy activo en los Balcanes. Aunque Kosovo se hallaba estabilizada los conflictos étnicos en la región se habían extendido, en 2001, hacia su vecina Macedonia, donde habían estallado otros nuevos entre grupos paramilitares de Albania y el gobierno. En julio de 2001, tras un alto al fuego que se firmó en Macedonia, la OTAN envió tropas al país para retirar las armas de los rebeldes albanos en la operación llamada «Essential Harvest». Al mes siguiente Alemania aceptó enviar quinientos soldados como parte de una misión de cuatro mil quinientos comandada por los británicos. Al término de esta operación, que duró treinta días, fue Joschka Fischer quien –sólo unos días antes del 11 de septiembre– instó a Estados Unidos y a Europa a crear una nueva fuerza comandada por la OTAN con un mandato de las Naciones Unidas para impedir que Macedonia se viera envuelta en una guerra civil.⁵²

Las tropas alemanas estuvieron también en Afganistán, donde el canciller Schröder las había desplegado en nombre de la *Bündnistreue*. Pero el mandato bajo el que llegaron, que tenía que renovarse todos los años, siguió sin estar claro. Durante el tiempo en que la Bundeswehr estuvo participando en la ISAF liderada por la OTAN, por ejemplo, no se le permitía participar en la Operación Libertad Duradera contra el terror que lideró Estados Unidos, aunque en la práctica era difícil separar las dos operaciones. Tras los desencuentros sobre el problema de Irak, Alemania ya no pudo resistir más las presiones de EE.UU. para que aumentara su participación en Afganistán, y en 2003 aceptó enviar tropas a Kunduz, en el relativamente apacible norte de Afganistán. Según Stefan Kornelius, editor de la sección internacional del *Süddeutsche Zeitung*, Alemania aceptó aquello porque «era el lugar ideal para encontrar cierta armonía entre la interpretación alemana del mandato y la situación que se vivía sobre el terreno».⁵³

Pero incluso allí la Bundeswehr tuvo que operar bajo estrictas «exenciones», lo que suponía que sus tropas no podían desplegarse con la misma flexibilidad que las de sus socios de la ISAF. Aunque los oficiales alemanes se sentían incómodos con el término «exención» y preferían hablar de «normas de participación», admitían que Alemania tenía un estándar más elevado en materia de seguridad, por ejemplo en cuanto al apoyo médico que se requería para el despliegue de las tropas, que cualquier otro país de la OTAN, y dicha normativa restringía su capacidad para intervenir. En la práctica los comandantes alemanes también corrían menos riesgos, en general, que los americanos, los británicos o incluso los holandeses, que imponían ciertas restricciones a la intervención de sus fuerzas, sobre todo por la noche. Estas restricciones frustraron a los aliados de Alemania y llevaron a un alto oficial británico a soltar, en 2007, que «la Bundeswehr no era más que un club de campistas con ínfulas».⁵⁴

Pero a partir de 2007 tuvo lugar un proceso de adaptación y aprendizaje: fue mientras la Bundeswehr intentaba hacer frente a los retos operativos con los que se encontró en el norte del país. Cuando los talibanes abrieron un segundo frente en el norte de Afganistán y la seguridad empezó a deteriorarse, los mandos alemanes se vieron obligados a modificar su *modus operandi* y comenzaron a adoptar una postura más agresiva. En ese proceso la

Bundeswehr, que hasta entonces había desempeñado su papel en misiones de paz, comenzó a desarrollar su propia doctrina antinsurgentes. Eso, a la vez, dio lugar a un aumento de la desconexión entre la realidad del campo de batalla y lo que Timo Noetzel ha llamado «inercia estratégica» en lo político, a medida que aumentaba la oposición a la implicación alemana en la misión de la ISAF.⁵⁵

Al aumentar las bajas civiles y las de alemanes, la oposición a la misión de Afganistán se endureció aún más. Una investigación llevada a cabo por la Bundeswehr sugiere que a partir de 2007 –es decir, cuando las botas de los alemanes pisaron el suelo del norte de Afganistán– los alemanes se volvieron más escépticos sobre la misión de la ISAF en particular, y sobre el despliegue de tropas alemanas en el extranjero en general.⁵⁶ Los políticos evitaron discutir el tema del despliegue de Afganistán, al que solían referirse como «operación de estabilización» especialmente debido al temor de que pudieran utilizarlo sus oponentes políticos de la misma forma que Schröder había utilizado Irak. Stefan Kornelius escribió en verano de 2009 que Alemania estaba decepcionada por lo que había hecho en Afganistán. «Aunque Alemania esté luchando en una guerra, a uno no le permiten llamarla guerra», escribió.⁵⁷

Ese mismo año, sin embargo, la realidad de Afganistán acabó dando la razón a Alemania. Coincidiendo con la carrera electoral de 2009 las tropas alemanas del norte de Afganistán sufrieron la enorme presión de los ataques talibanes. El 4 de septiembre un coronel alemán informó de un ataque aéreo estadounidense contra dos petroleros en Kunduz que, se creía, habían sido secuestrados por los talibanes.⁵⁸ El incidente, en el que murieron docenas de civiles, provocó después la dimisión del ministro laborista Franz Josef Jung, que era ministro de Defensa en el momento del ataque aéreo y había dado información incompleta al respecto. El incidente de Kunduz consiguió transformar la actitud de los alemanes frente a la campaña de Afganistán. El debate subsiguiente hizo que muchos alemanes se dieran cuenta por fin de que la Bundeswehr estaba luchando en una guerra, y no tomando parte en una «operación de estabilización».⁵⁹

Además del trauma de Afganistán, la percepción de fracaso que se tenía de la guerra de Irak hizo más fuerte la oposición a la participación de las tropas alemanas en operaciones «fuera de su zona». De hecho, al final de la segunda

década tras la reunificación la consigna «Guerra nunca más» parecía haber reemplazado a «Auschwitz nunca más» como principio clarificador del empleo por parte de Alemania de su fuerza militar. «El episodio intervencionista de la política exterior y de seguridad alemana parece haber tocado a su fin», escribió el periodista Thomas Schmid en 2010.⁶⁰ Pero mientras en Europa seguía habiendo quien veía a Alemania, cada vez más, como un consumidor más que como un productor de seguridad, Alemania se veía a sí misma como una sociedad apacible y «posheroica» que ya no tenía interés alguno en proyectar su poder. De este modo, mientras en los noventa seguía pareciendo que Alemania coincidía con Francia y el Reino Unido en lo relativo al empleo de la fuerza militar, ahora daba la impresión de que Alemania se alejaba de ellas. En asuntos de guerra y paz, parecía que los alemanes no querían ser «normales».

CAPÍTULO 5

Economía y política

Igual que la identidad nacional alemana sufrió un cambio en la primera década del milenio, en esta época se estaba produciendo también en la economía alemana una transformación que tendría importantes consecuencias para toda Europa. Mientras Alemania se esforzaba en gestionar el enorme coste de la reunificación y, simultáneamente, el reto de la globalización, se embarcó en importantes reformas que condujeron a un extraordinario resurgir de la economía, pero también la cambiaron como país y transformaron la relación simbiótica que había tenido hasta entonces con el resto de la UE. En el centro de la eurozona, cada vez más integrada, Alemania pasó en sólo una década de vivir con un déficit por cuenta corriente a tenerlo con importante superávit. Allí este cambio se veía como una conquista, pero como se consiguió, en gran medida, a través de la congelación de salarios, los alemanes de a pie no percibían beneficio alguno. Por otra parte, como esta situación había hecho que Alemania dependiera mucho menos de la exportación, creaba tensiones en Europa.

El primer efecto de la reunificación, en 1990 –al igual que en la unificación de 1871– fue el «boom» económico. Los salarios del Este, que en el momento de la reunificación eran aproximadamente el sesenta por ciento de los de Alemania Occidental, subieron rápidamente para acomodarse a los niveles occidentales, lo que creó un nuevo mercado compuesto por diecisiete millones de personas con dinero en el bolsillo para gastar en productos de Alemania Occidental. Así, durante el primer año tras la reunificación, la economía de Alemania Occidental aumentó un cuatro y medio por ciento, en respuesta a esa nueva demanda. La industria de la construcción, sobre todo, sintió los efectos de esa mejora en la economía, pues el gobierno alemán no dejaba de invertir en infraestructuras, como parte de un programa denominado *Aufschwung Ost*, para los llamados «nuevos estados» de la antigua Alemania Oriental. Berlín –adonde el gobierno pensaba trasladarse en 1999– se reconstruyó para ser la nueva capital de la Alemania reunificada.

Sin embargo, a medida que la euforia inicial de la reunificación se fue enfriando, comenzaron a surgir problemas económicos que dominarían la política alemana durante la década siguiente. Al decaer la primera subida de la demanda de los consumidores en el Este, y tras vender o cerrar las fábricas que fueron propiedad del estado de Alemania Oriental y que ya no eran competitivas, la economía alemana cayó en recesión. En 1993 la economía creció sólo un 1,1 %. La República Federal, que hasta entonces había gozado de un superávit por cuenta corriente prácticamente continuo desde comienzos de la década de los cincuenta, se vio en situación de déficit. Durante la campaña electoral de 1990 Kohl había prometido «un paisaje floreciente» en la antigua RDA, pero en 1993 el 15 % de la mano de obra de los «nuevos estados» se encontraba en paro. Las perspectivas, sobre todo para los jóvenes, parecían ir reduciéndose en lugar de mejorar.

Durante los últimos años del gobierno de Kohl, como el crecimiento seguía siendo lento, el desempleo aumentaba y el estado del bienestar ya no daba más de sí, se habló mucho del *Reformstau*, el «atasco de las reformas». Muchos economistas pensaron que Alemania era «el enfermo de Europa»: dependía en exceso del sector industrial y tenía un mercado laboral inflexible, por lo que no podía competir con industrias de menor coste como la china o la de Europa del Este. Creyeron que Alemania debería desregular su economía y buscar un ámbito de crecimiento en los servicios financieros y en el gasto de las familias, que era muy bajo en comparación con otras economías cuyo grado de desarrollo era similar. Pero el sistema de gobierno alemán, basado en el consenso, y sobre todo la fortaleza de sus sindicatos parecían convertir la reforma en algo imposible. Sin embargo, bajo el mandato de Gerhard Schröder en la década de 2000, se produjo un giro sorprendente e inesperado que, según Barry Eichengreen, fue producto de una combinación de «buena política y buena suerte».¹

Cuando llegó al poder en 1998, Schröder buscaba sobre todo reducir el desempleo, que alcanzaba los 3,7 millones o, lo que es lo mismo, superaba el 9 %. Había ido subiendo mientras Alemania intentaba hacer frente a la reunificación y sus industriales, antaño exitosos, se encontraban con una

competencia cada vez más feroz de Japón y otras economías de Asia. Schröder había llegado al poder prometiendo la renovación económica tras el estancamiento de la era Kohl. De hecho, al ocupar su cargo, había llegado hasta el punto de declarar que no merecía ser reelegido si no conseguía reducir significativamente el desempleo. Prometió una política económica que facilitara la emprendeduría, basada en lo que su consejero, Bodo Hombach, llamó «política economía de oferta de la izquierda», que permitiría estimular la atascada economía alemana.²

En esta primera etapa Schröder fracasó casi por completo en la superación del *Reformstau*. Preocupado por las crisis de la política exterior, como la de Kosovo, Afganistán e Irak, apartó la vista de la economía. Los primeros meses de su administración fueron caóticos debido a un desencuentro con su ministro de finanzas –y líder del partido– Oskar Lafontaine, que quería aumentar los impuestos e impulsar la demanda. Tras la súbita dimisión de Lafontaine en marzo de 1999 su sustituto, Hans Eichel, llevó a cabo severos recortes en el gasto. A pesar de ello las cifras de la economía fueron de mal en peor y, de hecho, al final del primer mandato de Schröder el desempleo se mantenía en casi 3,5 millones de personas (ligeramente por encima del 9 %). Pero en su segundo mandato, entre 2002 y 2005, Schröder introdujo la mayor reforma de la seguridad social alemana desde la instauración de la República Federal, que transformó la economía del país.

El conjunto de medidas más significativo era un paquete de reformas introducidas en marzo de 2003 y conocidas como Agenda 2010, que recortaban las prestaciones por desempleo y las sanitarias, y reducían las pensiones públicas. La reforma más controvertida era la del subsidio de desempleo, que se basaba en las recomendaciones de Peter Hartz, director de personal de Volkswagen, a quien Schröder había nombrado responsable de una comisión destinada a modernizar el mercado laboral justo antes de las elecciones de 2002. Hartz se vio obligado a dimitir cuando salió a la luz que se había visto envuelto en un escándalo de corrupción a gran escala, con pago de sobornos, incluso de prostitutas, a los dirigentes de los sindicatos. Las reformas también facilitaron el despido de trabajadores a las pequeñas compañías y eliminaron las contribuciones a la seguridad social por pagos inferiores a los 400 euros mensuales, lo que ayudó a reducir los costes

laborales unitarios y fomentó la creación de puestos de trabajo a tiempo parcial.

Las medidas recibieron los ataques de la derecha y la izquierda por igual. Mientras hubo quien pensaba, como el Consejo de Expertos en Economía («los cinco sabios» que aconsejaron al gobierno alemán en materia de política económica) que las medidas no eran suficientes para reformar el estado del bienestar alemán, al que ya se había exigido mucho, hubo en la derecha quien las consideró neoliberales e incluso thatcheristas. Desde luego, habían conseguido aumentar la brecha entre ricos y pobres, y crearon una nueva subclase social de trabajadores a tiempo parcial y mal pagados. Impulsados por los todopoderosos sindicatos, los que se oponían al «Hartz IV», que fue el nombre que se dio a la reforma del subsidio por desempleo, empezaron las protestas. En el Este, donde las reformas habían ejercido un impacto especialmente fuerte, los votantes desilusionados volvieron al PDS, que había surgido del Partido Comunista de Alemania del Este. Además, las reformas de Schröder no tuvieron un impacto positivo inmediato en la economía alemana.³ El crecimiento siguió siendo lento y el desempleo, que era la prueba que Schröder se había autoimpuesto para gobernar, seguía subiendo. A finales del año 2002 había alcanzado los 3,7 millones, muy por encima del 9 %.

Como resultado de una economía en punto muerto, Alemania intentó mantener los límites del déficit presupuestario tal y como se había comprometido a hacer en el Pacto de Estabilidad y Crecimiento (PEC). El pacto se había firmado en 1997, por iniciativa de Alemania, para reforzar la disciplina fiscal exigida por el Tratado de Maastricht. Pero a comienzos de 2003 quedó claro que el año anterior Francia y Alemania habían superado el límite del 3 %. Sin embargo, en noviembre, el Consejo de la UE para Asuntos Económicos y Financieros, compuesto por los ministros de Economía de los estados miembros, rechazó la recomendación de la Comisión Europea de continuar avanzando en el denominado procedimiento de déficit excesivo contra ellas. Alemania continuó violando los términos del PEC, hasta que éste quedó invalidado y pasó a reformarse en 2005. El pragmatismo fiscal, opuesto a la disciplina fiscal que Alemania impondría después a otros países europeos, contribuyó al éxito económico del país durante la década siguiente.

Pero durante ese período la industria alemana estaba sufriendo su propia transformación. Lo más importante de todo fue seguramente que los industriales alemanes comenzaron a derivar la producción a Europa Central y Oriental. Antes de la reunificación, la economía alemana había estado apartada por el Telón de Acero de estas economías que en otros tiempos formaron parte de una *Mitteleuropa* con centro en Alemania. Pero el fin de la Guerra Fría provocó la aparición, en las fronteras de Alemania, de una serie de economías con bajos costes y trabajadores especializados. Entre 2005 y 2010 las empresas alemanas comenzaron a reubicar sus centros de producción, que trasladaron a países como la República Checa, Hungría, Polonia y Eslovaquia –países, todos ellos, que habían entrado a formar parte de la UE en 2004– para reducir costes y mejorar la competitividad. Por ejemplo, el fabricante de coches Audi –subsidiaria de Volkswagen– comenzó a fabricar los motores de sus automóviles en Hungría. En veinte años (desde 1993) invirtió 5.700 millones de euros en Hungría, convirtiéndose así en el mayor inversor directo extranjero en aquel país.⁴

Este desplazamiento de la producción transformó la industria. Cada vez más productos de marca alemana, incluidos los coches, comenzaron a producirse en otros países: en Alemania solamente se montaban. Esto era bueno para las economías de Europa Central, que se beneficiaron de las inversiones, la formación, y la creación de puestos de trabajo. Pero también significaba que gran parte de Europa Central se convertía en un eslabón de la cadena de suministros alemana, integrada en lo que un economista denominó «la gran economía alemana», que dio a Alemania una ventaja en materia de competitividad en relación con otras economías de la eurozona.⁵ También supuso en gran medida una alineación de los intereses económicos de estos países con los de Alemania, incrementando el poder alemán en el seno de la UE.

El desplazamiento de la producción también supuso otra cosa: una reducción de la presión salarial de los trabajadores especializados dentro de Alemania. Con el desempleo en aumento, los sindicatos alemanes, tradicionalmente considerados de los más duros de Europa, aceptaron una significativa limitación salarial. A esto contribuyó el sistema de consenso que rige las empresas, conocido como *Mitbestimmung*, o «co-decisión». Tanto la

gerencia como los comités de empresa emplearon una herramienta de negociación colectiva con los obreros llamada «pactos de empleo», que había introducido Daimler Benz a finales de los ochenta, para llegar a acuerdos que pretendían mejorar la competitividad de las plantas y la seguridad en el trabajo.⁶ Ambas partes adquirieron compromisos: los trabajadores se avinieron a trabajar más tiempo y aceptaron los recortes salariales y unos patrones de trabajo más flexibles; la dirección garantizaba las inversiones y prometía no aumentar los despidos.

Como resultado de estos acuerdos los salarios subieron sólo un 1,1 % anual en la Alemania de la primera década del milenio. En otras palabras: se quedaron igual, en la práctica. Según un informe de la Organización Mundial del Trabajo los salarios reales (es decir, ajustados según la inflación) cayeron en realidad un 4,5 % en esa década.⁷ Esta limitación salarial, junto con la eliminación de las contribuciones a la seguridad social para trabajos de bajos salarios que había introducido Schröder, condujo a una drástica caída en los costes de la mano de obra en Alemania en un momento en que estaban subiendo en los demás países de la eurozona, y con ello se abrió una brecha en la competitividad alemana y la de otros países de la eurozona: por ejemplo, respecto a la eurozona la competitividad aumentó un 10 %, mientras que respecto a otros países como Italia y España aumentó en un 25 %.⁸ Pero este aumento relativo de la competitividad se debió a una caída en los costes unitarios de mano de obra, más que a un aumento de la productividad, que de hecho fue más alta en Francia.⁹ En resumen, como apuntó Adam Posen, Alemania «había devaluado, a escala nacional, su camino hacia la competitividad».¹⁰

Como resultado de esta devaluación interna Alemania iba al revés de otras economías desarrolladas que en los primeros años de la década de 2000 veían reducirse su cuota del mercado mundial de la exportación. Como las economías emergentes competían cada vez más con las desarrolladas en el mercado de las exportaciones a escala mundial, las economías desarrolladas vieron cómo se reducía su cuota en dichos mercados. Pero incluso cuando otros países europeos quedaron atrás, la industria alemana se las arregló para mantener su cuota del mercado mundial y su cuota de PIB en Alemania. El *boom* de la industria alemana condujo a un espectacular cambio en la

economía. Entre 2005 y 2010 –es decir, después de que Angela Merkel sucediera a Schröder como canciller en 2005– el desempleo empezó a descender del pico que había alcanzado: 4,8 millones, o un 11,5 %. Con el repunte de las exportaciones y una demanda interna que seguía moderada, Alemania pasó de tener un déficit comercial del 1,7 % del PIB en el año 2000 a un superávit del 7,4 % en 2007.

Sin embargo, el renacimiento de la industria sesgó la economía alemana, que siempre se había basado en la fabricación y dependía de las exportaciones. De hecho, muchas grandes y medianas empresas tenían una historia que se remontaba al siglo XIX o principios del XX. Pero como la demanda nacional no crecía y los fabricantes se recuperaron a principios del milenio, la industria empezó a depender de las exportaciones más de lo que lo había hecho hasta entonces. De hecho, la contribución de las exportaciones al PIB de Alemania pasó del 33 % en el año 2000 al 48 % en 2010.¹¹ A finales de esa década la economía alemana «dependía estructuralmente de la demanda exterior para poder crecer», según Simon Tilford.¹² La industria alemana del automóvil era un microcosmos de su economía: en el momento de la reunificación Alemania solía exportar, aproximadamente, la mitad de los coches que fabricaba; a finales de 2010 exportaba más de tres cuartas partes.¹³

El enorme superávit provocado por esta combinación de baja demanda nacional y aumento de las exportaciones tenía que invertirse en algo. En las décadas de los cincuenta y los sesenta las compañías alemanas invertían normalmente en su país. Pero debido, en parte, a lo elevados que estaban los impuestos en Alemania, y en parte a causa del surgimiento de oportunidades más lucrativas fuera de allí, cuando Alemania regresó a la situación de superávit en la década del 2000 empezó a invertir en otros países. De ese modo el superávit alemán «recorrió el mundo», en palabras de Raghuram Rajan, antes de acabar invertido en propiedades inmobiliarias en Irlanda y España o en fondos avalados por hipotecas en EE.UU.: las llamadas *subprime*.¹⁴ Y así el superávit producido por la limitación de los salarios en Alemania se convirtió en «una sobreexposición a valores basura extranjeros».¹⁵ Mientras, como ha señalado Adam Tooze, la inversión neta en Alemania como parte del PIB fue inferior a cualquiera registrada a lo largo de la historia, a excepción de los tiempos de la Gran Depresión.¹⁶ En palabras de

Adam Posen, en términos relativos Alemania «iba descendiendo, y no ascendiendo, en la cadena de valor».¹⁷

La economía alemana que surgió de la devaluación interna que se produjo en la era Schröder tuvo gran éxito, pero era frágil. Muchos alemanes habían conservado sus empleos en las fábricas a pesar de que sus patrones se habían tenido que enfrentar a una competencia más fuerte, procedente de las economías emergentes. Pero debido a la mejora de la competitividad que se había logrado con la limitación de salarios, el alemán de a pie no percibía el beneficio del llamado «segundo milagro económico». Esto, a su vez, hizo que la demanda nacional no creciera. La baja tasa de inversión tanto pública como privada tampoco fue buena para aumentar la productividad a medio plazo: mientras la industria se adaptó, los servicios apenas habían sufrido liberalización alguna. Y lo que es más importante, quizás: la economía alemana era frágil porque dependía enormemente de la demanda extranjera, y por ende resultaba también vulnerable a los reveses externos.

Así las cosas, fue en la primera década del milenio cuando se abrió la puerta a la suerte. Alemania se sometía a diversas reformas estructurales bajo el mandato de Schröder mientras disfrutaba de una economía global boyante. Estados Unidos rebajó los tipos de interés a niveles históricos para estimular la economía tras el estallido de la burbuja de las empresas .com y las economías emergentes seguían creciendo a gran velocidad, lo que significaba que la demanda de productos alemanes también seguía alta. Ayudó también la creación del euro, que disparó el crédito en la eurozona y, como en comparación con el marco alemán era una moneda débil, propició las exportaciones alemanas fuera de la eurozona. Sin embargo, y aunque esto supuso un acicate para los exportadores alemanes, el *boom* de los créditos creó problemas que, a la larga, llevarían a una situación de conflicto.

Tras la creación de la moneda única las primas de riesgo de los bonos del tesoro en países como Grecia se desvanecieron, según explica el economista Paul Krugman.¹⁸ Los bancos, incluidos los alemanes, prestaban su dinero a un tipo de interés sin precedentes a los países del sur de Europa, que cayeron en una especie de orgía de dinero y compraron todo tipo de productos alemanes,

desde coches de lujo hasta cuatro submarinos Clase 214 que adquirió el gobierno griego. En 2007 el déficit por cuenta corriente griego era del 15 % del PIB.¹⁹ Entretanto, el superávit comercial de Alemania respecto al resto de la eurozona sufrió un drástico aumento: entre 1997 y 2007 pasó de los 28 a los 109 mil millones de euros, es decir, casi se cuadruplicó. Eso, a su vez, repercutía en el sur, sobre todo en el mercado inmobiliario y de la construcción español.

Lo que sucedió desde la creación del euro, ahora lo sabemos, fue que aumentaron los desequilibrios entre las economías de la eurozona, sobre todo entre países con superávit comercial (como Alemania) y países con déficit comercial (como Grecia). Esta situación estaba en las antípodas de lo que, se suponía, sucedía en la UE y en concreto en la eurozona. La idea de la moneda única era que, mientras países como Grecia emularían el modelo alemán de baja inflación y bajos tipos de interés, Alemania se acercaría más al modelo de aquellos países, aumentando el gasto nacional, los salarios y la inflación.²⁰ «Cabía esperar que se redujeran las diferencias estructurales entre un núcleo geográfico con baja inflación y un modelo de crecimiento lento, y una periferia con una inflación más elevada como consecuencia de la introducción de una moneda única –escribió Simon Tilford–. Pero en realidad, estas diferencias aumentaron.»²¹ En definitiva: en lugar de producirse una convergencia lo que el euro había provocado eran divergencias.

Lo que llegó a ser más problemático fue sobre todo la gran magnitud del superávit alemán. La eurozona podía enfrentarse a una microeconomía con un superávit por cuenta corriente del 6 o el 7 % del PIB: los Países Bajos, por ejemplo, tenían un superávit mayor incluso que el de Alemania. Pero como dijo Tilford en un informe clarividente publicado en 2006, una economía tan grande como la alemana «no puede depender indefinidamente de las exportaciones para impulsar un crecimiento real del PIB sin ejercer una presión insostenible sobre otros miembros de la Unión Económica y Monetaria».²² Sin embargo, en la primera década transcurrida tras la creación del euro nadie era consciente de estas presiones –que estaban empezando a surgir– y la nueva moneda parecía tener un éxito enorme. Los temores que algunos habían manifestado en el momento de su introducción quedaron olvidados, pues el euro parecía estar a punto de convertirse en una moneda de

reserva global y rival del dólar.

Al mismo tiempo que aumentaba la demanda de productos alemanes en el interior de Europa, la demanda global aumentó también: a medida que se iban asentando las economías emergentes y se expandía la clase media en todo el mundo, estalló la demanda de bienes de consumo y tecnológicos. Alemania, especializada en sectores como la maquinaria, la automoción, los bienes eléctricos y los productos químicos, estaba en la posición idónea para beneficiarse de ello. Hubo enorme demanda sobre todo de dos tipos de productos alemanes. En primer lugar, la expansión y el desarrollo de la producción industrial propiciaron la demanda de bienes de capital –en los que Alemania destacaba– como máquinas herramientas. En segundo término, la expansión de la clase media creó una demanda de productos más sofisticados, como los automóviles de lujo. Existía una simbiosis casi perfecta entre Alemania y la mayoría de las economías emergentes. «Nosotros tenemos exactamente los productos que ellos necesitan», dijo un mandatario alemán en 2012.²³

Pero era de China, sobre todo, de donde procedía ese aumento de la demanda. La simbiosis con ella era aún más perfecta que con otras economías emergentes, porque el estado chino quería ascender en la cadena de valor de fabricación y para ello necesitaba la tecnología adecuada. Entre el año 2000 y el 2010 las grandes compañías alemanas como BASF y Volkswagen empezaron a llevar sus plantas de fabricación a China. A finales de esa década China se había convertido en el mayor mercado del Mercedes Clase S, el vehículo más rentable de la casa, y en 2013 tenía la mitad de las ventas totales, a escala mundial.²⁴ También se beneficiaron las compañías del *Mittelstand*, las medianas empresas alemanas, la mayoría familiares, con menos de quinientos empleados y una facturación anual de menos de 50 millones de euros, que proporcionaban el 60 % de los puestos de trabajo del país y la mitad del PIB. Tanto los proveedores de los exportadores alemanes como los que suministraban directamente a las empresas chinas conocieron un crecimiento espectacular gracias a la demanda que llegaba de China. El único problema que tenían era encontrar los suficientes obreros especializados para hacerle frente.

Y así, igual que el euro contribuyó a que subiera la demanda procedente de

la propia eurozona gracias al crédito barato, también ayudó a que las empresas alemanas fueran más competitivas en algunos mercados clave de fuera de Europa, como Asia y EE.UU. Antes de la creación del euro los exportadores alemanes habían tenido que enfrentarse a la fuerza del marco, pero ahora se beneficiaban de la debilidad del euro en relación con el mercado alemán, lo que hacía que sus productos fueran mucho más competitivos fuera de Europa. Aunque es imposible saber cuál hubiera sido el tipo de cambio del marco alemán frente al dólar en la primera década de los 2000 si no se hubiera creado el euro, desde luego el marco hubiera sido mucho más fuerte de lo que lo era el euro, y eso hubiera encarecido las exportaciones alemanas. Y para algunos críticos los exportadores alemanes se estaban beneficiando injustamente de una moneda infravalorada. Alemania no era la única que se beneficiaba de la demanda china: se estaba convirtiendo en «la China europea».²⁵

La economía alemana cada vez dependía más de la demanda de fuera de Europa, lo que propició que la política exterior alemana se hiciera más realista. El caso paradigmático mientras Schröder estuvo en el cargo fueron las relaciones con Rusia. Cuando Schröder y Putin unieron fuerzas para oponerse a la guerra de Irak, ambos desarrollaron una relación personal más estrecha que llevó a Schröder a describir a Putin como «demócrata impecable» a pesar de su autoritarismo, cada vez más patente. Dos semanas antes de las elecciones de 2005 Schröder y Putin firmaron un acuerdo para construir un gasoducto entre Rusia y Alemania, que convertiría a Alemania en el principal distribuidor de gas ruso en Europa, aumentando así la dependencia alemana de Rusia. Sólo dos meses después de abandonar su cargo Schröder fue nombrado presidente del consejo del Nord Stream, un consorcio establecido para construir el gasoducto del norte, cuyo dueño mayoritario era precisamente la compañía energética rusa Gazprom. Ni siquiera después de que Rusia invadiera Georgia en 2008 dijo Schröder nada en contra de ese país.²⁶

La política alemana, en lo relativo a Rusia, estaba influida fundamentalmente por lo comercial, sobre todo por lo que sucedía en el sector

energético. En tiempos de la guerra entre Rusia y Georgia el comercio entre Rusia y Alemania había alcanzado un volumen de negocio de 50.000 millones de dólares; las exportaciones alemanas a Rusia alcanzaban los 36.000 millones. Alemania dependía también de Rusia para obtener un 37 % de su gas –algo que la Rusia de Putin fue utilizando, cada vez más, como arma política– y un 32 % de su crudo. Algunas compañías alemanas, como E.ON Ruhrgas, que era la socia de Gazprom en el consorcio Nord Stream, se opusieron a cualquier intento de liberalizar el mercado europeo del gas para reducir la dependencia de Rusia. Los agentes de la relación con Rusia formaban parte, en gran medida, de la comunidad económica: los representaba el Ost-Ausschuß der Deutschen Wirtschaft, o Comité para las Relaciones Económicas con Europa del Este, un poderoso *lobby* que ejerció una importante influencia en la política alemana con Rusia.²⁷ Analistas muy influyentes como Alexander Rahr dijeron que el destino de Alemania era «tener una relación especial» con Rusia.²⁸

Al mismo tiempo Alemania estaba cultivando una relación cada vez más estrecha con China, que se postulaba como socio económico más importante que Rusia. Schröder se propuso visitar China al menos una vez al año para promocionar las exportaciones alemanas, sobre todo las del sector de la automoción.²⁹ Esto permitió firmar un buen número de contratos importantes, como un proyecto por valor de 1.500 millones de dólares en el que Siemens y ThyssenKrupp construirían una línea de ferrocarril magnética de alta velocidad. El proyecto sólo se llevó a cabo en parte, pero entretanto Schröder siguió guardando un conspicuo silencio en cuanto a los abusos del gobierno chino en materia de derechos humanos. Asumió lo que llamaba «un punto de vista más paciente» respecto a esa cuestión, que se basaba en una «comunicación persistente» más que en «medidas de castigo»: dicho de otro modo, más que discutir sobre el abuso a los derechos humanos, los mandatarios chinos y alemanes discutían los principios de derecho.³⁰ Schröder también dio su apoyo al levantamiento del embargo de la UE sobre la venta de armas a China, que había estado vigente desde la masacre de la Plaza de Tiananmen en 1989.

Cuando Angela Merkel sustituyó a Schröder en 2005, al principio a la cabeza de una «gran coalición» entre los socialdemócratas y los

democristianos, prometió regresar a una política exterior basada en los valores. Se comprometió especialmente, en 2006, a mostrar «el coraje necesario para asumir un tono más crítico» hacia China.³¹ Al año siguiente recibió al Dalai Lama en la cancillería, lo que condujo a una crisis de las relaciones entre Beijing y Berlín. El ministro de Asuntos Exteriores, Frank-Walter Steinmeier, que había sido jefe de gabinete con Schröder, intentó terminar con el distanciamiento de China enviando una carta confidencial a su homónimo chino, hablando de la cuestión del Tíbet. La carta nunca se hizo pública, pero se ha dicho que en ella Steinmeier reconocía que el Tíbet era «parte del territorio chino», una afirmación más precisa de la «política de una única China», por parte de Alemania, de lo que lo había sido en el pasado. El estado chino y sus medios de comunicación consideraron esto una victoria de la diplomacia.³²

Sin embargo, una vez finalizada la crisis, Merkel pareció regresar a la política exterior anterior, la que iniciara Schröder, centrada en las exportaciones. Aunque no llegó a llevarse tan bien con Putin como su antecesor, y fue más cauta que él en su relación con Rusia, siguió adelante con el proyecto de Nord Stream, se opuso a incluir como miembros de la OTAN a Ucrania y Georgia y mantuvo con Rusia una «alianza de modernización». Merkel también comenzó a visitar China una vez al año, como había hecho Schröder, y pareció igualmente que su tono crítico hacia cuestiones de derechos humanos se atenuaba: fue lo que un miembro del comité de relaciones exteriores del Bundestag llamó «nuevo realismo».³³ Los analistas y mandatarios chinos dirían después que Merkel había «entendido», se había vuelto «más cautelosa» y había aprendido «dónde estaban las líneas rojas».³⁴

Durante el mandato de Schröder la cancillería se había vuelto más activa en cuestión de promoción de intereses económicos: por ejemplo, llevaban en viaje de negocios a nutridas delegaciones. Un periodista alemán diría después que el ministro de Asuntos Exteriores y sus doscientas treinta embajadas por todo el mundo se consideraban «proveedores de servicios para la industria de la exportación».³⁵ Como muchas de las economías emergentes, de las que Alemania dependía cada vez más, eran estados autoritarios en los que el estado poseía grandes sectores de la economía, las empresas alemanas necesitaban la ayuda de los funcionarios alemanes para cerrar contratos. Los

políticos alemanes, a su vez, necesitaban a las empresas para que crearan puestos de trabajo. De ese modo, impulsada por los intereses económicos, Alemania desarrolló una relación cada vez más estrecha con potencias autoritarias de todo el mundo, como Rusia o China.

La inspiración para esta nueva política exterior impulsada por la exportación –sobre todo entre los socialdemócratas como Schröder o Steinmeier– era la *Ostpolitik*, que todavía se veía en Alemania como uno de los grandes éxitos de la política exterior de la República Federal: una contribución decisiva y netamente alemán occidental al fin de la Guerra Fría. De hecho, en Alemania mucha gente pensó que era la distensión, más que las políticas agresivas estadounidenses, lo que había terminado con la Guerra Fría. La lección para la política futura que muchos alemanes extrajeron de eso fue que, como expuso Stephen Szabo, «el diálogo, la diplomacia, la confianza mutua y la multilateralidad fueron los mejores enfoques para manejar a una serie de oponentes en apariencia intratables».³⁶ La *Ostpolitik* se había convertido en una especie de modelo para los diplomáticos alemanes. El *establishment* de la política exterior alemana no paraba de hablar de la necesidad de cooperación, más que de confrontación, con potencias autoritarias como China o Rusia.

Pero la política alemana fue avanzando, gradualmente, hacia los poderes autoritarios y alejándose en la realidad de lo que había sido la *Ostpolitik*, concebida en la Guerra Fría como medio para conseguir la reunificación gracias a una serie de pequeños pasos y no para transformar a la Unión Soviética. Egon Bahr había buscado la distensión con la Unión Soviética tendiendo una serie de puentes políticos y culturales, no sólo comerciales, entre Alemania Oriental y Alemania Occidental. La *Ostpolitik* se había basado en la idea de *Wandel durch Annäherung*, o «cambio a través del acercamiento». Pero en algún momento el *Wandel durch Annäherung* había quedado reducido a *Wandel durch Handel* o «cambio a través del comercio». La esperanza, simplemente –según había dicho Schröder– era que «el intercambio económico condujera a un cambio social».³⁷ Aquel eslogan podía perfectamente utilizarse para justificar el negocio, como de costumbre, casi en cualquier circunstancia: en efecto, una política sin líneas rojas.

Un ejemplo sorprendente de la nueva política exterior, realista, de

Alemania fue su enfoque de la cuestión de Irán. Tras conocerse en 2002 que Irán estaba enriqueciendo uranio en dos instalaciones secretas, y después de que la Agencia Internacional de la Energía Atómica (AIEA) iniciara una investigación, fueron sobre todo China y Rusia las que pusieron muy difícil a Occidente el asunto de imponer sanciones económicas conjuntas a Irán. Pero Alemania, que era el mayor exportador occidental (y el tercero del mundo) a Irán, también se mostró reacia al principio, debido a los lazos económicos que los vinculaban. Junto con Francia y el Reino Unido, Alemania intentó negociar con Irán para evitar acciones militares de Estados Unidos y acabó apoyando sanciones más duras después de que Merkel accediera a la cancillería. Pero Alemania nunca lideró a Europa, y mucho menos a Occidente, en sus intentos por endurecer las sanciones.

El caso de Irán también ilustraba la manera en que el Holocausto había perdido importancia en los debates sobre política exterior alemana desde que Fischer fuera acusado de instrumentalizar Auschwitz en el debate sobre Kosovo. Aunque el régimen iraní era el más antisemita del mundo tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, sobre todo bajo el régimen del presidente Mahmoud Ahmadinejad, el Holocausto estuvo en todo momento ausente en el debate sobre el problema nuclear iraní. Muy pocos mencionaron, por ejemplo, que a causa de su pasado nazi Alemania podía tener una especial responsabilidad a la hora de impedir que Irán adquiriera armas nucleares. A pesar de la fuerte oposición que surgió en Alemania frente al poder nuclear y a las armas nucleares, y que se remontaba al movimiento pacifista de los años ochenta, los alemanes parecían temer a la guerra –por ejemplo, en la forma de un ataque militar israelí sobre Irán– mucho más que la perspectiva de un Irán bien dotado de armamento nuclear.

Este cambio hacia una política exterior impulsada principalmente por la economía fue la consecuencia diferida de otro cambio: el del entorno estratégico en el que Alemania se encontró inmersa tras la reunificación. Durante la Guerra Fría, como ya hemos visto, la República Federal había buscado, sobre todo, rehabilitación y seguridad. Pero después de la reunificación esos dos objetivos estaban más que logrados; Alemania estaba

«saturada desde el punto de vista estratégico», como dijo el político del Partido Democrático Liberal (FPD), Alexander Graf Lambsdorff en una frase que recordaba la idea de Bismarck de una Alemania como «poder ahíto» después de la unificación.³⁸ Así la política exterior alemana pasó a estar impulsada casi por inercia por la economía ante la inexistencia de objetivos estratégicos predominantes. Entretanto, como los desafíos y los costes de la reunificación y de la competencia provocada por la globalización trajeron consigo más dificultades económicas, el gobierno alemán cayó bajo una mayor presión para que se priorizara el crecimiento económico sobre otros objetivos de la política exterior.

Alemania no necesitaba ya a sus aliados tradicionales ni a sus socios: no como los había necesitado durante la Guerra Fría, cuando se enfrentó a una amenaza existencial procedente de la Unión Soviética. Esto había transformado sobre todo la relación entre Alemania y Estados Unidos. El desencuentro con EE.UU. a cuenta de la guerra de Irak había debilitado la *Westbindung*, pero la relación entre Alemania y el país norteamericano no se recuperó del todo ni siquiera cuando Barack Obama llegó a la presidencia de Estados Unidos en 2008. De hecho, aunque el nuevo presidente estadounidense era más popular en Alemania que en otros países de Europa, esta popularidad no se tradujo en concesiones hacia EE.UU. en términos políticos: pensemos en Afganistán, una cuestión en la que EE.UU. quería que Alemania adquiriera un compromiso más fuerte.

La relación de Alemania con la UE también se enfrió un poco, pues la ampliación de ésta última puso más difícil a los alemanes seguir su propio camino. Bajo el mandato de Schröder Alemania estuvo más dispuesta a perseguir sus propios intereses económicos, como demuestra su violación del Pacto por la Estabilidad y el Crecimiento. En mayo de 2002 Joschka Fischer había abogado en su discurso de Humboldt, en Berlín, por que se completara la integración europea, un discurso que condujo al esbozo de una nueva constitución europea. Pero el público alemán se estaba volviendo cada vez más euroescéptico, igual que el poder judicial. En una decisión emblemática tomada en junio de 2009 el tribunal constitucional aprobó el Tratado de Lisboa, un intento de perfilar la capacidad de decisión de la UE incluso después de que la constitución fuera rechazada por los votantes holandeses y

franceses, pero que también imponía límites a continuar con la transferencia de soberanía a Bruselas en una larga lista de áreas políticas, incluida la seguridad, la fiscalidad, y las políticas sociales.³⁹

Así, a finales de la década de 2000, el compromiso alemán con la multilateralidad, un elemento clave de la política exterior de la República Federal, quedó en cierto modo debilitado. Este compromiso nunca había sido altruista, pues la multilateralidad de la República Federal había sido más bien «de arrepentimiento». En otras palabras, era una manera de conseguir que un poder limitado pudiera cumplir gradualmente sus propias ambiciones y metas en política exterior, sobre todo la soberanía y la reunificación.⁴⁰ Pero este enfoque había tenido tanto éxito que, con los años, se había convertido en una especie de reflejo para el *establishment* de la política exterior alemana. Durante la primera década del nuevo milenio tuvo lugar un desplazamiento de esa multilateralidad reflexiva a otra más contingente: los políticos alemanes del otro lado de la frontera ahora seleccionaban y elegían cuándo utilizar las instituciones multilaterales. Y así Alemania funcionaría con las instituciones multilaterales cuando le conviniese y con las bilaterales cuando no.

Como ha ilustrado el caso de Irán la nueva política exterior alemana, impulsada por las exportaciones, también encajaba bien en la reticencia, cada vez mayor, de Alemania a hacer uso de su poder militar. A partir de los años noventa las potencias occidentales habían intentado, cada vez más, utilizar la fuerza militar cuando fuera necesario para hacer cumplir las normas internacionales. La Asamblea General de las Naciones Unidas, sobre todo, había aceptado la doctrina de la «responsabilidad de proteger» ya en 2005, que de ese modo se había convertido en parte de las leyes internacionales. Pero estas intervenciones, desde Kosovo en 1999 hasta Afganistán en 2011, se percibieron en países como China como una especie de «nuevo imperialismo».⁴¹ Alemania podía justificar su oposición al empleo de las fuerzas armadas en nombre de la paz, pero al evitar tomar parte en intervenciones militares también se colocaba en una posición donde no se veía involucrada en disputas sobre valores, o sobre asuntos de seguridad, que podían interponerse en su camino hacia los acuerdos económicos, especialmente cuando se trataba de potencias soberanistas de fuera de Europa, que se oponían al intervencionismo liberal.

De esta manera, a finales de la primera década del siglo XXI, Alemania pareció pasar de ser una «potencia civil» a mera «potencia comercial». El objetivo fundamental de una potencia civil en política exterior es, como hemos visto, civilizar las relaciones internacionales a través del desarrollo del principio de derecho internacional. Si actúa, sobre todo, evitando el uso de la fuerza salvo de manera colectiva y con la legitimidad internacional, una potencia civil tiende a contribuir al desarrollo de un monopolio multilateral del uso de la fuerza que es análogo al monopolio nacional del estado. Pero en los primeros años del milenio, como su economía dependía cada vez más de las exportaciones, los objetivos de Alemania parecían apartarse de la civilización de las relaciones internacionales e ir en busca de su propia prosperidad. Para muchos alemanes esto era algo de lo que había que estar orgulloso. En la práctica, este enfoque económico, les pareció, mostraba la magnitud de la brecha que separaba a Alemania de su pasado.

Si la guerra entre Irán e Irak fue el momento crítico que había dado a los alemanes la confianza necesaria para seguir su propio camino en materia de guerra y paz, la crisis financiera que comenzó en otoño de 2008 con el derrumbe de Lehman Brothers les dio la confianza precisa para hacer lo propio en asuntos económicos. Los alemanes la vieron sobre todo como una crisis del capitalismo anglosajón. De hecho, aunque la crisis había comenzado en EE.UU., los bancos alemanes como el Deutsche Bank y el Commerzbank, así como los Landesbanken (bancos que eran propiedad de los Länder, o estados alemanes) también se habían visto envueltos en los préstamos *subprime* y, según saldría más tarde a la luz, habían concedido «préstamos basura» también en el sur de Europa. Sin embargo, para muchos alemanes – sobre todo de izquierdas– la crisis demostraba lo equivocados que estaban el Reino Unido y Estados Unidos al poner el foco en la «nueva economía» y en los servicios financieros. Vieron en la crisis una reivindicación de la economía de mercado social, al estilo alemán, centrado en la economía real y en las exportaciones.

La crisis también dio lugar a un rechazo del keynesianismo, que los alemanes asociaban a los economistas anglosajones. El ministro de Economía

socialdemócrata en los tiempos de la crisis, Peer Steinbrück, pensaba que la crisis había sido consecuencia de «un crecimiento financiado con créditos». En 2009 la gran coalición había introducido ya un freno a la deuda, el llamado *Schuldenbremse*, que permitió enmendar la constitución alemana para establecer un límite al déficit presupuestario del gobierno. La enmienda constitucional obligaba al gobierno federal a reducir su déficit estructural (es decir, ajustado al ciclo económico) al 0,35 % del PIB en 2016 y a los dieciséis estados a eliminarlo por completo para 2020. Algunos economistas alemanes pensaron que era una locura, pero fueron minoría.⁴² La crisis fortaleció además lo que Adam Tooze ha denominado «el consenso antideuda» alemán.⁴³

Este giro antikeynesiano de Alemania provocó furibundos desacuerdos con otros países occidentales en cuestiones como el reequilibrio de la economía global, predecesores de los debates que tendrían lugar cuando comenzara la crisis del euro. Muchos economistas anglosajones pensaron que la crisis era un momento keynesiano, o como dijo Paul Krugman, «más o menos el mismo tipo de situación que John Maynard Keynes había descrito en los años treinta».⁴⁴ El problema fue una falta de demanda acumulada, lo que significaba que hacía falta un estímulo. Pero como ministro de Economía, en diciembre de 2008 el socialdemócrata Peer Steinbrück atacó el «craso keynesianismo» del gobierno británico de Gordon Brown, que había propugnado medidas de estímulo⁴⁵ y eso, a su vez, provocó una airada respuesta de Krugman, que tachó al gobierno alemán de «estúpido».⁴⁶

Lo cierto es que a pesar de la postura, tan crítica, hacia Brown, Steinbrück introdujo más tarde algunas medidas propias de estímulo que incluían una versión del programa estadounidense de «cash for clunkers», o «plan renove», que hizo aumentar las ventas de coches en Alemania, y un plan de horario reducido que permitía mantener a los trabajadores alemanes del sector de la automoción en sus puestos de trabajo incluso en caso de ralentización económica. En parte como resultado de estas medidas y en parte debido a la demanda de China –que era, además, el resultado de un estímulo del gobierno consistente en 4 trillones de yuans (586.000 millones de dólares)– la economía alemana se recuperó enseguida. Pero para muchos alemanes el éxito de la economía alemana a la hora de salir de la crisis era una prueba de las

virtudes alemanas más que de una recuperación de la economía mundial. Por ejemplo, Michael Glos, antiguo ministro de Economía demócrata cristiano, diría después que no era ningún milagro el que Alemania hubiera salido airosa de la crisis: «Nos hemos centrado en fabricar mientras otros países se han desindustrializado».⁴⁷

En marzo de 1990, como ya hemos visto, Jürgen Habermas se preocupaba por la emergencia del «nacionalismo del marco». Poco después Alemania se avenía a abandonar el marco y aceptar el euro. Pero con la renovación de la economía alemana, sobre todo después de la crisis económica, el nacionalismo económico alemán pareció resurgir, de otra manera. Esta nueva versión del nacionalismo económico alemán se centró en unas exportaciones alemanas que batieron récords mundiales y que parecieron sustituir al marco alemán como símbolo del éxito de la economía alemana. Alemania siempre había estado orgullosa de ser una *Exportweltmeister*, como si se hubiera impuesto en una competición. Pero a finales de la década de los 2000 las exportaciones parecieron convertirse en algo vital no sólo para la economía alemana: también para la identidad nacional alemana. Los alemanes pensaban cada vez más en su país como una nación exportadora, una *Exportnation*.

Aunque la oposición de Alemania a la guerra entre Irán e Irak y, sobre todo, el enfoque unilateral de Schröder no hubieran debilitado la intención de Alemania de convertirse en una «potencia civil», la forma en que Alemania definía, cada vez más, sus intereses nacionales en términos económicos y, sobre todo, en términos de exportación, sí que lo hubieran hecho. El empleo de medios económicos en lugar de militares para civilizar las relaciones internacionales mediante el desarrollo del principio de derecho internacional era muy distinto de la persecución de objetivos económicos y, sobre todo, de la promoción de las exportaciones, que tenía reminiscencias del mercantilismo decimonónico practicado por las grandes potencias, aunque sin el uso del poder militar. Hanns Maull, teorizador de Alemania como «potencia civil», escribiría posteriormente que la obsesión de Alemania por la exportación había terminado con su identidad de potencia civil.⁴⁸

Así, al final de la primera década del milenio se repitieron los ánimos triunfalistas en Alemania. Hubo, sobre todo, un escepticismo cada vez mayor – incluso cierto desprecio – hacia las ideas anglosajonas, tanto en la economía

como en el arte de gobernar, que se inspiraba en una historia ya prolongada de antiamericanismo en el pensamiento alemán.⁴⁹ Alemania parecía haber dado en el clavo: parecía haber hecho lo que después se llamarían, hasta la saciedad, «los deberes». Muchos dijeron que otros, tanto en Europa como en el resto del mundo, tendrían que aprender de los alemanes: de ahí la idea de «Modell Deutschland», que se remontaba a los años setenta y resurgía ahora.⁵⁰ De hecho, en medio de esta sensación de triunfalismo que había comenzado antes incluso que la crisis del euro, había algo de la idea de misión alemana que había expresado en 1861 Emmanuel Geibel en su poema: «La esencia de la nación alemana será un día la salvación del mundo».

CAPÍTULO 6

Europa y el mundo

La respuesta de Alemania a la crisis del euro puede explicarse, en gran medida, por los cambios que han tenido lugar en la República Federal desde la reunificación. A comienzos de 2010 Alemania era, a fin de cuentas, «una república diferente» a la que había sido antes de 1990, aunque no en el sentido en el que muchos habían temido entonces. Su política económica se había visto sometida a una compleja combinación de cambios y continuidades. Durante la primera década, tras la reunificación, la cultura estratégica de Alemania había parecido converger con la de Francia y el Reino Unido, dado que Alemania se había reconciliado con la idea de utilizar su poder militar, sobre todo en caso de intervenciones humanitarias. Pero en la década siguiente, la segunda tras la reconciliación, los recuerdos colectivos en los que los alemanes eran víctimas comenzaron a competir con otros, en los que eran perpetradores, y la oposición al empleo del poder militar pareció endurecerse de nuevo aunque Alemania ya no tenía ni capacidad ni intención de practicar una compensatoria «diplomacia del cheque en blanco».

En 2010 Alemania era un país que se consideraba «normal», en el sentido que Egon Bahr otorgaba al término: un concepto de tendencia derechista procedente de la *Historikerstreit* y que en la primera década del nuevo milenio la izquierda adoptó y adaptó. Había surgido un consenso, en parte a través de la influencia de algunos políticos de centro izquierda como Bahr, pero también de pensadores de derechas como Nolte, que creían que la política exterior alemana no tenía ya por qué ser rehén de Auschwitz, como dijera Helmut Schmidt en 1981. Daba la impresión de que Alemania tenía que ser libre como otras naciones soberanas para articular y perseguir sus propios intereses nacionales, incluso cuando eso supusiera apartarse de sus aliados occidentales y sus socios europeos. Hubo un resurgir de la idea de un «camino alemán» inequívoco, una idea que se remontaba a los comienzos del nacionalismo alemán, que era superior al «camino americano» y a las ideas anglosajonas sobre estrategia y economía.

Políticamente Alemania estaba menos limitada que antes de la reunificación, cuando tenía que depender de EE.UU. y de la OTAN, para que la protegieran de la Unión Soviética, y de la UE como parte de su rehabilitación de posguerra. Pero desde el punto de vista económico tenía más limitaciones que antes de la reunificación. Los industriales alemanes, líderes mundiales, tenían cada vez más presiones provocadas por la globalización, pero en la primera década del nuevo siglo se habían adaptado y habían recuperado su competitividad. Aunque eso era, en gran medida, el resultado de las limitaciones salariales y de un entorno exterior favorable, los alemanes estaban orgullosos de su éxito como exportadores. Pero el nacionalismo exportador alemán formaba parte también de otro factor que ponía muy difícil a Alemania la resolución de la crisis del euro. En el momento en que comenzó la crisis, sobre todo, la extrema dependencia de las exportaciones para su crecimiento económico creó una tensión en las prioridades de la política exterior de Alemania, que se debatía entre Europa y el resto del mundo.

La crisis griega que comenzó en 2010 colocó a Alemania en una posición extraordinaria, sin precedentes en la historia de la UE. Como principal país acreedor en una crisis cuya moneda es común a una serie de estados soberanos, podía imponer sus condiciones a los países deudores a cambio de un acuerdo para avalar su deuda y reducir así los intereses que habían de pagar. Los países endeudados de la eurozona, como Grecia, podían en teoría abandonar la moneda única y devaluar la suya, pero como no había un mecanismo establecido para que un país abandonara la eurozona eso hubiera resultado devastador para ellos. Por este motivo George Soros dijo en septiembre de 2010 que, si no era capaz de ejercer el liderazgo, era Alemania la que debía marcharse.¹ Pero los países deficitarios, como Grecia, tenían pocas opciones aparte de aceptar las exigencias alemanas, que se basaban en su propia idea de la crisis.

Los alemanes percibieron la crisis como algo que habían provocado otros. Aunque Alemania había sido la primera en violar los términos del PEC, en 2003, allí se vio la crisis como un problema que había ocasionado la irresponsabilidad fiscal de otros países. No reconocían el papel que los

bancos alemanes habían desempeñado a la hora de prestar, irresponsablemente, a países como Grecia durante los años del *boom* –a finales de junio de 2009 Grecia debía a los bancos alemanes 38.600 millones de euros– ni recordaban el contexto de la reunificación, en el que se había creado la moneda única.² En resumen: los alemanes se veían como víctimas de la crisis, una percepción que quedó fortalecida por la memoria colectiva, más fuerte a su vez a partir del año 2000. En un artículo publicado en marzo de 2010 en el *Süddeutsche Zeitung* Joschka Fischer se lamentaba del «declive de la conciencia histórica» de Alemania.³

Gran parte del análisis de la crisis realizado en Alemania reflejaba esta sensación de victimismo. Y era extraño, tratándose de un país que se consideraba «posnacional». Pero Alemania tendía a considerar las causas de la crisis en términos sorprendentemente nacionales. El alemán de a pie, la clase política y hasta los comunistas parecían contemplar a las economías de la eurozona individualmente, cada una aislada de las demás. Pensaron que la crisis se había producido por la falta de disciplina fiscal en los países deficitarios, y no por una interacción entre los países de la eurozona que se basaba en una moneda única construida con muchos defectos. Y sobre todo no veían el efecto que la reforma de la economía alemana que tuvo lugar entre el 2000 y el 2010 había provocado en los demás países; no reconocieron que la crisis tenía causas macroeconómicas, además de microeconómicas y, más específicamente, no reconocieron que el superávit era parte de un problema de desequilibrios macroeconómicos.

En el contexto de la historia alemana de la crisis el gobierno de Merkel hizo una política basada en tres principios: el primero y fundamental, intentar prevenir que surgiera una «unión de transferencias» o, dicho de otro modo, una UE en la que los estados miembros responsables desde el punto de vista fiscal pagaran a los no responsables. El segundo también buscaba prevenir la ruptura del euro, porque sus exportadores se beneficiaban de su debilidad frente al marco. El tercer principio buscaba mantener la estabilidad de precios o, lo que es lo mismo, evitar la inflación, lo que hubiera reducido la competitividad de los exportadores alemanes y reducido el valor de los ahorros alemanes. El problema fue que Alemania no podía tener todo aquello al mismo tiempo, y al hacerse la crisis más profunda durante los años siguientes se vio obligada a

comprometerse con cada uno de estos tres principios de manera diferente.

Debido al miedo alemán al surgimiento de una «unión de transferencias» Merkel fue, al principio, reacia a rescatar a Grecia en la primavera de 2010. Se acogió al artículo 125 del Tratado de Maastricht, que prohibía los rescates financieros, si bien hubo quien dijo que podía haberse aplicado otro artículo. Pero para evitar una quiebra inminente en Grecia en mayo de 2010 Merkel aceptó de mala gana otorgar a los griegos un rescate por 750.000 millones de euros y crear una Institución para la Estabilidad Financiera de Europa, un fondo que se podría utilizar para ayudar a los países en crisis. Sin embargo, insistió en que se pusieran condiciones muy duras, como la participación del Fondo Monetario Internacional en una troika formada por él, la Comisión Europea y el Banco Central Europeo (BCE). Mientras a Grecia se le exigían drásticos recortes presupuestarios y una reducción de salarios, Alemania se resistía a aplicar medidas para aumentar la demanda nacional. De esta manera el enfoque alemán se perfilaba como un ajuste asimétrico: una deflación en lo que se conoció como «la periferia», pero no en el núcleo.⁴

Durante el año siguiente la crisis griega se convirtió en una crisis del euro. Los mercados financieros, que hasta la crisis griega habían mantenido la deuda de los estados miembros a niveles parejos, veían ahora el peligro de una quiebra no sólo en Grecia, sino en otros países de la eurozona. Como Alemania se resistía a aumentar el alcance del llamado cortafuegos de la eurozona, el rendimiento de los bonos de países como Italia –miembro fundador de la UE– alcanzó niveles insostenibles. Muchos expertos en economía comenzaron a pensar que la única salida era una mutualización de la deuda en forma de eurobonos. Pero conscientes del riesgo moral de todo ello los políticos alemanes pensaron que lo que había que hacer era presionar a los países deficitarios para que acometieran reformas estructurales. En cuanto a la mutualización de la deuda fueron deliberadamente ambiguos, aunque con ello el rendimiento de los bonos de los países deficitarios, como Italia, volvía a subir a niveles insostenibles. Por ello Alemania utilizó el mercado de deuda para reforzar la disciplina fiscal en la eurozona.

Hubo quien vio en esta dura respuesta de la canciller Merkel a la crisis un retorno a la política alemana clásica, la de las grandes potencias. *Bild*, el periódico más vendido en Alemania, comparó a Merkel con Bismark cuando

ella se resistió al rescate en marzo de 2010, pero declaró que los alemanes eran «los tontos de Europa» cuando se avino a conceder el rescate en mayo. Los cancilleres anteriores a Merkel vieron con preocupación lo que consideraban un abandono de los principios que habían dirigido la política exterior de Alemania Occidental y un regreso a los de la era anterior. En junio de 2010 el excanciller Helmut Schmidt acusó al gobierno alemán de «pomposidad guillermina» en su actitud frente a Francia.⁵ En 2011 hasta Helmut Kohl avisó a Merkel, su protegida de otro tiempo, del peligro de «tirarlo todo por la borda».⁶

Mientras la crisis del euro mostraba a una Alemania cada vez más asertiva en Europa, Alemania establecía, por su lado, una relación más estrecha con potencias emergentes que estaban más allá de Occidente: fue lo que el ministerio de Asuntos Exteriores alemán llamaría más tarde *Gestaltungsmächte*, o «potencias que están perfilando la globalización».⁷ La relación entre Alemania y China, sobre todo, se había estrechado más desde que comenzara la crisis. Y como la demanda interna se había ralentizado, las exportaciones a China habían aumentado su importancia para la economía alemana. En 2011 a China llegaba casi el 7 % de las exportaciones totales de Alemania, lo que la convertía en el tercer mercado en importancia para las exportaciones alemanas: todo apuntaba a que pronto superaría a EE.UU., el mayor exportador de fuera de la UE, e incluso a Francia. Según una previsión, las exportaciones a China suponían medio punto porcentual del crecimiento alemán en 2011: el equivalente a 13.000 millones de euros.⁸

Con el apoyo de estos vínculos económicos, cada vez más fuertes, la relación política entre Berlín y Beijing también mejoró. En junio de 2011 el primer ministro chino Wen Jiabao visitó Berlín con trece de sus ministros para celebrar una consulta, según dijeron, «de gobierno a gobierno». Fue, en efecto, una reunión conjunta de ambos gabinetes. Alemania había celebrado reuniones de este tipo con otros países, como Francia e Israel, y más recientemente también con India. Pero era la primera vez que China establecía un mecanismo de negociación intergubernamental de tan alto nivel con un estado miembro de la UE, lo que supuso una muestra extraordinaria de la importancia de Alemania. Alemania era, con diferencia, el principal agente europeo en China.

China parecía haber cambiado ya su enfoque de Europa, tras el rechazo de

la constitución europea en Francia y Holanda en 2005.⁹ Desde ese momento había centrado su atención en los estados miembros más que en las instituciones de la UE, aunque la UE había creado un nuevo ministerio de Asuntos Exteriores europeo y un servicio diplomático a su altura para intentar establecer un modo más coherente y estratégico de relacionarse con potencias como China. Los diplomáticos alemanes intentaron dar poderes al nuevo ministro de Exteriores para que diseñara un «enfoque integral» en las relaciones con China. Pero como la crisis parecía haber fortalecido a Alemania, debilitado a Francia y marginado al Reino Unido, eran los chinos los que podían responder de manera pragmática al poder alemán dentro de la UE. «Si quieres que algo se haga en Bruselas, tienes que ir a Berlín», dijo un funcionario chino en 2012.¹⁰

La relación bilateral entre China y Alemania también resultó fortalecida por la forma en que ambos países se habían encontrado juntos, en el mismo bando, desde comienzos de la crisis financiera en 2008, haciendo frente común contra EE.UU. en la economía global. Esto fue el resultado de unos intereses económicos compartidos y basados en los papeles, análogos en cierto modo, que ambos desempeñaban en el sistema internacional. A pesar de las enormes diferencias que existían entre China y Alemania en términos de demografía y desarrollo, había similitudes estructurales entre sus economías. Martin Wolf acuñó incluso un vocablo que aunaba a los dos principales exportadores del mundo: «Chermany».¹¹ Tomando como base precisamente esas similitudes estructurales, China y Alemania parecían ir tras una macroeconomía similar: ejercían una presión deflacionaria y resistían a la presión que se hacía sobre ellas para rectificar los desequilibrios económicos. Y así se produjo lo que podía llamarse una alineación poscrisis entre Alemania y China.

China y Alemania también compartían un deseo: la reforma de los mercados financieros y la gobernanza económica global. En un comunicado conjunto publicado en 2010 sobre su alianza estratégica bilateral, creada bajo el mandato de Schröder y Wen en 2004, China y Alemania dijeron que su relación se había fortalecido gracias al resultado de varios intentos de superar la crisis económica y financiera internacional.¹² Dijeron que compartían importantes intereses –como tercera y cuarta economía mundial que eran y

como países decisivos en materia de exportación y comercio— y, sobre todo, daban gran valor a la «economía real». Alemania prometió también apoyar activamente a China en su apuesta por el estatus de economía de mercado a través de la UE.

El enfoque chino-alemán de la crisis dio lugar a ciertos desacuerdos entre ellos y EE.UU. Como países acreedores ambos eran muy críticos con el uso, por parte de la Reserva Federal, de una flexibilización cuantitativa como medio para superar la crisis. En cambio, en la cumbre del G20 celebrada en Seúl en el año 2010, tanto China como Alemania se opusieron a los planes de Estados Unidos de limitar el superávit por cuenta corriente. El economista Joseph Stiglitz, ganador del Premio Nobel, dijo en una entrevista realizada en 2010 que cualquiera que creyese que China era un problema tendría que creer que Alemania era un problema.¹³ De hecho, Alemania llegaría a ser más problemática que China, cuyo superávit comercial cayó de su punto máximo, 300.000 millones de dólares en 2008, a 155.000 millones de dólares en 2011.

Algunos analistas chinos fueron más lejos incluso al ver ciertos paralelismos entre China y Alemania y, por extensión, la posibilidad de que se alinearan entre sí. Dijeron que igual que China se estaba convirtiendo en potencia mundial, Alemania estaba aumentando su poder en Europa. Ambas habían sido, en el pasado y por razones diferentes, reacias a liderar o a asumir responsabilidades. Pero la crisis había aumentado las expectativas de ambos países, algo con lo que no se sentían cómodos y que les granjeó numerosas críticas —sobre todo desde Estados Unidos— por razones similares. Los analistas chinos dicen que durante este período Wen y Merkel estrecharon sus relaciones. «Estábamos en la misma situación», dijo uno de ellos.¹⁴

La dependencia excesiva de las exportaciones para poder crecer, por parte de Alemania, y su dependencia cada vez mayor de la demanda de países como China la colocaba en una situación imposible. Para poder corregir los desequilibrios internos dentro de Europa tenía que ser menos competitiva en relación con el resto de los países de la eurozona, pero el éxito de su modelo económico, dependiente de la exportación, necesitaba a su vez mantener la competitividad al enfrentarse los industriales alemanes a una competencia creciente de las economías emergentes de fuera de Europa. Alemania dijo que quería que los países deficitarios en Europa fueran más competitivos, pero no

aceptaba, como corolario, tener que volverse menos competitiva ella misma. Al mismo tiempo Alemania no podía abandonar el euro porque una Alemania más fuerte, o una moneda noreuropea, hubieran vuelto menos competitivas a las exportaciones alemanas.

La actitud evasiva de la canciller Merkel respecto a la crisis y la relación de Alemania, cada vez más estrecha, con potencias como China, llevaron a algunos analistas a preguntarse si Alemania podía estar distanciándose de Europa y preparando una nueva *Weltpolitik*. Como la economía alemana creció de pronto, ayudada en parte por la fuga de capitales desde la periferia, y otras economías de la eurozona avanzaban vacilantes, se creyó que Alemania podía «hacerse global, independientemente de los demás».¹⁵ El interés corporativo de Alemania en la zona euro pareció declinar a medida que las grandes y medianas empresas se centraron en las elevadas tasas de crecimiento de las economías emergentes.¹⁶ Pero al igual que sucediera en el siglo XIX, y dada la situación geográfica de Alemania, era una ilusión pensar que pudiera avanzar sola, independientemente de Europa. Alemania necesitaba a Europa, aunque sólo fuera como mercado para sus exportaciones, a pesar del aumento de la exportación a las economías emergentes y para mantener en niveles bajos el valor de su moneda.

Y así, a partir del verano de 2011, Merkel comenzó a asumir una actitud más proactiva hacia la crisis.¹⁷ Sus consejeros no podían garantizar que la salida del euro de un país como Grecia no tuviera un efecto de contagio o incluso de ruptura, que serían devastadores para Alemania. Merkel resolvió entonces mantener a Grecia, aunque ello supusiera más transferencias fiscales y un aumento de la responsabilidad de Alemania sobre la deuda europea. Sin embargo, mientras pedía «más Europa», Merkel continuó resistiéndose al compromiso con una mutualización indefinida de la deuda, en forma de eurobonos. En septiembre de 2011 el Tribunal Constitucional aprobó el rescate financiero de Grecia y la creación de la FEEF (Fondo Europeo de Estabilidad Financiera), pero determinó que la mutualización indefinida de la deuda violaba la Ley Fundamental. En otras palabras, Alemania no podía avanzar más en términos de mutualización de la deuda si no enmendaba su

constitución.

En lugar de eso Alemania se centró en reducir la deuda del gobierno y mejorar la competitividad en Europa. En países como Irlanda y España el problema, al menos hasta que comenzó la crisis, había sido la excesiva deuda privada, no pública. Pero los alemanes siguieron contemplándolo a través del prisma de Grecia, lo que Paul Krugman llamó la «helenización» del discurso en torno a la crisis del euro.¹⁸ De este modo, en 2011, impuso una serie de medidas destinadas a resolver lo que los alemanes veían como una *Schuldenkrise*, o crisis de deuda. Es decir, una deuda ocasionada por la irresponsabilidad fiscal. Como parte del llamado «Six-Pack» introdujo un nuevo Procedimiento de Desequilibrio Macroeconómico que se acordó en el Consejo Europeo en diciembre de 2011 y que obligaba a todos los países de la eurozona a aplicar el equivalente a las enmiendas constitucionales aprobadas por Alemania en 2009, que requerían que se mantuviera el equilibrio presupuestario.

Los efectos de esta austeridad coordinada y prolongada en el seno de la eurozona fueron un aumento de los problemas en países como Grecia, cuya economía era un 20 % menor a finales de 2012 que a finales de 2007. Pero no se resolvieron los problemas del diferencial de bonos, que a muchos economistas les parecía fundamental. Decían que el bucle que se formaba con la información que intercambiaban los bancos malos y la deuda soberana eran dos factores que elevaban la insolvencia a una profecía autocumplida. El BCE había tomado algunas medidas para romper ese círculo vicioso, sobre todo después de ocupar la presidencia del mismo, a final de 2011, Mario Draghi. Draghi introdujo un nuevo programa de compra de bonos llamado LTRO (Operaciones de Refinanciación a Largo Plazo). Pero en verano de 2012, mientras la rentabilidad de los bonos alemanes había caído a niveles históricos, la de los bonos españoles e italianos estaba de nuevo en niveles insostenibles. Unos días antes del Consejo Europeo, en junio de 2012, Merkel declaró que no habría eurobonos mientras ella viviera.

En el Consejo Europeo, unos días después, el nuevo presidente francés François Hollande, el nuevo primer ministro italiano Mario Monti y el presidente del gobierno español Mariano Rajoy unieron fuerzas para desautorizar a Alemania. Acordaron poner en marcha un mecanismo para la

estabilidad europea (MEDE, o Mecanismo Europeo de Estabilidad) que sería el sucesor permanente del FEEF, para recapitalizar directamente los bancos que estuvieran en crisis. Mientras en gran parte de Europa esto se vio como un logro que acabaría por fin con el círculo vicioso del intercambio de información y deuda soberana, en Alemania se tomó como una derrota. El *Spiegel* lo llamó «la noche que Merkel perdió».¹⁹ El mes siguiente, en Londres, Draghi prometió hacer «lo que hiciera falta» para preservar el euro. Poco después anunció un programa de compra de bonos ilimitada en el mercado secundario para ayudar a rebajar el diferencial de los bonos en la eurozona. La operación se denominó OMT, Operaciones Monetarias sobre Títulos. Muchos alemanes, como el presidente del Bundesbank, Jens Weidmann, único miembro del consejo de gobierno del BCE que votó contra este programa, percibía una creciente mutualización de la deuda europea: la «unión de transferencias» que Alemania había intentado evitar desde que comenzó la crisis.

Muchos alemanes temían además que las medidas tomadas por Draghi fueran inflacionarias, aunque la mayoría de los economistas anglosajones pensaron que había más peligro de deflación que de inflación. En una historia que apareció en portada en el *Spiegel* en agosto de 2012, el periódico advertía de que la política monetaria inflacionaria de la eurozona conduciría a una *Enteignung*, o expropiación, de los ahorros de los alemanes. Era un término que sugería el robo de las propiedades judías por parte de los nazis en tiempos del Tercer Reich.²⁰

En un discurso extraordinario pronunciado en Frankfurt en septiembre de 2012 Weidmann llegó a comparar implícitamente a Draghi con el diablo. En una intervención en el 180 aniversario de la muerte de Goethe recordó a los oyentes la escena de la «creación del dinero» que aparece en el primer acto de la segunda parte del *Fausto*, cuando Mefistófeles persuade al emperador de que imprima dinero, con consecuencias desastrosas. Dijo que Goethe había detectado a la perfección «el problema de una política monetaria basada en papel moneda, como la actual» y «la posible correlación, muy peligrosa, entre la creación de papel moneda, financiación estatal e inflación».²¹

Aunque muchos pensaron que la eurozona no había llegado suficientemente lejos en la cuestión de la integración, a finales de 2012 la crisis había contribuido a crear «más Europa», como dijeron Merkel y otros proeuropeos.²² La crisis había sido el catalizador de un proceso de integración acelerada en el que los estados miembros habían transferido sus poderes al escalafón europeo sobre todo (aunque no exclusivamente) en lo relativo a sus economías: una situación inconcebible en otras circunstancias. En verano de 2012 el presidente del Consejo Europeo, Herman van Rompuy diseñó una serie de «bloques» para construir «una unión monetaria y económica verdadera», que incluiría la unión bancaria, fiscal e incluso política.²³ En una conferencia pronunciada en Oxford en octubre de 2012, el ministro de Finanzas alemán Wolfgang Schäuble –al que consideraban el miembro más proeuropeo de todo el gabinete Merkel– dijo que «lejos de dismantelar el proyecto europeo, la crisis había estado contribuyendo a agilizarlo».²⁴

Pero los pasos que se dieron a partir de la crisis eran distintos, y en varios sentidos no exentos de importancia, de aquellos que se habían dado en las fases previas de la integración europea. La integración que había comenzado con el Plan Schuman en 1950 se basaba en una transferencia de la soberanía voluntaria, no impuesta. Pero lo que había estado sucediendo desde el comienzo de la crisis era algo a medio camino entre lo voluntario y lo forzado. Técnicamente los estados miembros habían aceptado transferir su soberanía a un nivel europeo de la misma manera que en el pasado: nadie estaba obligado a aceptar una integración mayor. Pero en realidad los países de la eurozona tenían poca elección, aparte de transferir sus poderes a Europa: como los líderes europeos, incluida Merkel, no dejaban de repetirles, no había alternativa. En ese sentido se produjo lo que podría llamarse «una integración a punta de pistola».

Para acabar con posibles fisuras en la construcción de la unión monetaria la UE, con Alemania a la cabeza, introdujo un sistema mucho más estricto de normas y de medios para hacerlas cumplir. La crisis había dejado al descubierto los fallos del régimen de Maastricht, que se había reformado en 2005, después de que Francia y Alemania dejaran sin efecto el Pacto de Estabilidad y Crecimiento, para obtener la convergencia económica en la zona de la moneda única. A pesar de todo, los países de la eurozona –con Alemania

a la cabeza— querían ampliar y fortalecer el sistema de normas creado por Maastricht a la vez que fortalecían su capacidad para hacerlo cumplir.²⁵ El sistema llamado «Maastricht III», basado en una serie de medidas tomadas a partir del estallido de la crisis y que culminó en el pacto fiscal, era más intrusivo e imponía condiciones más estrictas y una homogeneidad mayor a la UE que sus dos predecesores.

De esta manera, lo que parecía que iba a surgir de la crisis era una UE más coercitiva: en otras palabras, una UE en la que la coacción iba a desempeñar un papel más importante que en el pasado. Esto dio lugar a tensiones entre los estados miembros (es decir, entre los países con déficit y los países con superávit) y dentro de los estados miembros (es decir, entre las élites y los ciudadanos). La troika, sobre todo, la agrupación del Banco Central Europeo, la Comisión Europea y el Fondo Monetario Internacional que imponían la austeridad en tiempos de crisis a países como Grecia, se veía como una especie de fuerza de ocupación. Esta UE más coercitiva parecía encontrarse a años luz de la visión de sus padres fundadores. A la mañana siguiente de firmarse el pacto fiscal en la cumbre europea, en diciembre de 2011, Ian Traynor escribió en *The Guardian* que lo que estaba surgiendo de la crisis era «una unión sin brillo cuajada de penalizaciones, castigos, disciplinas y resentimientos envenenados».²⁶

Europa no sólo se estaba volviendo más coercitiva: también se estaba volviendo más alemana. Alemania, al ir adquiriendo más responsabilidades sobre la deuda europea, también adquiría más control. Y así, aunque muchos respiraron aliviados con el aparente compromiso alemán con el euro y la UE, el nuevo enfoque agudizó, en cierto modo, los temores ante el poder alemán. Alemania empleó este poder sin precedentes para imponer sus preferencias económicas, tomando como base las lecciones que había extraído de su propia historia en la eurozona. En resumen: Alemania buscaba universalizar su historia y rehacer Europa a su imagen y semejanza. La consecuencia de este nuevo enfoque fue que las condiciones, más estrictas, que se imponían, se percibieran en los países deficitarios como Grecia e Italia como algo impuesto por Berlín, y no por Bruselas: la fuerza invasora era Alemania. Esta identificación, sin precedentes, de la UE con un estado miembro hizo que fuese más difícil imponer condiciones y más habitual resistirse a ellas, y condujo a

un surgimiento del recuerdo colectivo de la Segunda Guerra Mundial.

Algunos vieron en la actitud alemana una especie de imperialismo económico. Los críticos de Alemania, sobre todo, señalaron las asimetrías en el proceso de ajuste en el que había insistido Alemania desde que comenzó la crisis: deflación en la periferia sin inflación en Alemania. «Esto no es una unión monetaria –escribió Martin Wolf en 2012– esto es más bien un imperio.»²⁷ George Soros señaló que el debate sobre la crisis había tenido lugar siempre con los términos de centro y periferia, términos que suelen emplearse para describir una relación de imperialismo, y no una relación geográfica. Advirtió del peligro de que surgiera una Europa permanentemente dividida entre países deficitarios y en superávit: «un imperio alemán con la periferia como una especie de *hinterland* o traspaíss».²⁸ El peligro, en otras palabras, no era tanto que Alemania desertara de Europa, sino que –igual que sucedió en el pasado– la dominara.

Durante breves momentos, sin embargo, pareció que Alemania podía estar preparada –en una especie de analogía con el momento de 1790 en que el Secretario del Tesoro de EE.UU., Alexander Hamilton, aceptó asumir la responsabilidad sobre las deudas del estado– para negociar un gran pacto con el resto de Europa: responsabilidad total sobre la deuda para la unión política. En la segunda mitad de 2012 se discutió mucho la unión política, que exigiría un cambio mayor en los tratados europeos y un referéndum, según el artículo 146 de la constitución alemana: el artículo que Jürgen Habermas había querido aplicar en 1990.²⁹ Pero este enfoque estaba plagado de dificultades: no sólo no estaba claro si los demás países de la eurozona, como Francia, aceptarían esa unión política, aún por definir. Tampoco estaba claro que los alemanes votaran a favor. A comienzos de 2013 Alemania había abandonado la idea de la unión política e incluso había socavado la unión bancaria, además de que con las OMT se había rebajado la agudeza de la crisis y aliviado la presión sobre Alemania. El problema del poder alemán en Europa continuaba, por tanto, sin resolver.

Pero aunque la respuesta de Alemania a la crisis ocasionó una percepción, cada vez mayor, de dominio en Europa, Alemania continuó resistiéndose a las

presiones recibidas para que dedicara recursos a resolver crisis internacionales y, sobre todo, para que hiciera una contribución a la seguridad europea que estuviera a la altura de su magnitud. Su presupuesto de Defensa siguió siendo relativamente bajo: el 1,3 % del PIB. Hasta cierto punto, esto formaba parte de una tendencia que se había extendido por toda Europa: el secretario de Defensa estadounidense, Robert Gates, hablaba en 2010 de la «desmilitarización de Europa».³⁰ Sin embargo, aunque otros países europeos, como Francia y el Reino Unido, estaban reduciendo sus presupuestos de defensa como forma de lograr la consolidación fiscal en respuesta a la crisis – en el caso de Francia, bajo presión alemana–, continuaron gastando una proporción del PIB significativamente mayor que Alemania, y continuaban apuntando a proyectar su poder en el mundo. Existía el peligro no sólo de una OTAN a dos niveles, como temía Gates, sino una UE a dos niveles, dividida entre proveedores y consumidores.³¹

La ilustración más clara de la reticencia alemana a contribuir a la seguridad, incluso en un contexto multilateral, fue que Berlín se abstuviera en la votación del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas celebrado en marzo de 2011 para decidir una intervención militar encaminada a evitar que las fuerzas de Muamar el Gadafi masacraran en Bengasi a los manifestantes libios que defendían la democracia. Con su abstención Alemania no sólo rompía con EE.UU., sino también con Francia: en ese sentido fue aún más drástica la ruptura con las preferencias alemanas a nivel internacional de lo que lo fue con Irak en 2003. Alemania retiró además a setenta soldados alemanes pertenecientes al AWACS destacados en el Mediterráneo como parte de una misión de la OTAN. Fue sorprendente el contraste entre el enfoque que dio Alemania a la crisis y su forma de asumir la intervención militar en Kosovo doce años atrás, no sólo porque en esta ocasión se negó a tomar parte en ella, e incluso a apoyarla, sino porque el Holocausto –que se había utilizado para justificar la implicación alemana en la Operación de las Fuerzas Aliadas en 1999– estaba ya completamente fuera del debate.

Unas semanas después salió a la luz que el gobierno alemán había firmado en secreto un acuerdo económico de 1.500 millones de euros para vender doscientos tanques Leopard 2 a Arabia Saudí, que había enviado tropas a Barein para ayudar a las autoridades a sofocar las protestas prodemócratas en

marzo.³² La coyuntura de la abstención en la cuestión de Libia y la del contrato con Arabia Saudí ilustraban perfectamente la tensión interna de la política exterior alemana en respuesta a las revoluciones de la primavera árabe. Pero el asunto de la venta de tanques era en realidad parte de un *boom* mucho mayor en las exportaciones alemanas de armamento. Alemania aprobó la venta a los Emiratos Árabes Unidos de unos 1.200 millones de euros en armamento y varios sistemas armamentísticos a Argelia, como fragatas y vehículos para transportes de personal blindados con el sistema Fuchs. Fue lo que después llamaría el *Spiegel* «la doctrina Merkel»: no intervenir, pero vender armas.³³ Los mandatarios dijeron que el objetivo era, sobre todo, garantizar la capacidad de la industria alemana de defensa en un momento en que las potencias occidentales estaban recortando sus presupuestos.

La exportación de armas había sido siempre una especie de punto ciego en la identidad de la República Federal como «potencia civil». Aunque ésta había rechazado el empleo de la fuerza militar como herramienta para ejercer su política exterior había continuado vendiendo armas, a diferencia de Japón. En el año 2000 Alemania emitió nuevas directrices en las que se restringía la venta de armas, pero con eso no se impidió que los fabricantes de armas mejorasen su negocio igual que el resto de los exportadores alemanes durante esa década. Entre 2006 y 2010 Alemania era el tercer exportador de armas pesadas convencionales, después de Estados Unidos y Rusia, con un 11 % del mercado global: Francia tenía el 7 % y el Reino Unido el 4 %.³⁴ En 2011 los permisos alemanes para exportar armas alcanzaron los 5.000 millones de euros por primera vez en la historia, y un 42 % de ellas iba a países que no pertenecían a la OTAN.³⁵ En otras palabras, igual que otros fabricantes alemanes estaban empezando a depender, cada vez más, de las economías de países emergentes –muchos de ellos no democráticos–, los fabricantes de armas, también.

De este modo se produjo un sorprendente contraste entre la política exterior alemana dentro de Europa y fuera de Europa. Aunque Alemania era cada vez más asertiva dentro de Europa, era extrañamente poco asertiva en el resto del mundo, y continuaba con sus reticencias a desempeñar un papel a la altura de su poder económico. Los diplomáticos alemanes señalaron los fallos de la intervención militar occidental en Irak y en todas partes, y dijeron que

era mejor su actitud, que evitaba la confrontación. Consideraban a las potencias emergentes *Gestaltungsmächte*, o «potencias que están perfilando la globalización», con las que uno podía establecer alianzas estratégicas como medio bilateral de mejora de la gobernanza global; en otras palabras, un paso hacia la multilateralidad, más que una alternativa a ella. Y, sobre todo, Alemania podía promocionar el modelo de integración regional que representaba la Unión Europea. Entretanto, naturalmente, también podía promocionar la exportación de coches y máquinas... incluidas las armas.

Había una cierta lógica subyacente a la idea de buscar una política exterior dentro de Europa y otra distinta fuera de ella. En un panfleto para Demos, el «think-tank» británico, publicado en 1999 y que tuvo mucha influencia, el diplomático británico Robert Cooper distinguía entre un mundo moderno, surgido del Tratado de Westfalia, de estados-nación clásicos, con equilibrio de poderes y fuerza militar, y un modelo «pos-Westfalia» en el que la distinción entre asuntos nacionales y exteriores no estaba clara, la seguridad colectiva había sustituido al equilibrio de poder y la fuerza militar ya no era una herramienta legítima.³⁶ Mientras los estados miembros de la UE eran «estados posmodernos que vivían en un continente posmoderno», la gran mayoría de los demás países del mundo seguían siendo simplemente modernos. Los europeos necesitaban, por tanto, «hacerse a la idea del doble rasero».³⁷ Podían operar unos con otros sobre la base de la legislación y la seguridad colectiva, pero cuando se enfrentaban a estados «modernos» tenían que regresar a métodos «más burdos, de eras anteriores». Sobre todo, a usar su poder militar cuando hiciera falta.³⁸

Pero la política exterior alemana parecía estar, por extraño que resultara, en las antípodas de lo que sugería Cooper. Naturalmente, ningún estado miembro de la UE podía utilizar sus fuerzas armadas, ni amenazar con hacerlo, dentro de Europa, y Alemania era aún más reticente que Francia o el Reino Unido a hacerlo fuera de Europa. Pero como había demostrado la crisis, Alemania estaba dispuesta a emplear su poder económico —otra forma de poder «duro»— de manera asertiva para coaccionar a los demás estados europeos hacia los que se había expandido antes de 1945.³⁹ Más allá de Europa, sin embargo, tendía a rechazar no sólo el uso de su poder militar, sino también de su poder económico como medio para conseguir sus objetivos

estratégicos. Parecía pensar que podía valerse sólo de los poderes «blandos», como si el resto del mundo no fuera más que un mercado receptor de sus exportaciones.

Alemania ya no podía definirse como «potencia civil». Antes de la reunificación, incluso en la primera década que siguió a la misma, la República Federal –al igual que Japón– se había acercado más que cualquier otro estado al típico papel ideal de política exterior que describía Hanns Maull. Pero en la primera década del nuevo siglo la multilateralidad alemana se había debilitado y Alemania perseguía una política exterior realista basada en el intento de consecución de sus objetivos económicos. Las comparaciones con Bismark que hicieron algunos, cuando comenzó la crisis de Grecia, sugerían que Alemania volvía a ser una gran potencia a la antigua usanza. Y sin embargo no parecía estar volviendo a la política exterior belicosa y expansionista del siglo XIX. De hecho, parte de la razón para que se percibiera una brecha entre Alemania y el resto de Europa era que los alemanes sentían que al rechazar el empleo de su poder militar habían roto de manera decisiva con el pasado.

Y en esto Alemania vuelve a ser una paradoja. Es a un tiempo poderosa y débil. De hecho, como ya sucedió en el siglo XIX, después de la unificación, parece poderosa desde el exterior pero muchos alemanes la perciben como vulnerable. No quiere «liderar», y se resiste a la mutualización de la deuda. Pero al mismo tiempo busca rehacer Europa a su imagen y semejanza para que ésta sea más competitiva. El poder alemán se caracteriza por una extraña mezcla de asertividad económica y abstinencia militar. Alemania utiliza cada vez más su poder económico en Europa para imponer sus preferencias sobre otros estados miembros, y en ese sentido se puede decir que es «normal». Pero apenas tiene las ambiciones de Francia o del Reino Unido cuando se trata de proyectar su poder fuera de Europa, donde lo único que busca es vender más coches y máquinas. Y, sobre todo, se niega a utilizar su poder militar: en ese sentido, es «anormal».

Una forma de entender la paradoja del poder alemán es con el concepto de «geoeconomía» de Edward Luttwak.⁴⁰ En un ensayo publicado en 1990 en *The*

National Interest, casi al mismo tiempo que Maull hablaba del concepto de «potencia civil», Luttwak decía que los métodos de comercio «estaban desplazando a los poderes militares» en las relaciones internacionales, «con capital disponible en lugar de potencia de fuego y con innovación civil en lugar de avances en técnicas militares; con penetración en el mercado en lugar de guarniciones y bases». ⁴¹ Luttwak decía que, aunque los estados cada vez utilizaban un tipo de arma más que otro, las relaciones internacionales continuaban siguiendo la lógica del conflicto, que era «antagonista, paradójica y no sumaba». ⁴² El término «geoeconomía» pretendía captar esa «mezcla de lógica de conflicto con los métodos del comercio» o, como hubiera escrito Clausewitz, la lógica de la guerra en la gramática del comercio. ⁴³

Los acontecimientos de las dos décadas siguientes parecían desautorizar las tesis de Luttwak, que sostenían la existencia de un paso de la geopolítica a la geoconomía. Los conflictos regionales y étnicos de la década de los noventa y el 11-S obligaron a los países occidentales a emplear su poder militar. Como hemos visto, incluso países como Alemania, que por diversas razones habían sido reticentes a utilizar su ejército, se vieron sometidos a una presión cada vez mayor que les impulsaba a participar en la resolución de los conflictos, no sólo desde el punto de vista financiero sino enviando tropas al campo de batalla. De hecho, en la primera década tras el fin de la Guerra Fría pareció que el poder militar convencional era más importante que antes en el mundo. Sin embargo, el rumbo que después tomaron las cosas –sobre todo el cambio que sufrió la distribución mundial de poderes, que pasó de centrarse en EE.UU. a hacerlo en potencias emergentes como China– parecía avalar los argumentos de Luttwak.

El concepto de geoconomía parece ahora especialmente útil para describir cómo se ha convertido Alemania en un país más asertivo a la hora de hacer valer su poder económico dentro de la UE. Fuera de Europa Alemania es una potencia geoeconómica en sentido «blando», pues parece centrarse casi exclusivamente en la búsqueda de objetivos económicos. Pero dentro de la eurozona, como la nula competencia entre el núcleo y la periferia parece haber sustituido a lo que parecía una situación en la que todos ganaban, Alemania ha empleado también su poder económico para presionar sobre otros países, imponiéndoles duras condiciones. Así Alemania puede ser una potencia

geoeconómica dentro de Europa en sentido «duro», el que le da Luttwak, pues emplea sus medios económicos de tal modo que parece más clausewitziana que kantiana.

Según Luttwak la naturaleza de un poder geoeconómico viene determinada por el papel que desempeña el estado en la economía. Como él mismo admite, «mientras los estados ocupan virtualmente todo el espacio político del mundo, sólo ocupan una fracción del espacio económico total».⁴⁴ Sugiere que las formas de coexistencia entre países activos desde el punto de vista geoeconómico y los agentes económicos privados variará: en algunos casos será intensa; en otros, distante. En algunos casos los estados guiarán a las grandes compañías para conseguir sus propios fines geoeconómicos; en otros, las compañías tratarán de manipular a los políticos o a la burocracia. La relación entre el estado alemán y las empresas parece un buen ejemplo de lo que Luttwak llama «manipulación recíproca».⁴⁵ Las empresas alemanas exigen al estado alemán que haga una política que defienda y promueva sus intereses, y ellas a su vez ayudarán a los políticos a aumentar el crecimiento y, sobre todo, los niveles de empleo, que es la medida clave del éxito de la política alemana.

La coexistencia es especialmente intensa entre el estado –sobre todo el ministerio de Economía– y los exportadores. La desproporcionada contribución de la exportación al crecimiento indica que los políticos alemanes dependen en exceso de los exportadores. Sin embargo, como gran parte de este crecimiento ha venido de la exportación a economías como la china o la rusa, donde el estado controla a las empresas, los exportadores dependen del gobierno alemán. Como las exportaciones en tanto que cuota del PIB han aumentado en la última década, sobre todo desde el gobierno de Schröder, los exportadores alemanes parecen haber ejercido una mayor influencia en la política exterior de su país.

Naturalmente, Alemania no es el único país del mundo «activo desde el punto de vista geoeconómico». Hay otros, como China, que también se valen de sus medios económicos para lograr objetivos estratégicos. Pero China parece aspirar a ser una gran potencia en toda regla: aunque depende sobre todo del poder económico en este momento de su ascenso, tampoco le importa emplear su fuerza militar. Es lo que Luttwak llamó «modalidad superior». Un

concepto influyente entre los analistas que estudian la política exterior china es el de «poder nacional integral», o la idea de que una política exterior exitosa tiene que basarse en un perfil de poderes equilibrados que incluya el militar, el político y el económico.⁴⁶ En este sentido, la política exterior china puede verse como una especie de neomercantilismo. Alemania, sin embargo, es única con su combinación de asertividad económica y abstinencia militar. En cierto modo, puede que sea el ejemplo más claro de «poder geoeconómico» del mundo de hoy.

Conclusión: Semihegemonía geoeconómica

Como hemos visto, entre 1871 y 1945 Alemania provocó la inestabilidad en Europa. Su tamaño y su emplazamiento central –llamado *Mittellage*– la convertían en demasiado poderosa para el equilibrio de poderes, pero no lo suficiente para ejercer la hegemonía. La cuestión alemana parecía haberse resuelto al terminar la Segunda Guerra Mundial, con la división del país y la integración de la República Federal en el bloque occidental a través de la OTAN y de la UE. Con la transformación de Europa tras el término de la Guerra Fría, Alemania recuperó su *Mittellage* desde el punto de vista geográfico. En el pasado Alemania se enfrentaba a posibles enemigos por todas partes y temía el cerco, y sin embargo ahora está rodeada por los aliados de la OTAN y socios de la UE por todas partes. La «saturación estratégica» de Alemania tras la reunificación, y la interdependencia de su economía y la de los países vecinos significan que ya no busca la expansión territorial y que ya no se siente amenazada. En otras palabras: en términos de geopolítica, Alemania es inofensiva.

A pesar de todo, el alcance de la economía alemana y su interdependencia con la de los países vecinos está provocando ahora, de nuevo, la inestabilidad en Europa. Tras la reunificación Alemania se hizo más grande, pero en sus inicios era más débil desde el punto de vista económico porque tuvo que enfrentarse al coste que supuso asimilar a la Alemania Oriental. Por otra parte, vio cuáles eran las ventajas de alinearse con los países de la OTAN y los socios de la UE. Pero durante la última década, tras la recuperación de su economía, Alemania se ha ido mostrando cada vez más interesada en imponer sus preferencias. Dentro del contexto de la UE la economía alemana tiene demasiado peso para que cualquiera de sus vecinos, como Francia, la desafíe: es, como dijo Jürgen Habermas en 2010, «un coloso».¹ En resumen: lo que parece haber sucedido es que «la cuestión alemana» ha resurgido, ahora bajo el aspecto geoeconómico.

Con la crisis del euro como fondo han tenido lugar muchos debates sobre el surgimiento de una «hegemonía» alemana en Europa.² Desde que comenzó la crisis, políticos y periodistas han descrito rutinariamente a Alemania como hegemón de Europa. Algunos han afinado más su descripción, definiendo a Alemania como «Hegemon wider willen» o «hegemón reticente», una potencia que niega su papel, y la han instado a que sea más audaz.³ En un discurso pronunciado en Berlín en noviembre de 2011, por ejemplo, el ministro de Asuntos Exteriores polaco Radek Sikorski dijo que temía el poder alemán menos de lo que estaba empezando a temer la pasividad alemana, e instaba a Alemania a liderar Europa.⁴ Pero la razón por la que Alemania no reúne los criterios para ser una hegemonía no es tanto su timidez como su egocentrismo y su mirada a corto plazo. Tampoco es un hegemón potencial. Igual que en el pasado, es demasiado pequeña para llevar ella sola la carga de la hegemonía.

El debate sobre la «hegemonía» alemana en Europa desde la crisis ha estado extrañamente desvinculado de la historia de la cuestión alemana que se trataba en el Capítulo 1 de este libro. Ha sido más bien al contrario: las llamadas a liderar Europa se han basado en la llamada teoría de la estabilidad hegemónica, según la cual una hegemonía establece las normas, pero también crea un sistema de incentivos dirigidos a aquellos que están por debajo, para que se beneficien de ellos y no abandonen el sistema. Hace, sobre todo, concesiones a corto plazo a aquellos que se incorporen a la jerarquía hegemónica con el fin de que contribuyan a sus intereses a largo plazo. Uno de los ejemplos paradigmáticos de una hegemonía de este tipo es Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial, que en los años cincuenta dieron preferencia al comercio de los países de Europa Occidental –discriminando en el proceso a las importaciones americanas– para poder perseguir su interés estratégico en la estabilidad europea. De ese modo EE.UU. hizo un uso brillante de su hegemonía.

Para los teóricos de la estabilidad hegemónica la alternativa a la hegemonía en las relaciones internacionales es la inestabilidad. En su obra *The World in Depression, 1929-1939*, Charles Kindleberger explicaba que la economía global sólo funciona sin problemas cuando existe un hegemón que garantiza la estabilidad. En los años treinta, después del *crack* de Wall Street, la ausencia de un hegemón provocó la caída del sistema internacional.

Kindleberger criticaba sobre todo a EE.UU. por su reticencia a tomar de Inglaterra el testigo del liderazgo de la economía internacional en un momento en el que Alemania estaba en una posición similar al de los países actualmente en déficit. Como miembro del Departamento de Estado a finales de los años cuarenta, Kindleberger fue uno de los arquitectos del Plan Marshall, un intento de evitar el error que, en su opinión, había cometido EE.UU. durante la Gran Depresión.

La teoría de la estabilidad hegemónica contribuyó a formar el ideario de algunos políticos alemanes. Wolfgang Schäuble, en particular, se refirió a Kindleberger diciendo que creía que sus opiniones tendrían que aplicarse a la crisis del euro. En un discurso a la altura de la crisis dijo que el mensaje central de Kindleberger tenía más sentido en 2010 del que había tenido antes y que «sólo una nación dirigente, un hegemón benigno o un “estabilizador”» podía crear y mantener una economía global estable.⁵ La lección, continuaba, fue que Alemania y Francia debían, en efecto, convertirse en los hegemones que necesitaba Europa, pero en lugar de hacer un empleo brillante de su poder, como EE.UU. después de 1945, tras el comienzo de la crisis Alemania parecía limitarse a imponer sus deseos sobre el resto de los países de la eurozona en la medida de lo posible, y a buscar que se cumplieran sus intereses a corto plazo, más que a largo plazo.

Dado el claro interés de Alemania en la supervivencia del euro –cuya debilidad, comparada con la del marco alemán, beneficiaba a las exportaciones alemanas– el equivalente del papel que desempeñó en Europa EE.UU. a partir de 1945 podía haber sido para Alemania el de tomar medidas que redujeran su superávit comercial, permitir que la inflación subiera ligeramente o actuar como consumidor de último recurso para ayudar a las economías endeudadas a crecer un poco para salir de la recesión y así reducir su deuda. Pero Alemania ha rehusado repetidamente asumir ese papel. Ha insistido en la austeridad en toda la eurozona, lo que ha exacerbado la crisis y ha puesto muy difícil a los países de la periferia salir de la recesión. Mientras el desempleo en Alemania se encuentra ahora en sus niveles más bajos tras la reunificación, en países como España ha alcanzado niveles de récord. No ha habido Plan Marshall para las economías endeudadas de Europa.

De hecho, en muchos aspectos, Alemania no ha creado estabilidad –que

según la teoría de la estabilidad hegemónica es el papel fundamental del hegemón— sino que ha propiciado la inestabilidad en Europa. La retórica alemana se centra en la estabilidad, habla de la «unión de la estabilidad» y está orgullosa de su cultura de la estabilidad, la *Stabilitätskultur*. Pero su definición del concepto es terriblemente restrictiva: cuando Alemania habla de estabilidad se refiere a la estabilidad de los precios, nada más. De hecho, cuando ha intentado exportar su «cultura de la estabilidad» lo único que ha conseguido ha sido crear inestabilidad en sentido amplio. Y está, sobre todo, su reticencia sostenida en otra cuestión: hasta qué punto está dispuesta a aceptar la mutualización de la deuda europea, una estrategia en apariencia deliberada para seguir ejerciendo presión sobre los países endeudados, para que acometieran las reformas. Todo ello ha propiciado un clima de incertidumbre tal que podría hablarse de la cultura alemana de la inestabilidad.

Desde que comenzó la crisis del euro Alemania ha exportado reglas, pero no normas. Muchos otros países de la eurozona han creído que esas reglas eran para servir a los intereses alemanes, y no a los suyos. De ese modo se han sometido a las exigencias de Alemania siempre de mala gana, han intentado resistir, se han apartado arrastrando los pies de los compromisos que habían asumido. En otras palabras, no ha habido consentimiento hegemónico, uno de los rasgos que diferencia a la hegemonía del imperio. No hay un «Consenso de Berlín» análogo al «Consenso de Washington». En muchos aspectos Alemania es ahora incluso menos hegemón de lo que lo fue con la República de Bonn. Cuando como hegemón cooperativo, junto con Francia antes de la reunificación alemana y de la ampliación de la UE, dio prioridad con éxito a sus propias preferencias, con el consentimiento de sus socios europeos.⁶

El hecho de que Alemania dejara de desempeñar su papel de hegemón europeo que algunos, como Sikorski, deseaban, refleja los límites de su poder geoeconómico. La economía alemana se había recuperado en la primera década del nuevo siglo, pero lo hizo en gran medida —ya lo hemos visto— mediante la congelación de salarios y gracias a un entorno favorable. Sigue siendo demasiado frágil para asumir la carga de una hegemonía, ya sea a través de transferencias fiscales o de la mutualización de la deuda europea, o bien de una inflación moderada. De hecho, como ya hemos visto, Alemania

desea tener la política económica de un país pequeño, y no convertirse en la mayor economía europea. Dicho brevemente, aunque el aumento del poder alemán y la relativa debilidad francesa hayan permitido a Alemania imponer sus preferencias sobre otros países de la eurozona, es demasiado pequeña para ser un hegemon europeo. Esto guarda una sorprendente similitud con la posición que tuvo Alemania en Europa entre 1871 y 1945. En otras palabras, Alemania parece haber regresado a la posición de semihegemonía que describió Ludwig Dehio, salvo en lo geoeconómico.⁷

En este sentido, la Europa que está surgiendo de la crisis ya no es tan alemana como caótica: sobre todo, lo que seguramente va a suponer la semihegemonía neoeconómica de Alemania es más conflictos en Europa. Los economistas ya han señalado que el enfoque que ha dado Alemania a la crisis del euro ha exacerbado las tensiones entre los países europeos. Al insistir en mantener un superávit sostenido, por ejemplo, Alemania está ejerciendo una presión insoportable sobre sus socios europeos, y Europa no es tanto una zona monetaria óptima como «un área construida alrededor de un país-núcleo que absorbe estructuralmente la liquidez», como ha expuesto Lucio Caracciolo.⁸ Pero aparte de esta lógica económica la historia de las relaciones internacionales en Europa –y sobre todo la historia de la cuestión alemana que se trataba en el Capítulo 1– nos dice que la semihegemonía de Alemania puede provocar conflictos de cualquier índole. El peligro actual en Europa es el de una versión neoeconómica de los conflictos que siguieron a la unificación en 1871.

Lo que esto puede significar es un retorno a la dinámica competitiva de la formación de coaliciones entre las grandes potencias de Europa, como antes de 1945. Hay quien sostiene que desde que comenzó la crisis Europa ha regresado a un sistema en el que las relaciones entre estados se basan en el poder, más que en el principio de derecho. Pero en el contexto de la UE, institucionalizado y sin embargo dinámico, el poder es a menudo una cuestión de habilidad a la hora de definir las reglas, especialmente en materia de política económica. Para poder imponer sus preferencias a escala europea los estados miembros forman coaliciones. Al principio el binomio francoalemán

supuso la relación bilateral más importante de la UE. Tras la ampliación, la formación de coaliciones se volvió más difícil y se constituyó una estructura en red, más difícil y compleja, dentro de la UE. Pero desde el comienzo de la crisis la dinámica de la formación de coaliciones se ha centrado en Alemania, pues los estados miembros han adoptado una actitud que es la combinación de dos: «subirse al carro» y contrarrestar su poder.

Gran parte de la diplomacia bilateral cultivada en la UE desde el comienzo de la crisis se ha centrado en Berlín. La mayoría de los estados miembros han tratado de establecer relaciones más estrechas con Alemania, a la que ven cada vez más como pieza decisiva de la economía y de otras cuestiones. Berlín vuelve a ser la «capital diplomática de Europa», como lo fue en la década de 1880. De hecho, es posible que haya una estructura *hub-and-spoke* (como la rueda de una bicicleta, estructura de «bujes y radios») que se esté preparando para sustituir a la estructura de red que primaba desde la ampliación de la UE. Los países del centro de Europa, especialmente, cuyas economías se han integrado en la alemana a partir de la reunificación, están empezando a constituir el equivalente neoeconómico a una esfera de influencia. Países como Polonia, que se sentían amenazados por Rusia, han visto en la inversión alemana una especie de garantía de seguridad. Algunos analistas han percibido incluso el resurgir de una *Mitteleuropa* dominada por Alemania.⁹

Sin embargo, al mismo tiempo, otros estados miembros de la UE –sobre todo los que están en la llamada periferia– se han visto sometidos a una presión cada vez mayor para formar lo que George Soros llamó «un frente común» contra Alemania.¹⁰ Tras la unificación, en 1871, ninguna potencia europea ha sido lo suficientemente fuerte para enfrentarse sola a Alemania, y por tanto los demás países no han tenido más opción que la de formar una coalición antialemana para contrarrestar su poder. A finales del siglo XIX, lo que Hans-Peter Schwarz llamó «la dialéctica del cerco» dio lugar a una coalición así, que en último término desembocó en la Primera Guerra Mundial. Ahora Alemania teme verse cercada por economías débiles, en lugar de por posibles rivales militares. Aunque los medios son distintos, el poder alemán vuelve a ser tal que el resto de los países de Europa tiene pocas opciones, aparte de unir fuerzas: es el equivalente geoeconómico del cerco.

Ya hay indicios del miedo alemán a este tipo de cerco geoeconómico dentro de la eurozona.¹¹ Los alemanes temen sobre todo que se haga con el poder el Banco Central Europeo porque eso, en lugar de exportar la *Stabilitätskultur* del Bundesbank al resto de Europa, como habían esperado que pasara, se percibe como la importación de la cultura de los otros, una cultura de divisa débil, a Alemania. Estos temores han aumentado desde la cumbre europea de junio de 2012, que se vio como un avance en gran parte de Europa y como una derrota en Alemania. Algunos economistas alemanes piensan ahora que el BCE está pasando de un modelo alemán, de línea dura, al modelo inflacionario mediterráneo, y que incluso Francia, Italia y España –los tres países que unieron fuerzas en junio de 2012– son el nuevo núcleo de la eurozona. En definitiva, temen que el poder se esté transfiriendo a los deudores. Esta percepción queda reforzada por la sensación de victimismo alemán que, como vimos, había surgido a principios del milenio, sorprendentemente ilustrada por términos como «Enteignung», o expropiación.

De esta manera surge en Europa una nueva versión neoeconómica de la «dialéctica del cerco». El dilema geopolítico al que se ha enfrentado Europa durante siglos ha vuelto, ahora en su vertiente neoeconómica. Ahora se centra en un conflicto de intereses entre países acreedores y países deudores que están encerrados en una zona donde la moneda es sólo una. En las crisis de deuda los países acreedores tienden a ser minoría y, aunque se coordinan con eficacia, los países deudores se enfrentan a problemas más graves de acción colectiva porque tienen especial interés en que se haga distinción entre ellos.¹² En este caso mucho depende del enfoque de Francia, que hasta ahora se ha resistido a la idea de formar y, presumiblemente, liderar, una coalición antialemana. La cuestión es qué cuota de conflicto tiene que darse en Europa para acabar con esta dinámica.

En cierto sentido, por tanto, la historia en Europa sí se ha repetido. A pesar de la transformación de Alemania a partir de 1945 existen paralelismos sorprendentes entre su desarrollo ideológico tras la unificación, en 1871, y tras la reunificación de 1990, sobre todo en lo relativo a su misión. Pero es tal vez más importante que en uno y otro momento hayan existido paralelismos estructurales. Sobre todo, da la impresión de que hemos retornado a una Europa competitiva centrada en una Alemania poderosa que ha recuperado su

posición semihegemónica anterior a 1945. Sin embargo, la transformación de Europa con la UE y el euro supone que ya no vamos a volver «al mundo de 1913», como temía en 1989 el presidente Mitterrand: ya no se trata de la guerra. Pero el resurgimiento de la cuestión alemana en su vertiente neoeconómica significa que, aunque los medios son diferentes, la dinámica es parecida.

Este libro comenzaba con la idea de Heinrich August Winkler de Alemania y su «largo camino hacia Occidente». Gran parte de esta historia ha sido el desarrollo tardío de la libertad política en Alemania. Escribe Winkler que mientras tenga sentido hablar de una *Sonderweg* alemana, será sobre todo por su tardío, y problemático, desarrollo de los valores democráticos.¹³ Alemania no se está volviendo menos democrática, aunque en el seno del país hay un gran debate sobre la crisis de la democracia. Desde 1945 ha ido desarrollando una cultura política occidental que ha resultado más vibrante y resiliente de lo que muchos esperaban. En los años sesenta hubo a quien le preocupaba que, aunque los alemanes occidentales habían apoyado la democracia durante el *Wirtschaftswunder*, la República Federal no pudiera hacer frente a una recesión. Pero estos temores fueron en vano. En ese sentido Alemania ha superado, al menos internamente, la aberración de lo que Winkler denominó «el proyecto normativo de Occidente».¹⁴

Hay, sin embargo, una cuestión pendiente: si Alemania seguirá siendo parte de Occidente, en términos estratégicos. A partir de la reunificación se ha producido un cambio en la política exterior alemana que ha tenido como fondo un entorno estratégico también modificado tras la Guerra Fría. Y la relación entre Alemania y EE.UU., sobre todo, ha cambiado también y no es probable que vuelva al paradigma de la Guerra Fría, con su esquema de dependencia mutua en medio de una relación desigual. Existe además una tendencia en alza, en Alemania, a buscar «el camino alemán», un elemento clave en el nacionalismo germano. El nuevo nacionalismo puede centrarse en la paz y en las exportaciones, pero la tendencia de Alemania es a separarse de Occidente y a considerarse superior a él. Desde la guerra de Irak y la crisis económica, sobre todo, existe un escepticismo renovado hacia las ideas anglosajonas,

incluso un desprecio de las mismas, que se ven fortalecidos por las recientes revelaciones de espionaje, que afectaban incluso a la canciller Merkel, por parte de agencias de inteligencia americanas y británicas.

La *Westbindung* como organización para la seguridad precedió al desarrollo, en la República Federal de Alemania, de una cultura política liberal. Durante cuarenta años fue una necesidad existencial que anulaba al resto de objetivos de política exterior. Pero en los últimos veinte años –es decir, desde que Alemania culminó su «largo camino hacia Occidente»– ese imperativo ha ido desapareciendo. Ahora, por vez primera, la *Westbindung* es una opción más. Los parámetros políticos de la República Federal –las preferencias en política exterior que se remontan a Adenauer– se están cuestionando más cada día. Aunque no parece fácil que Alemania salga de Europa, es posible imaginar una política exterior alemana posoccidental. Según una encuesta realizada en 2011, los alemanes se dividen en tres grupos a la hora de responder a la pregunta de con quién seguirían cooperando fundamentalmente: con sus socios occidentales, con otros países como China, India y Rusia, o con ambos.¹⁵

Poco después de que Angela Merkel fuera elegida canciller por tercera vez en septiembre de 2013 –esta vez en gran coalición con los socialdemócratas– el renovado debate sobre la relación de Alemania con Occidente se había intensificado mucho. Después de que el presidente ucraniano Victor Yanukovych rechazara un acuerdo de asociación con la UE y los manifestantes proeuropeos ocuparan el Maidan, en Kiev, Rusia invadió Crimea y se la anexionó. Por primera vez desde el final de la Guerra Fría las fronteras de Europa volvían a parecer vulnerables. Merkel insistía en la necesidad de dar una solución política a la crisis, pero una vez que Rusia desestabilizó el este de Ucrania aceptó que se impusieran a Rusia duras sanciones económicas a pesar del impacto que ello tendría en los exportadores alemanes y en la dependencia alemana del gas ruso. Alemania parecía volver a dar prioridad a sus objetivos estratégicos por encima de los económicos, al menos en su relación con Rusia.

Pero la crisis de Ucrania supuso también el renacimiento de la idea de equidistancia entre Rusia y Occidente. Aunque gran parte del *establishment* político alemán parecía estar viviendo una especie de «despertar geopolítico»

muchos alemanes de a pie se oponían de plano a la idea de enfrentarse a Rusia. Una encuesta celebrada a principios de abril de 2014 mostraba que el 49 % apoyaba la idea de que Alemania mediara entre Rusia y Occidente, en comparación con el 45 % que quería que Alemania se alineara con sus socios de la UE y sus aliados de la OTAN.¹⁶ En la Alemania Oriental un 60 % querían que Alemania mediara y sólo un 31 % preferían que se alineara con Occidente. La encuesta llevó a un comentarista político a hablar de una «schleichende Entwestlichung», una «desoccidentalización galopante» de Alemania. El propio Winkler dijo que había motivos para dudar si Alemania mantenía su compromiso con Occidente.¹⁷ La historia alemana, en otras palabras, aún no ha terminado.

Epílogo

La anexión de Crimea en febrero de 2014 supuso para Alemania una especie de golpe estratégico; y es que Alemania, mucho más que cualquier otra potencia occidental, había depositado su fe en la idea del *Wandel durch Handel*: el «cambio a través del comercio». En otras palabras, la idea de que la mejor manera de animar a Rusia a que hiciera un movimiento en pos de la democracia, en cuanto a política interior, y en pos de la cooperación de cara al exterior, era mediante el fortalecimiento de la interdependencia económica. Impulsado, en parte, por esta idea, el gobierno alemán tuvo al principio sus dudas sobre la imposición de sanciones contra Rusia, pero después de que los rebeldes prorrusos derribaran en julio de 2015 un avión de Malaysian Airlines (el vuelo MH17) en el este de Ucrania, matando a 283 pasajeros y a 15 miembros de la tripulación, Merkel endureció su línea de actuación e incluso convenció a otros estados miembros de la UE de que siguieran adelante con las sanciones. Muchos europeos halagaron su capacidad de liderazgo.

Poco después de la anexión de Crimea el presidente alemán, Joachim Gauck, había pronunciado un destacado discurso en la Conferencia de Paz, celebrada en Múnich, donde criticaba a aquellos que «aprovechaban las culpas pasadas de Alemania como escudo para ejercer la pereza o como una vía para expresar su deseo de separarse del mundo»; y lo más controvertido en un país que aspira a convertirse en *Friedensmacht*: afirmó que Alemania «no tendría que decir “no” por principios» al empleo de sus fuerzas armadas.¹ Aunque Merkel permaneció en silencio, hubo otros políticos alemanes de primera línea, como el nuevo ministro de Exteriores socialdemócrata Frank-Walter Steinmeier –que había sido secretario de Estado de Gerhard Schröder– que también manifestaron su apoyo a Gauck. «Lo cierto es que Alemania es demasiado extensa para quedarse parada en la banda, limitándose a hacer de comentarista», dijo.² Poco después de la conferencia de Múnich puso en marcha una revisión de su postura, para dar a la política exterior alemana «una mirada nueva».

El proceso de revisión, junto con el liderazgo de Alemania, tal como se percibía en la crisis de Ucrania, dio lugar a una creciente especulación en torno al enorme cambio que se avecinaba en la política exterior alemana. Algunos analistas dijeron que la disposición de Merkel a desautorizar la importancia del comercio alemán e imponer duras sanciones a Rusia mostraba que aunque hubiera existido una «prioridad económica» en la política exterior alemana anterior a la cuestión de Ucrania, se había tratado sólo de un asunto temporal: ahora se restablecía la «prioridad política». Algunos apuntaron que Alemania había experimentado, de manera colectiva, una especie de «despertar geopolítico». En resumen: a más de un analista le pareció que Alemania ya no era una «potencia geoeconómica», como decíamos anteriormente. Pero en realidad el cambio que sufrió la política exterior alemana fue más sutil y menos completo.

Antes de la crisis de Ucrania, Alemania ya se había mostrado decidida a emplear su poder político para imponer sus preferencias a otros países de la eurozona, sobre todo desde el comienzo de la crisis en 2010. Dicho de otro modo, ya se había mostrado como una «potencia geopolítica» en el sentido más «duro». Pero fuera de Europa parecía perseguir objetivos económicos más que estratégicos: en otras palabras, parecía ser una «potencia geoeconómica», en el sentido más «blando». Si regresamos a los tiempos en que Schröder ocupaba la cancillería, Rusia había sido un caso paradigmático de este enfoque realista, como ya expliqué. En la crisis de Ucrania, sin embargo, Alemania subordinó sus amplios intereses económicos en Rusia al interés estratégico que representaba proteger la seguridad europea, amenazada ahora por el revisionismo ruso. En definitiva, la respuesta de Alemania a la crisis de Ucrania parecía sugerir que estaba revisando sus prioridades, y anteponiendo los objetivos estratégicos a los económicos.

Sin embargo, sigue sin estar claro si Alemania tiene la resistencia necesaria para acometer una nueva estrategia de «contención» frente a Rusia. Tras el suceso del MH17, el alemán de a pie se volvió más partidario de tratar a Rusia con mayor firmeza. En un sondeo realizado para el ARD (*Arbeitsgemeinschaft der öffentlich-rechtlichen Rundfunkanstalten der Bundesrepublik Deutschland* – Consorcio de instituciones públicas de radiodifusión de la República Federal de Alemania) a comienzos de agosto,

un 70 % de los encuestados respondió que apoyaban las sanciones de «Nivel 2» contra Rusia que había impuesto la UE, aunque sólo el 49 % mantendría su apoyo si las medidas tuvieran un impacto negativo en el crecimiento y el empleo en Alemania y si se mantenían fuertes los conceptos de «asociación» y «mediación». El 58 % rechazaba la idea de que Rusia no fuera un socio a largo plazo de Occidente y el 59 % quería que Alemania desempeñara un papel dominante en la mediación con Rusia.³ Aunque la cuestión de las sanciones seguía adelante, la de los negocios también ejercía cierta presión sobre el gobierno.

Por otra parte, aunque Merkel apoyaba la vertiente económica de la nueva estrategia de «contención» frente a Rusia, mostraba resistencia ante la vertiente militar que pedían los países bálticos y Polonia. Alemania se apresuró a suspender la exportación de armas a Rusia, a diferencia de Francia, que tardó mucho más en revocar una decisión de vender dos portaaviones para helicópteros clase Mistral. Pero antes de la cumbre de la OTAN, celebrada en Gales a principios de septiembre de 2014, Alemania se opuso a los planes de crear una presencia permanente en Europa Central y Oriental porque le preocupaba que, al hacerlo, se violara el Acta Fundacional OTAN-Rusia, firmada en 1997. En febrero de 2015, cuando se inició un debate en Estados Unidos sobre proporcionar o no asistencia militar directa a Ucrania y los informes sugerían que la administración Obama estaba mirando el tema con «ojos nuevos», Merkel se opuso de manera pública e inmediata.⁴

Y así, incluso después de la crisis de Ucrania, Alemania seguiría concibiéndose como una potencia «geoeconómica», como ya habíamos dicho. Puede que ahora esté revisando sus prioridades y anteponiendo sus objetivos estratégicos a los económicos y, en consecuencia, puede estar convirtiéndose en una especie de poder geoeconómico «más duro» fuera de las fronteras de Europa: pero sigue siendo escéptica en lo que al empleo de medios militares se refiere. Es probable que ni siquiera el golpe estratégico de Ucrania haya servido para dar comienzo a un aumento significativo del gasto en defensa, la mejora de su capacidad militar o la modificación de su doctrina militar. Por otra parte, incluso este paso de los objetivos económicos a los militares parece limitarse por el momento a las relaciones políticas con Rusia. El resultado final del proceso de revisión de Steinmeier, publicado en marzo de

2015, mostraba poca inclinación a cambiar de manera más significativa el rumbo de la política exterior alemana.⁵

Tal vez acabe pesando más, a largo plazo, la relación de Alemania con China, que es en la actualidad un mercado para la exportación más importante que Rusia. Aunque la crisis de Ucrania tiró por tierra la ilusión de una posible alianza con Rusia, la política que Alemania practica con China sigue basándose, en gran medida, en las mismas premisas que la que practicaba con Rusia: en la idea de que si se aumenta la interdependencia económica las potencias autoritarias se transforman en democracias, en «agentes responsables» que forman parte del sistema internacional. Con el aumento de las tensiones en Asia y en Estados Unidos el enfoque de la relación con China también se endurece: la verdadera pesadilla para Alemania sería una «Crimea asiática», es decir, una situación en la que China procediera de una manera violenta en el Este o en el mar del Sur de China, como hizo Rusia en Ucrania.

Mientras, desde que Mario Draghi prometiera hacer «lo que fuera necesario» para salvar el euro en verano de 2012, en la eurozona se había entrado en una fase de calma relativa tras dos años de tormenta en el que el futuro de la moneda única era incierto. En Alemania muchos tenían la esperanza, de hecho estaban casi convencidos, de que la eurozona estaba saliendo fortalecida de la crisis, mientras la «periferia» –Grecia incluida– acometía una reforma estructural para resultar más «competitiva». Pero en enero de 2015 Alexis Tsipras, líder de la coalición de extrema izquierda llamada Syriza, fue elegido primer ministro de Grecia. Con esta elección, consecuencia directa del fracaso de las políticas de la eurozona en Grecia y el socavamiento del centro político que dicho fracaso había provocado, la crisis del euro se agudizó de nuevo. Tsipras asumió inmediatamente una actitud de confrontación hacia Alemania, mucho más que sus antecesores de centro-derecha y de centro-izquierda.

La elección de Tsipras volvía a dibujar los límites del poder alemán en Europa. Cinco años después del comienzo de la crisis la eurozona había quedado en condiciones caóticas, que nada tenían que ver con la estabilidad. El sistema de condicionalidad de Maastricht III, que se había impuesto tras el comienzo de la crisis –de por sí una versión más dura y rígida de la

condicionalidad impuesta por el Pacto por la Estabilidad y el Crecimiento— no había funcionado. Más aún: la elección de un gobierno de extrema izquierda que se oponía fundamentalmente al enfoque existente volvía a demostrar que aunque Alemania hubiera sido capaz de exportar sus reglas al resto de Europa, no había sido capaz de exportar sus normas. Alemania no había sido capaz de ofrecer, ni siquiera a un país relativamente pequeño como Grecia, los incentivos necesarios para cooperar desde dentro del sistema. Y por ello Alemania quedaba muy lejos de ser el hegemón que muchos habían dicho que era desde que empezó la crisis.

Sin embargo, más que percibir la elección de Tsipras como una llamada de atención y disponerse a cambiar de enfoque —un enfoque cuyo fracaso admitió hasta el FMI— Alemania y el resto de la eurozona decidieron clavar los tacones y afianzarse más en él. Como temían que si hacían concesiones a Syriza fortalecerían a otros partidos «extremistas» o «populistas» (como Podemos en España), insistieron en aumentar la austeridad como condición previa para seguir pagando rescates y se negaron a hablar de una condonación de la deuda, que era la principal exigencia del nuevo gobierno. Al cabo de varios meses de negociaciones y sin llegar a ninguna solución, el gobierno de Syriza convocó un referéndum en el que el pueblo griego apoyó su rechazo de los términos de los acreedores. Los acreedores, por su parte, dijeron entonces que habían perdido la confianza en Grecia e insistieron en mantener las mismas condiciones que antes, incluso decidieron endurecerlas. El BCE congeló la liquidez con la que había estado apoyando a los bancos griegos y, al cerrarse éstos, se impuso el control de capitales.

El nuevo enfoque del gobierno de Syriza, basado en la confrontación, dio lugar a una nueva dinámica en el seno del eurogrupo, dirigida por los ministros de economía de los países de la eurozona. En los países acreedores, sobre todo en Holanda y Finlandia, además de Alemania, hubo muchos que se impacientaron y, cada vez más airados, pedían que se amenazara a Grecia con expulsarla de la eurozona, que ellos ya no consideraban tan vulnerable al tipo de contagio al que había estado expuesta unos años antes. Alemania contaba también con más apoyos que nunca: los tres países bálticos, que ahora eran miembros de la eurozona, Eslovaquia y Eslovenia. Mientras, el resto de países deudores, que aún se regían por gobiernos de centro-derecha y centro-

izquierda, tenían sus propias razones políticas para temer que se hicieran concesiones al gobierno de Syriza. De esta manera los países deudores volvieron a intentar diferenciarse unos de otros, y fueron incapaces de actuar de manera colectiva. Grecia se encontró entonces aislada casi por completo.

Justo antes de la cumbre de urgencia que se celebró en Bruselas en julio de 2015, el ministro de Economía Wolfgang Schäuble propuso colocar cincuenta mil millones de euros de activos griegos en un fondo de Luxemburgo antes de proceder a la privatización, y apartar «temporalmente» a Grecia de la eurozona si no aceptaba las condiciones de los acreedores. Sigue sin estar claro si Merkel apoyó este plan y si estaba dispuesta a seguir adelante con la idea de Schäuble de establecer un «tiempo muerto» para Grecia. En cualquier caso, cuando el presidente francés, François Hollande, intentó mediar, Grecia acabó capitulando y aceptando los términos que imponían sus acreedores, que sentaban las bases para un tercer rescate que no tardaría en producirse. No obstante todo ello, la cumbre de julio siempre podrá verse como un punto de inflexión de la crisis, algo así como los acontecimientos del Consejo Europeo que en junio de 2012 dieron lugar a un logro que salvó la moneda única, pero que en Alemania se vio más bien como una derrota. Y sobre todo, la amenaza de aquel «tiempo muerto» obligatorio, puede haber transformado lo que era una unión monetaria en un régimen de tipo de interés fijo.

Después de la cumbre se produjo una oleada de artículos en prensa que mostraban a Schäuble –cuya popularidad en Alemania superaba con creces a la de Merkel– como la personificación de una nueva Alemania, más brutal, dispuesta a perseguir sin piedad sus propios intereses nacionales en Europa. Jürgen Habermas dijo que temía que el gobierno alemán se hubiera «jugado en una noche todo el capital político que una Alemania mejor había ido acumulando en medio siglo».⁶ El economista belga Paul de Grauwe, experto en el euro, dijo que se estaba configurando una nueva estructura de gobernanza para la eurozona: «o te sometes a la regla alemana o te marchas».⁷ Pero aunque Alemania pudiera haberse vuelto más asertiva en su empleo del poder económico de lo que lo había sido en los cinco años de la crisis, su fracaso a la hora de resolver dicha crisis volvía a determinar los límites de su poder geoeconómico. Sigue siendo un «semihegemon», más que un «hegemon».

En alguna ocasión pudo parecer que la llamada «periferia» de Europa

estaba preparada para enfrentarse, colectivamente, a Alemania. Durante la cumbre de julio, por ejemplo, Matteo Renzi declaró a *Il Messaggero*: «A Alemania le digo: ya está bien, ya basta».⁸ Pero aunque la oposición, por parte de Francia e Italia, al «tiempo muerto» que planeaba Schäuble pudo haber mantenido a Grecia dentro de la eurozona –por el momento– ninguno de esos países obligó a Alemania a aceptar un alivio de la austeridad ni a establecer unos ajustes más equilibrados dentro de la eurozona. Sin ese cambio en la política económica de la eurozona resulta complicado que Francia, Italia y Grecia puedan crear empleo y propulsar el crecimiento. También es más difícil cada día que sean capaces de forzar dicho cambio si no unen fuerzas y adoptan una actitud frente a Alemania de confrontación, como ya hicieron fugazmente en verano de 2012. De manera que la presión de la «periferia» sobre la eurozona para formar un frente común contra Alemania continúa vigente.

A finales del verano de 2015, Europa se vio abatida por otra crisis: cientos de miles de refugiados, sobre todo procedentes de Siria, llegaban al continente. Era la tercera crisis a la que se enfrentaba en cinco años, y la tercera en la que Alemania ocupaba una posición central. Pero en esta ocasión no estaba en el centro sólo por ser el más poderoso de los estados miembros de la UE, como había sucedido en las dos crisis anteriores, sino porque era el destino elegido por la mayoría de los migrantes. El que tantos desearan llegar a Alemania era la ejemplificación de la realidad de una nueva Europa dividida en dos bloques: un núcleo floreciente y una periferia empobrecida. Así fue como la crisis dejó a la vista el reverso del poder alemán. De hecho, la crisis migratoria mostró, con más claridad si cabe que las dos crisis anteriores, que lo que estaba surgiendo de ellas no era una Europa alemana, sino una Europa caótica.

Durante varios años –y especialmente a partir del recrudecimiento del conflicto sirio, en 2012– el número de refugiados que intentaban llegar a Europa iba en aumento. Según la Convención de Dublín, de la UE, los refugiados estaban obligados a pedir asilo en el primer estado miembro de la UE que pisaran, lo que protegía a los estados miembros del norte y el oeste

del continente, como Alemania, mientras ejercía una presión desproporcionada sobre los países del sur y el este de Europa. Grecia, sobre todo, después de cinco años de austeridad, se veía obligada a lidiar con un aumento espectacular del número de migrantes que llegaban de Siria a través de Turquía, muchos de los cuales se dirigían al norte, a países más prósperos y, sobre todo, a Alemania. En mayo la Comisión Europea propuso un sistema de cuotas para que los estados miembros hicieran frente al problema.

A mediados de agosto el ministro del Interior, Thomas de Maizière, anunció que Alemania esperaba recibir en 2015 a una cifra récord de 800.000 personas en busca de asilo: casi el doble de los 450.000 que Alemania había esperado recibir anteriormente, y más del total de refugiados que la UE había recibido en 2014. Temiendo que Alemania se viera superada por el flujo de refugiados –que equivalían al 1 % de la población total de Alemania– De Maizière avisó de que el acuerdo Schengen, que había abolido los controles fronterizos en la mayor parte del suelo europeo, no podría mantenerse a menos que otros estados miembros de la UE aceptaran la cuota acordada de refugiados en busca de asilo. El acuerdo Schengen, que había entrado en vigor en 1995, se consideraba –junto con la creación de la moneda única– uno de los mayores logros de la integración europea.

Y así fue como la crisis invirtió la dinámica de las dos crisis anteriores, en las que otros estados miembros reclamaban solidaridad a Alemania. En el contexto de la crisis del euro habían sido los países miembros del sur, los endeudados, los que pidieron a Alemania que mostrara su solidaridad. En la crisis de Ucrania fueron los estados del este, como los países bálticos y Polonia, los que se habían sentido amenazados por Rusia. Ahora, sin embargo, era Alemania la que necesitaba que otros estados miembros se mostraran solidarios: en otras palabras, que aceptaran la cuota de refugiados solicitantes de asilo que en justicia les correspondía. Pero los demás estados miembros no respondieron. Los países del centro de Europa, sobre todo, como la República Checa, Hungría y Eslovaquia se negaron de plano a aceptar las cuotas de refugiados que se les imponían.

En cierto modo, esta negativa de algunos estados miembros de la UE a compartir la carga en la crisis migratoria puede considerarse como una reacción a la negativa de Alemania y de otros países a compartir su carga en

las otras dos crisis. En el contexto de la crisis del euro fueron los países deudores los que soportaron la carga de los ajustes. En la crisis de Ucrania también se habló mucho de repartir las cargas, tanto en términos de costes económicos (por las sanciones impuestas a Rusia, donde los mandatarios hablaban del principio de «reparto del sufrimiento») como en términos de gasto en defensa (la discusión relativa al «reparto de las cargas» entre los miembros de la OTAN ha sido muy prolongada). Pero los estados miembros de la UE han seguido persiguiendo, de un modo cada vez más marcado, sus propios intereses nacionales, perfectamente definidos, y han dejado a los demás que se enfrenten, si pueden, a sus propios problemas.

A finales de agosto Alemania anunció que suspendía la aplicación de la Convención de Dublín para solicitantes de asilo procedentes de Siria y que procesaría dichas solicitudes en Alemania, antes de enviarles otra vez a países como Grecia. Esto se percibió, en general, como un acto de generosidad, sólo a unas semanas de recibir muchas críticas por sus amenazas de echar a ese país de la eurozona. Alemania pasó de pronto a ser, para algunos, una especie de «faro moral», pero es posible que agravara el problema al atraer a más migrantes a su territorio. A mediados de septiembre el caos continuaba y Alemania imponía controles en la frontera con Austria, circunstancia que muchos vieron como una suspensión unilateral de Schengen. Como los países de Europa Central seguían resistiendo la presión alemana para que aceptaran las cuotas que se les imponían, De Maizière amenazó con cortar el suministro de fondos estructurales de la UE que tenían asignados. El primer ministro de Hungría, Viktor Orbán, acusó a Alemania de «imperialismo moral»: un eco de las acusaciones de «imperialismo fiscal» que sufrió el país durante la crisis del euro.

De esta manera la crisis de los refugiados volvía a poner de manifiesto los límites del poder alemán. Lo que más llamó la atención fue que los países miembros que con más vehemencia se habían opuesto a las cuotas fueran países como Eslovaquia, cuyas economías estaban plenamente integradas con la alemana y que pocas semanas antes habían apoyado a Alemania en la cuestión de la ampliación de los préstamos a Grecia. La incapacidad, por parte de Alemania, de persuadirles para que aceptaran y acogieran aunque sólo fuera a unos pocos centenares de solicitantes de asilo sugería que, o bien

carecía de la legitimidad o bien de los recursos, o de ambos a la vez, necesarios para establecer vínculos entre los distintos problemas y acertar con el tipo de «paquete de pactos» que siempre han hecho falta para conseguir que la UE funcione. Los acontecimientos de los últimos cinco años, y muy especialmente la crisis de los refugiados, sugieren que Alemania no sólo no está dispuesta, sino que es incapaz de convertirse en hegemón de Europa. En pocas palabras: Europa no se puede gobernar desde Berlín.

Berlín, octubre de 2015

Notas

1. INTRODUCCIÓN: ¿LA HISTORIA SE REPITE?

1. Heinrich August Winkler, *Germany: The Long Road West. Volumen II, 1933-1990* (Oxford University Press, Oxford, 2007), p. 571.
2. Ibid., p. 580.
3. Heinrich August Winkler, «Greatness and Limits of the West. The History of an Unfinished Project», Ralf Dahrendorf Lecture, London School of Economics, 7 de octubre de 2010, puede consultarse en la página <http://www.lse.ac.uk/europeanInstitute/LEQS%20Discussion%20Paper%20Series/LEC>
4. Ibid., p. 571.
5. Andrew Moravcsik, «Europe after the Crisis», *Foreign Affairs*, mayo-junio 2012, puede consultarse en la página <https://www.foreignaffairs.com/articles/europe/2012-05-01/europe-after-crisis>
6. Véase, por ejemplo, Tony Barber, «Greeks direct cries of pain at Germany», *Financial Times*, 14 de febrero de 2010. Puede consultarse en la página <http://www.ft.com/intl/cms/s/0/67ff90dc-5728-11e1-869b-00144feabc0.html#axzz1p4MceBT>
7. Richard Clogg, «In Athens», *London Review of Books*, 5 de julio de 2012; puede consultarse en la página <http://www.lrb.co.uk/v34/n13/richard-clogg/in-athens>
8. Rachel Donadio/Nicholas Kulich, «Official Warmth and Public Rage for Merkel in Athens», *New York Times*, 9 de octubre de 2012; puede consultarse en la página <http://www.nytimes.com/2012/10/10/world/europe/angela-merkel-greece-visit.html>
9. Entrevista a Jean-Claude Juncker: «The Demons Haven't Been Banished», *Spiegel Online*, 11 de marzo de 2013, disponible en la página <http://www.spiegel.de/international/europe/spiegel-interview-with-luxembourg-prime-minister-juncker-a-888021.html>
10. «L'Elysee s'abstient de critiquer Angela Merkel pour ne pas apparaître laxiste auprès des marchés», *Le Monde*, 19 de marzo de 2010; disponible en la página http://www.lemonde.fr/europe/article/2010/03/19/l-elysee-s-abstient-de-critiquer-angela-merkel-pour-ne-pas-apparaître-laxiste-aupres-des-marchés_1321300_3214.html
11. Entrevista del autor con Hans-Ulrich Klose, Berlín, 26 de abril de 2010.

1. LA CUESTIÓN ALEMANA

1. Brendan Simms, *Europe: The Struggle for Supremacy, 1453 to the Present* (Allen Lane, Londres, 2013), p. 243.
2. Discurso pronunciado el 9 de febrero de 1871, disponible en la página http://germanhistorydocs.ghi-dc.org/sub_document.cfm?document_id=1849. Véase también *Bismarck: A Life*, de Jonathan Steinberg (Oxford University Press, Oxford, 2011), pp. 312-313.
3. En la teoría de las relaciones internacionales las grandes potencias se definen normalmente en términos de capacidad militar relativa de cada una de ellas. Por ejemplo: John Mearsheimer escribe que «para ser considerado una gran potencia todo estado tiene que tener activos militares suficientes para hacer frente a un enfrentamiento serio en una guerra convencional total contra el estado más poderoso del mundo. El candidato no tiene que tener la capacidad de vencer al estado dominante, pero sí ciertas perspectivas razonables de convertir el conflicto en una guerra de desgaste que deje debilitado a dicho estado dominante, incluso si este último acaba ganando la guerra», John Mearsheimer, *The Tragedy of Great Power Politics* (Norton, Nueva York, 2002), p. 5.
4. Imanuel Geiss, *The Question of German reunification, 1806-1996* (Routledge, Londres, 1997).
5. Gordon A. Craig, *Germany, 1866-1945* (Oxford University Press, Oxford, 1978), p. 15.
6. Cifras sobre población: A.J.P. Taylor, *The Struggle for Mastery in Europe, 1848-1918* (Oxford University Press, Oxford, 1971), p. xxv.
7. Véase Steinberg, *Bismarck*, p. 313.
8. Ludwig Dehio, *Germany and World Politics in the Twentieth Century* (Norton, Nueva York, 1959), p. 15. Publicado originalmente con el título de *Deutschland und die Weltpolitik im 20. Jahrhundert* (Verlag R. Oldenbourg, Múnich, 1955). El término que emplea Dehio en alemán es «Halbhegemonie», que podría traducirse al inglés como «semi-supremacy» («semisupremacía»). Yo, sin embargo, prefiero el término «semi-hegemony», «semihegemonía», que mantiene el vínculo con el concepto de «hegemonía».
9. Hans-Peter Schwarz, *Die Zentralmacht Europas: Deutschlands Rückkehr auf die Weltbühne* (Siedler Verlag, Berlín, 1994), p. 204.
10. Henry Kissinger, *Diplomacy* (Simon and Schuster, Nueva York, 1994), p. 134. [*Diplomacia*, traducido por Mónica Utrilla de Neira, Ediciones B, Barcelona, 2010]
11. Bismarck pronunció la frase por primera vez en 1876, y dijo «mosquetero pomeranio». En un discurso que dio en 1888 cambió «mosquetero» por «granadero», y esa fue la versión que se hizo famosa. Véase A.J.P. Taylor, *Bismarck: The Man and the Statesman* (Penguin, Harmondsworth, 1995), p. 167.
12. Craig, *Germany, 1866-1945*, p. 115.

13. Ibid., p. 116.
14. Ibid., p. 102.
15. Simms, *Europe: The Struggle for Supremacy*, p. 239.
16. A.J.P. Taylor, *The Course of German History* (Hamish Hamilton, Londres, 1945), p. 68.
17. Michael Hughes, *Nationalism and Society: Germany, 1800-1945* (Edward Arnold, Londres, 1988), p. 22.
18. Craig, *Germany, 1866-1945*, p. 36.
19. Nota del autor: «Quisiera dar las gracias a Karen Leeder, que me ayudó a traducir estos versos».
20. Sobre esta «charla imperialista», a partir de la década de 1880, véase: Geoff Eley, «Imperial imaginary, colonial effect: writing the colony and the metropole together»; Catherine Hall and Keith MacClelland, *Race, Nation and Empire: Making Histories, 1970 to the Present* (Manchester University Press, Manchester, 2012), pp. 216-236; Geoff Eley, «Empire by land or sea? Germany's imperial imaginary, 1840-1945»; Geoff Eley and Bradley D. Naranch (eds), *German Cultures of Colonialism: Race, Nation and Globalization, 1884-1945* (próxima publicación); Geoff Eley, «Empire, Ideology and the East: Thoughts on Nazism's spatial imaginary» (próxima publicación).
21. Citado por Eley en «Empire by land or sea?», p. 13 del manuscrito compartido por el autor. Sobre los «imperialistas liberales», como Rohrbach, véase Dehio, *Germany and World Politics in the Twentieth Century*.
22. David Calleo, *The German Problem Reconsidered: Germany and the World Order, 1870 to the Present* (Cambridge University Press, Londres/Nueva York/Melbourne, 1978), p. 37.
23. Eley, «Empire by land or sea», p. 19.
24. Craig, *Germany, 1866-1945*, p. 119.
25. Ibid., pp. 116-117.
26. En Simms, *Europe: The Struggle for Supremacy*, p. 250, se cita al príncipe de Hohenlohe-Schillingsfürst.
27. Hans-Ulrich Wehler, *Bismarck und der Imperialismus* (Kiepenhauer & Witsch, Colonia, 1969).
28. Craig, *Germany, 1866-1945*, p. 117.
29. Ibid., p. 303.
30. Sean McMeekin, *The Berlin-Baghdad Express: The Ottoman Empire and Germany's Bid for World Power, 1898-1918* (Penguin, Harmondsworth, 2011,).
31. Max Weber, «The Nation State and Economic Policy», en la edición de Peter Lassmann y Ronald Speirs de Weber: *Political Writings* (Cambridge University Press, Cambridge, 1994), pp. 1-28; aquí, p. 25. [*Escritos políticos*, traducido por Joaquín Abellán, Ediciones Altaya, Barcelona, 1999]

32. Dehio, *Germany and World Politics in the Twentieth Century*, p. 88.
33. Ibid., p. 16.
34. Simms, *Europe: The Struggle for Supremacy*, p. 268.
35. Carta de lord Odo Russell, embajador británico en Alemania, a lord Granville, secretario de Asuntos Exteriores británico, 11 de febrero de 1873, en http://germanhistorydocs.ghi-dc.org/sub_document.cfm?document_id=1853
36. Craig, *Germany, 1866-1945*, p. 309.
37. Ibid., p. 308.
38. George F. Kennan, *The Fateful Alliance: France, Russia, and the Coming of the First World War* (Pantheon Books, Nueva York, 1984).
39. Eyre Crowe, «Memorándum sobre el estado actual de las relaciones británicas con Francia y Alemania», 1 de enero de 1907, reproducido en edición de G. P. Gooch y Harold Temperley, *British Documents on the Origins of the War, Volume III: The Testing of the Entente, 1904-6* (His Majesty's Stationery Office, Londres, 1928).
40. Christopher Clark, *Sleepwalkers: How Europe Went to War in 1914* (Allen Lane, 2013, Londres), p. 158. [*Sonámbulos*, traducido por Irene Cifuentes de Castro y Alejandro Pradera Sánchez, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2015]
41. David Blackbourn, *History of Germany, 1780-1918: The long nineteenth century* (Blackwell, Oxford, 1997), p. xv.
42. La cita aparece en Kissinger, *Diplomacy*, p. 267.
43. Adam Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy* (Penguin, Harmondsworth, 2007), p. 3; Gottfried Niedhart, «Außenminister Stresemann und die ökonomische Variante deutscher Machtpolitik», en *Politiker und Bürger: Gustav Stresemann und seine Zeit*, edición de Karl Heinrich Pohl (Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen, 2002), pp. 229-242.
44. Tooze, *The Wages of Destruction*, p. xxiv.
45. Véase Mearsheimer, *The Tragedy of Great Power Politics*, p. 316.
46. Mark Mazower, *Hitler's Empire: Nazi Rule in Occupied Europe* (Penguin, Harmondsworth, 2008). [*El imperio de Hitler*, traducción de Enrique Herrando Pérez, Editorial Crítica, Barcelona, 2008]
47. Craig, *Germany, 1866-1945*, p. 745.
48. Taylor, *The Struggle for Mastery in Europe, 1848-1918*, p. xxxvi.
49. Calleo, *The German Problem Reconsidered*, p. 2.
50. Wehler, *Bismarck und der Imperialismus*.
51. David Blackbourn y Geoff Eley, *Mythen deutscher Geschichtsschreibung: Die gescheiterte bürgerliche Revolution von 1848* (Ullstein, Múnich, 1980).
52. Helmut Walser Smith, «Where the Sonderweg debate left us», *German Studies Review*, 31: 2, Mayo de 2008, pp. 225-240. Aquí, p. 227.
53. Walser Smith, «Where the Sonderweg debate left us», p. 232.

54. Mearsheimer, *The Tragedy of Great Power Politics*, p. 2.
55. Ibid., p. 169.
56. Ibid., p. 183.
57. Calleo, *The German Problem Reconsidered*, p. 7.

2. IDEALISMO Y REALISMO

1. Eckart Conze, Norbert Frei, Peter Hayes y Moshe Zimmermann, *Das Amt und die Vergangenheit: Deutsche Diplomaten im Dritten Reich und in der Bundesrepublik* (Karl Blessing Verlag, Múnich, 2010).
2. Sobre la continuidad que se percibió entre el Tercer Reich y la República Federal, véase: Hans Kundnani, *Utopia or Auschwitz: Germany's 1968 Generation and the Holocaust* (Hurst/Columbia University Press, Londres/Nueva York, 2009).
3. Christopher Hill, *The actors in Europe's foreign policy* (Routledge, Londres, 1996), edición de Amazon Kindle, Ubicación 430.
4. Véase, por ejemplo, Eckart Conze, *Die Suche nach Sicherheit: Eine Geschichte der Bundesrepublik von 1949 bis in die Gegenwart* (Siedler Verlag, Múnich, 2009).
5. Véase, por ejemplo, Beverly Crawford, «The Normative Power of a Normal State: Power and Revolutionary Vision in Germany's Post-Wall Foreign Policy», *German Politics and Society*, 28: 2, verano de 2010, pp. 165-184.
6. Hanns W. Maull, «Germany and Japan: The New Civilian Powers», *Foreign Affairs*, invierno de 1990-1991, disponible en: <http://www.foreignaffairs.com/articles/46262/hanns-w-maull/germany-and-japan-the-new-civilian-powers>
7. Richard Rosecrance, *The Rise of the Trading State: Commerce and Conquest in the Modern World* (Basic Books, Nueva York, 1986). [La expansión del estado comercial, traducción de José Carlos Gómez Borrero, Alianza Editorial, Madrid, 1987]
8. Véase, por ejemplo, Michael Staack, *Handelsstaat Deutschland: Deutsche Außenpolitik in einem neuen internationalen System* (Schöningh, Paderborn, 2000).
9. Hanns W. Maull, «Zivilmacht Bundesrepublik Deutschland. Vierzehn Thesen für eine neue deutsche Außenpolitik», *Europa-Archiv*, 47, 1992, pp. 269-278.
10. Citado en «The Consequentialist», de Ryan Lizza, *New Yorker*, 2 de mayo de 2011, puede consultarse en: <http://www.newyorker.com/magazine/2011/05/02/the-consequentialist>
11. Walter Russell Mead, *Special Providence: American foreign policy and how it changed the world* (Routledge, Nueva York/Londres, 2002), pp. 77-78.
12. Konrad Adenauer, «The German Problem, a World Problem», *Foreign Affairs*, octubre de 1962, puede consultarse en: <http://www.foreignaffairs.com/articles/23447/konrad>

[adenauer/the-german-problem-a-world-problem](#)

13. Declaración de Schuman, 9 de mayo de 1950, disponible en la página: http://europa.eu/about-eu/basic-information/symbols/europe-day/schuman-declaration/index_en.htm
14. Véase Dietrich Thränhardt, *Geschichte der Bundesrepublik Deutschland* (Suhrkamp, Frankfurt, 1996), p. 80.
15. Ibid., p. 79.
16. Peter Pulzer, *German Politics, 1945-1995* (Oxford University Press, Oxford, 1995) p. 59.
17. Stanley Hoffmann, «Obstinate or Obsolete? The Fate of the Nation-State and the Case of Western Europe», *Daedalus*, 95, verano de 1966, pp. 862-915; aquí, p. 894.
18. Timothy Garton Ash, «The crisis of Europe», *Foreign Affairs*, septiembre-octubre de 2012, puede consultarse en: <https://www.foreignaffairs.com/articles/europe/2012-08-16/crisis-europe>
19. Henry Kissinger, *Years of Upheaval* (Simon and Schuster, Londres, 2011), p. 114.
20. Egon Bahr, *Zu meiner Zeit* (Karl Blessing Verlag, Múnich, 1996), p. 46.
21. Ibid., p. 66.
22. Ibid., p. 156.
23. Ibid., p. 157.
24. Kissinger, *Years of Upheaval*, p. 147.
25. Gordon A. Craig, «Did Ostpolitik work?», *Foreign Affairs*, enero-febrero de 1994, disponible en: <http://www.foreignaffairs.com/articles/49450/gordon-a-craig/did-ostpolitik-work>
26. Kissinger, *Years of Upheaval*, p. 146.
27. Ibid.
28. Ibid., p. 148.
29. Ibid., p. 735.
30. Ibid., p. 736.
31. Ibid.
32. Egon Bahr, «Das musst du erzählen.» *Erinnerungen an Willy Brandt* (Propyläen, Múnich, 2013), p. 76.
33. Timothy Garton Ash, *In Europe's Name. Germany and the Divided Continent* (Jonathan Cape, Londres 1993), p. 75.
34. Sobre el servicio de inteligencia privado de los democristianos véase Stefanie Waske, «Die Verschwörung gegen Brandt», *Die Zeit*, 2 de diciembre de 2012, en: <http://www.zeit.de/2012/49/Spionage-CDU-CSU-Willy-Brandt>
35. Véase Justin Vaisse, *Neoconservatism: The biography of a movement* (Harvard University Press, Cambridge, 2010), p. 100.
36. Véase Heinrich August Winkler, «Power, Morality, and Human Rights. The role of

- values and interests in Germany's foreign policy», *IP Journal*, 15 de julio de 2013.
37. Craig, «Did Ostpolitik work?».
 38. Winkler, «Power, Morality, and Human Rights».
 39. Craig, «Did Ostpolitik work?».
 40. Andrei S. Markovits y Philip S. Gorski, *The German Left: Red, Green and Beyond* (Polity, Cambridge, 1993), p. 56.
 41. Sobre la República Federal como «estado comercial» durante este período, véase Gunther Hellmann, *Deutsche Außenpolitik: Eine Einführung* (VS Verlag für Wissenschaften, Wiesbaden, 2006), pp. 95-96.
 42. Para profundizar más en el compromiso de la República Federal con su pasado nazi y, sobre todo, en el papel de la llamada Generación del 68, véase Kundnani, *Utopia or Auschwitz*.
 43. Véase Peter Novick, *The Holocaust and Collective Memory* (Bloomsbury, Londres, 1999).
 44. Jeffrey Herf, *Divided Memory: The Nazi Past in the two Germanys* (Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1997), p. 345.
 45. Ibid.
 46. Ibid.
 47. Ernst Nolte, «Vergangenheit, die nicht vergehen will», en *Historikerstreit: Die Dokumentation der Kontroverse um die Einzigartigkeit der nationalsozialistischen Judenvernichtung* (Piper, Múnich, 1987), pp. 39-47; aquí, p. 45.
 48. Nolte escribe que «normalmente, todo pasado se acaba pasando» y que una *Schlußstrich* significaría que «esa parte del pasado alemán no se diferenciaba sustancialmente del pasado de otros». Nolte, «Vergangenheit, die nicht Bergen will», en *Historikerstreit*, pp. 39-40.
 49. Charles S. Maier, *The Unmasterable Past: History, Holocaust and German National Identity* (Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1997), p. 2.
 50. Michael Wolffsohn, *Ewige Schuld? 40 Jahre deutsche-jüdische-israelische Beziehungen* (Piper, Múnich, 1988), p. 42. Más información sobre la manera en que los comentarios de Schmidt ilustran el efecto de la memoria colectiva del Holocausto como «limitación cultural» para la política exterior de Alemania Occidental en Jeffrey K. Olick y Daniel Levy, «Collective Memory and Cultural Constraint: Holocaust Myth and Rationality in German Politics», *American Sociological Review*, 62, diciembre de 1997, pp. 921-936.
 51. Joschka Fischer, «Wir Kinder der Kapitulanten», *Die Zeit*, 10 de mayo de 1985, disponible en <http://www.zeit.de/1985/19/wir-kinder-der-kapitulanten>

3. CONTINUIDAD Y CAMBIO

1. Kurt Georg Kiesinger, *Rede beim Staatsakt der Bundesregierung zum Tag der Deutschen Einheit im Bundestag*, 17 de junio de 1967.
2. Stanley Hoffman, «French Dilemmas and Strategies in the New Europe». Harvard University Center for European Studies Working Papers Series Collection, 152, 1992 (Reimpresión: Robert Keohane, Joseph S. Nye y Stanley Hoffman (editores), *After the Cold War: International Institutions and State Strategies in Europe, 1989-1991*; Harvard University Press, Cambridge, 1993; pp. 27-147.
3. Véase Schwarz, *Die Zentralmacht Europas*.
4. Véase, por ejemplo, John J. Mearsheimer, «Back to the future: instability in Europe after the Cold War», *International Security*, 15: 1, verano de 1990, pp. 5-56.
5. Adrian Hyde-Price, *Germany and European Order: Enlarging NATO and the EU* (Manchester University Press, Manchester, 2000), p. 107.
6. Margaret Thatcher, *The Downing Street Years* (Harper Collins, Londres, 1993), p. 791. [*Los años de Downing Street*, Aguilar, Barcelona, 2012]
7. Patrick Salmon, Keith Hamilton y Stephen Twigge (editores), *Documents on British Policy Overseas, Series III, Volume VII: German Reunification 1989-1990* (Routledge, Londres, 2009), p. 217.
8. Geir Lundstedt, *The United States and Western Europe Since 1945: From «Empire» by Invitation to Transatlantic Drift* (Oxford University Press, Oxford, 2005), p. 9.
9. Véase Hoffmann, «French Dilemmas and Strategies in the New Europe».
10. Se cita en David Marsh, *The Euro: The Politics of the New Global Currency* (Yale University Press, New Haven y Londres, 2009), p. 135.
11. Thatcher, *The Downing Street Years*, p. 791.
12. Véase Marsh, *The Euro*, p. 53-57.
13. Ibid. 137.
14. Ibid.
15. Theodor Adorno, «Was heißt: Aufarbeitung der Vergangenheit?» en *Eingriffe; Neukritische Modelle* (Suhrkamp, Frankfurt, 1963), pp. 125-146; aquí, p. 137.
16. Christian Meier, «Wir sind ja keine normale Nation», *Die Zeit*, 21 de septiembre de 1990.
17. Jürgen Habermas, *Die nachholende Revolution* (Suhrkamp, Frankfurt, 1990), p. 152.
18. Ibid.
19. Ibid.
20. Jürgen Habermas, «1989 im Schatten von 1945. Zur Normalität einer künftigen Berliner Republik», en *Die Normalität einer Berliner Republik* (Suhrkamp, Frankfurt, 1995), pp. 67-188; aquí, p. 171.
21. Jürgen Habermas, «Der Golf-Krieg als Katalysator einer neuen deutschen Normalität?» en *Vergangenheit als Zukunft. Das alte Deutschland im neuen Europa?* (Piper, Múnich, 1993), pp. 10-44; aquí, p. 42.

22. Jürgen Habermas, «Die Asyl-Debatte» en Habermas, *Vergangenheit als Zukunft*, pp. 159-186; aquí, p. 180.
23. Jürgen Habermas, «1989 im Schatten von 1945. Zur Normalität einer künftigen Berliner Republik», en Jürgen Habermas, *Die Normalität einer Berliner Republik* (Suhrkamp, Frankfurt, 1995), pp. 167-188; aquí, p. 172.
24. Marsh, *The Euro*, p. 133.
25. Se cita en *ibid.*, p. 132.
26. *Ibid.*, p. 132.
27. Hoffmann, «French Dilemmas and Strategies in the New Europe».
28. Jürgen Habermas, «Der DM-Nationalismus», *Die Zeit*, 30 de marzo de 1990, puede consultarse en la página: <http://www.zeit.de/1990/14/der-dm-nationalismus>
29. Mary Elise Sarotte, «Eurozone Crisis as Historical Legacy», *Foreign Affairs*, 29 de septiembre de 2010; puede consultarse en <http://www.foreignaffairs.com/articles/66754/mary-elise-sarotte/eurozone-crisis-as-historical-legacy>
30. Martin Feldstein, «EMU and International Conflict», *Foreign Affairs*, noviembre-diciembre de 1997, puede consultarse en: <http://www.foreignaffairs.com/articles/53576/martin-feldstein/emu-and-international-conflict>
31. Habermas, *Vergangenheit als Zukunft*, p. 191.
32. Discurso del 23 de agosto de 1990, citado en la edición de Gunther Hellmann, Christian Weber y Frank Sauer, *Die Semantik der neuen deutschen Außenpolitik: Eine Analyse des außenpolitischen Vokabulars seit Mitte der 1980er Jahre* (VS Verlag für Sozialwissenschaften, Wiesbaden, 2008), p. 131.
33. Discurso del 13 de marzo de 1991, citado en la edición de Hellmann, Weber y Sauer, *Die Semantik der neuen deutschen Außenpolitik*, p. 132.
34. Sobre la «continuidad modificada», véase Sebastian Harnisch y Hanns W. Maull, *Germany as a civilian power? The foreign policy of the Berlin Republic* (Manchester University Press, Manchester, 2001), p. 2.
35. Véase Ludger Volmer, *Die Grünen und die Außenpolitik: Ein schwieriges Verhältnis* (Verlag Westfälisches Dampfboot, Münster, 1998), sobre todo pp. 493-496.
36. Hanns W. Maull, «Zivilmacht: Karriere eines Begriffs», *Abschiedsvorlesung am 3. Mai 2013*, pp. 8-9, disponible en la página: https://www.uni-trier.de/fileadmin/fb3/POL/Mitarbeiter/Maull_Hanns_W/Abschiedsvorlesung_Rev.pd
37. Cohn-Bendit citado en Wolfgang Kraushaar, *Fischer in Frankfurt. Karriere eines Außenseiters* (Edición de Hamburgo, 2001), pp. 106-107.
38. Entrevista del autor con Joschka Fischer, Berlín, 1 de septiembre de 2008.
39. Sobre los efectos de la masacre de Srebrenica en la forma de pensar de Joschka Fischer, véase Kundnani, *Utopia Or Auschwitz*, pp. 240-244.

40. Entrevista del autor con Joschka Fischer, Berlín, 1 de septiembre de 2008.
41. Winkler, *The Long Road West. Volumen II*, p. 564.
42. Véase Jan-Werner Müller, *Another Country: German Intellectuals, Unification and National Identity* (Yale University Press, New Haven/Londres, 2000), p. 269.
43. Martin Walser, «Die Banalität des Guten: Erfahrungen beim Verfassen einer Sonntagsrede aus Anlaß der Verleihung des Friedenspreis des Deutschen Buchhandels», en *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 12 de octubre de 1998. Reimpresión a cargo de Frank Schirrmacher, editor: *Die Walser-Bubis Debatte: Eine Dokumentation* (Suhrkamp, Frankfurt, 1999), pp. 7-17.
44. Declaración de política de gobierno del canciller el 10 de noviembre de 1998 en Bonn.
45. Véase por ejemplo Patrick Bahners, «Total Normal. Vorsicht Falle: Die unbefangene Nation», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 3 de noviembre de 1998; Werner A. Perger, «Wir Unbefangenen», *Die Zeit*, 12 de noviembre de 1998; «Total normal?», *Der Spiegel*, 30 de noviembre de 1998.
46. Sobre el énfasis de Fischer en la continuidad de la política exterior alemana, véase la entrevista que concedió a *Die Zeit* poco después de ser nombrado ministro de Asuntos Exteriores: «Ein Realo sieht die Welt», *Die Zeit*, 12 de noviembre de 1998.
47. Michael Walzer, *Just and Unjust Wars* (Basic Books, Nueva York, 2000), p. XII.
48. Paul Berman, *Power and the Idealists: The passion of Joschka Fischer, and its aftermath* (Soft Skull Press, Nueva York, 2005), p. 91.
49. Roger Cohen, «Germany's Pragmatic Ex-Radical thinks globally», *New York Times*, 28 de enero de 1999, disponible en: <http://www.nytimes.com/1999/01/28/world/germany-s-pragmatic-ex-radical-thinks-globally.html>
50. Joschka Fischer, *Die rot-grünen Jahre: Deutsche Außenpolitik-vom Kosovo bis zum 11 September* (Kiepenhauer und Witsch, Colonia, 2007), p. 185.
51. Frank Schirrmacher, «Luftkampf. Deutschlands Anteil am Krieg», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 17 de abril de 1999.
52. Entrevista del autor con Gerhard Schröder, Berlín, 27 de agosto de 2008.
53. Discurso del canciller alemán, Gerhard Schröder, con ocasión de la 35ª conferencia sobre la Política de Seguridad en Múnich, 6 de febrero de 1999.
54. Günter Joetze, *Der letzte Krieg in Europa? Das Kosovo und die deutsche Politik* (Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 2001), p. 8.
55. Citado en *ibid.*, p. 1
56. Winkler, *The Long Road West. Volumen II*, p. 587.

4. VÍCTIMAS Y PERPETRADORES

1. Steven Erlanger, «Germans Vote in a Tight Election in Which Bush, Hitler and Israel Became Key Issues», *New York Times*, 22 de septiembre de 2002, disponible en <http://www.nytimes.com/2002/09/22/world/germans-vote-tight-election-which-bush-hitler-israel-became-key-issues.html>
2. Robert A. Pape, «Soft Balancing against the United States», *International Security*, volumen 30, número 1 (verano de 2005), pp. 7-45. Pape define «el equilibrio suave» frente a EE.UU. como «el empleo de herramientas no militares para retrasar, frustrar y minar las políticas unilaterales y agresivas en lo militar que practica EE.UU.»
3. Stephen F. Szabo, *Parting Ways: The Crisis in German-American Relations* (Brookings Institution, Washington, D.C.: 2004), p. 1.
4. Citado en *ibid.*, pp. 129, 179.
5. Szabo, *Parting Ways*, p. 6.
6. Ronald D. Asmus, «Rebuilding the Atlantic Alliance», *Foreign Affairs*, septiembre-octubre de 2003, disponible en <http://www.foreignaffairs.com/articles/59180/ronald-d-asmus/rebuilding-the-atlantic-alliance>
7. Véase Steven Erlanger, «Stance on Bush Policy Could Swing Election in Germany», *New York Times*, 9 de septiembre de 2002.
8. EE.UU. declara que existen armas de destrucción masiva en Irak, en cantidad importante, en una fuente conocida como «Curveball», controlada por el servicio de inteligencia exterior alemán, el *Bundesnachrichtendienst* (BND). «Curveball», cuyo nombre real era Rafid Ahmed Alwan, era un desertor iraquí que había llegado a Alemania en 1999 pidiendo asilo. Ingeniero químico, dijo, mintiendo, que había trabajado en unos laboratorios donde fabricaban armas químicas móviles, en Irak. Aunque el BND pasó algunos informes sobre estas declaraciones de Curveball a la Agencia de Inteligencia de la Defensa Estadounidense (DIA), no proporcionó a la DIA ni a otras agencias norteamericanas de defensa que se pusieran en contacto directo con él.
9. *Ibid.*
10. Entrevista del autor con Gerhard Schröder, Berlín, 27 de agosto de 2008.
11. Véase «Das Comeback des Kanzlers», *Der Spiegel*, 16 de septiembre de 2002, disponible en <http://www.spiegel.de/spiegel/print/d-25180468.html>
12. Entrevista del autor con Joschka Fischer, Berlín, 1 de septiembre de 2008; John Hooper, «Fischer rejects chancellor's "German way"», *Guardian*, 15 de octubre de 2002, que puede leerse en <http://www.theguardian.com/world/2002/oct/15/germany.johnhooper>
13. Michael R. Gordon, «German intelligence gave U.S. Iraqi defense plan, report says», *New York Times*, 27 de febrero de 2006, disponible en http://www.nytimes.com/2006/02/27/politics/27germans.html?pagewanted=all&_r=0; Richard Bernstein y Michael R. Gordon, «Berlin file says Germany's spies aided U.S.

- in Iraq», *New York Times*, 2 de marzo de 2006, que puede leerse en <http://www.nytimes.com/2006/03/02/international/europe/02germany.html?hp&ex=1141362000&en=6efea12061967fbb&kei=5094&partner=homepage>;
- Michael R. Gordon y Bernard E. Trainor, *Cobra II: The Inside Story of the Invasion and Occupation of Iraq* (Vintage, Nueva York, 2007), pp. 140-142.
14. Szabo, *Parting Ways*, p. 10.
 15. Gerhard Schröder, *Entscheidungen: Mein Leben in der Politik* (Hoffmann und Campe, Hamburgo 2006), p. 247. [*Decisiones: mi vida en la política*, traducción de Emilio José González García, Foca Ediciones, Madrid, 2006]
 16. François Heisbourg, «The French-German Duo and the Search for a New European Security Model», *International Spectator*, 3, 2004.
 17. Szabo, *Parting Ways*, p. 10.
 18. Véase, por ejemplo, Ruth Wittlinger, «Taboo or Tradition? The “Germans as victims” theme in the Federal Republic until the mid-1990s», en Bill Niven (ed.) *Germans as victims: Remembering the past in contemporary Germany* (Palgrave, Macmillan, Basingstoke, 2006), pp. 62-75.
 19. Eric Langenbacher, «The Mastered Past? Collective Memory Trends in Germany since Unification», en edición de Jeffrey Anderson y Eric Langenbacher, *From the Bonn to the Berlin Republic: Germany at the Twentieth Anniversary of Unification* (Oxford, Berghahn, Nueva York, 2010), pp. 63-89; aquí, p. 63.
 20. Ibid.
 21. Christopher Rhoads, «A Flood of War Memories Spur Germany’s Current Iraq Stance», *Wall Street Journal*, 25 de febrero de 2003, disponible en <http://www.wsj.com/articles/SB105478612913264900>.
 22. Ibid.
 23. Jörg Friedrich, *Der Brand: Deutschland im Bombenkrieg 1940-1945* (Propyläen, Múnich, 2002). [*El incendio: Alemania bajo el bombardeo*, Taurus, Barcelona, 2003]
 24. Bill Niven, «Introduction: German Victimhood at the Turn of the Millennium», en edición de Niven, *Germans as Victims*, pp. 1-25; aquí, p. 14
 25. Véase Andreas Huyssen, «Air War Legacies: From Dresden to Baghdad», en edición de Niven, *Germans as Victims*, pp. 181-193; aquí, p. 188.
 26. Niven (ed.), *Germans as Victims*, p. 182. Véase también Richard Bernstein, «Germans Revisit War’s Agony, Ending a Taboo», *New York Times*, 15 de marzo de 2003, que está disponible en la página: <http://www.nytimes.com/2003/03/15/international/europe/15DRES.html> pp. [62-67].
 27. Rhoads, «Behind Iraq Stance in Germany: Flood of War Memories».
 28. Sobre Auschwitz y Dresde, véase George Packer, «Embers», *New Yorker*, 1 de febrero de 2010, disponible en http://www.newyorker.com/reporting/2010/02/01/100201fa_fact_packer

29. El siguiente apartado se basa en gran medida en argumentos que yo mismo he expuesto en otros artículos. Véase Hans Kundnani, «The Concept of “Normality” in German Foreign Policy since Unification», *German Politics and Society*, volumen 30, número 2, verano de 2012, pp. 38-58.
30. Discurso del canciller alemán, Gerhard Schröder, con ocasión de la 35ª conferencia sobre Política de Seguridad en Múnich, 6 de febrero de 1999.
31. Discurso del 29 de septiembre de 2010, citado en Hellmann, Weber y Sauer, *Die Semantik der neuen deutschen Außenpolitik*, p. 133.
32. Entrevista del autor con Gerhard Schröder, Berlín, 27 de agosto de 2008.
33. Egon Bahr, «Die “Normalisierung” der deutschen Außenpolitik: Mündige Partnerschaft statt bequemer Vormundschaft», *Internationale Politik*, 54, I, 1999, pp. 41-52.
34. Ibid., p. 42.
35. Ibid., p. 41.
36. Ibid., p. 44.
37. Véase, por ejemplo Matthias Geyer, Dirk Kurbjuweit y Cordt Schnibben, *Operation Rot-Grün; Geschichte eines politischen Abenteuers* (Deutsche VerlagsAnstalt/Spiegel-Buchverlag, Múnich/Hamburgo, 2005), p. 202.
38. Entrevista del autor con Gerhard Schröder, Berlín, 27 de agosto de 2008.
39. Egon Bahr, *Der deutsche Weg; Selbstverständlich und normal* (Blessing, Múnich, 2003).
40. Ibid., pp. 136-137.
41. Ibid.
42. Ibid.
43. Ibid., p. 139.
44. Ibid., p. 146.
45. Ibid., p. 103.
46. Ibid., pp. 102-103.
47. Ibid., p. 9.
48. Ibid., p. 135.
49. Entrevista del autor con Gerhard Schröder, Berlín, 27 de agosto de 2008.
50. Ibid.
51. Ibid. Véase también Schröder, *Entscheidungen*, p. 246.
52. Steven Erlanger, «German Seeks A New Force Led by NATO In Macedonia», *New York Times*, 9 de septiembre de 2001, en <http://www.nytimes.com/2001/09/09/world/german-seeks-a-new-force-led-by-nato-in-macedonia.html>
53. Stefan Kornelius, «Der unerklärte Krieg. Deutschlands Selbstbetrug in Afghanistan», Körper Stiftung, junio de 2009, pp. 39-40.
54. Entrevista del autor con un alto funcionario británico, Londres, 30 de octubre de 2007.

55. Timo Noetzel y Thomas Rid, «Germany's Options in Afghanistan», *Survival*, 51: 5, octubre-noviembre de 2009, pp. 71-90; Timo Noetzel, «Germany's small war in Afghanistan: Military Learning amid Politico-strategic Inertia», *Contemporary Security Policy*, 31: 3, diciembre de 2010, pp. 486-508; Timo Noetzel, «The German politics of war: Kunduz and the war in Afghanistan», *International Affairs*, 87: 2, 2011, pp. 397-417.
56. Instituto de Ciencias Sociales del ejército, la Seguridad y la opinión pública en Alemania. Resultados de una encuesta popular, octubre-noviembre de 2009, Kurzbericht, enero de 2010, pp. 33-37.
57. Kornelius, *Der unerklärte Krieg*, p. 9.
58. Rajiv Chandrasekaran, «Decision on Airstrike in Afghanistan Was Based Largely on Sole Informant's Assessment», *Washington Post*, 6 de septiembre de 2009, disponible en <http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2009/09/05/AR2009090502832.html>
59. Sobre el efecto del bombardeo de Kunduz sobre la política alemana en Afganistán, véase Timo Noetzel, «The German politics of war: Kunduz and the war in Afghanistan», *International Affairs*, 87, 2, 2011, pp. 397-417, disponible en <https://www.chathamhouse.org/publications/ia/archive/view/164303>
60. Thomas Schmid, «Im Wohnzimmer durch die Welt», *Internationale Politik*, noviembre-diciembre de 2010, en <https://zeitschrift-ip.dgap.org/de/ip-die-zeitschrift/archiv/jahrgang-2010/november-dezember/im-wohnzimmer-durch-die-welt>

5. ECONOMÍA Y POLÍTICA

1. Citado en Marcus Walker, «Is Germany Turning into the Strong, Silent Type?», *Wall Street Journal*, 27 de junio de 2011, puede leerse en: <http://www.wsj.com/articles/SB10001424052702304259304576373281798293222>
2. Bodo Hombach, *The Politics of the New Centre* (Polity, Cambridge, 2000), p. 105.
3. Sobre los efectos de las reformas de Schröder, véase Sebastian Dullien, «German reforms as a blueprint for Europe?» en la obra de Stefan Collignon y Piero Esposito, *Competitiveness in the European Economy* (Routledge, Londres, 2014), pp. 146-60.
4. Margit Feher, «Audi Expands Hungary Plant to Make Model A3 Limousine», *Wall Street Journal*, 12 de junio de 2013, en: <http://blogs.wsj.com/emergingeuropa/2013/06/12/car-maker-audi-expands-hungary-plant-to-make-model-a3-limousine>.
5. «Europe's future in an age of austerity», Centre for European Reform. Conferencia de Ditchley Park, Oxfordshire, 9-10 de noviembre de 2012, p. 6, disponible en: http://www.cer.org.uk/sites/default/files/publications/attachments/pdf/2012/ditchley_e6728.pdf

6. Anke Hassel, «The Paradox of Liberalization. Understanding dualism and the recovery of the German political economy», Documentos para discusión LSE, septiembre de 2011, p. 12, puede leerse en la página siguiente: <http://www.lse.ac.uk/europeanInstitute/LEQS%20Discussion%20Paper%20Series/LEC>
7. International Labor Organization, Global Wage Report 2010/11, diciembre de 2010, disponible en <http://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/@dgreports/@dcommrnpubl/clocuments/pub>
8. Dullien, «German reforms as a blueprint for Europe?», p. 151.
9. Sobre el aumento de la productividad en Francia y Alemania, véase Dullien, «German reforms as a blueprint for Europe?», pp. 152-153.
10. Adam S. Posen, «Getting Germany Past Internal Devaluation», Peterson Institute for International Economics, 9 de junio de 2013 <https://piie.com/commentary/oped/getting-germany-past-internal-devaluation>
11. Cifras del Banco Mundial disponibles en <http://data.worldbank.org/indicator/NE.EXP.GNFS.ZS?page=2>
12. Simon Tilford, «How to save the euro», Centre for European Reform, septiembre de 2010, p. 3, disponible en http://www.cer.org.uk/sites/default/files/publications/attachments/pdf/2011/essay_euro_196.pdf
13. Comentario de Arndt Ellinghorst, responsable de investigaciones en automoción de Credit Suisse, Cumbre Europea Alemana de Bloomberg, Londres, 9 de julio de 2012.
14. Raghuram Rajan, *Fault Lines: How Hidden Fractures Still Threaten the World Economy* (Princeton University Press, Princeton/Oxford: 2010), p. 47. [*Grietas del sistema*, traducido por Blanca Ribera de Madariaga, Ediciones Deusto, Barcelona, 2011]
15. Philip Whyte, «Why Germany is not a model for the eurozone», Centre for European Reform, octubre de 2010, p. 7, disponible en http://www.cer.org.uk/sites/default/files/publications/attachments/pdf/2011/essay_germ_189.pdf
16. Adam Tooze, «Germany's unsustainable growth», *Foreign Affairs*, septiembre-octubre de 2012, disponible en <http://https://www.foreignaffairs.com/articles/germany/2012-09-01/germany-s-unsustainable-growth>
17. Posen, «Getting Germany Past Internal Devaluation».
18. Paul Krugman, «Can Europe be saved?», *New York Times*, 12 de enero de 2011, disponible en http://www.nytimes.com/2011/01/16/magazine/16Europe-t.html?page%20wanted%20=all&_r=%200
19. Martin Wolf, «The German model is not for export», *Financial Times*, 7 de mayo de 2013, disponible en <http://www.ft.com/cms/s/0/aacd1be0-b637-11e2-93ba-00144feabdc0.html#axzz4B4oOoP92>

20. Moravcsik, «Europe after the Crisis», *Foreign Affairs*, mayo-junio de 2012, disponible en <http://www.foreignaffairs.com/articles/137421/andrew-moravcsik/europe-after-the-crisis>
21. Tilford, «How to save the euro», p. 3.
22. Simon Tilford, «Will the Eurozone Crack?», Centre for European Reform, septiembre de 2006, disponible en http://www.cer.org.uk/sites/default/files/publications/attachments/pdf/2011/p_688_eur892.pdf
23. Entrevista del autor con funcionario alemán, Berlín, 11 de abril de 2012.
24. Véase Dorothee Tschampa, Alexandra Ho y Christoph Rauwald, «Mercedes Revamps the S-Class to Lure China's Wealthy Buyers», *Business Week*, 13 de mayo de 2013, disponible en <http://www.businessweek.com/articles/2013-05-16/mercedes-revamps-the-s-class-to-lure-chinas-wealthy-buyers>
25. Moravcsik, «Europe after the Crisis».
26. Véase Hans Kundnani, «Russia or the West?», *Prospect*, 25 de octubre de 2008, que puede leerse en: <http://www.prospectmagazine.co.uk/magazine/russiaorthewest>
27. Stephen F. Szabo, «Can Berlin and Washington Agree on Russia?», *Washington Quarterly*, 32:4, octubre de 2009, pp. 23-41.
28. Véase Alexander Rahr, «Germany and Russia: a special relationship», *Washington Quarterly*, 30:2, primavera de 2007, pp. 137-145.
29. Véase Schröder, *Entscheidungen*, pp. 139-140.
30. *Ibid.*, p. 143.
31. «Merkel in China: "Mut zu kritischen Tönen"», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 23 de mayo de 2006, disponible en <http://www.faz.net/aktuell/politik/ausland/merkel-in-china-mut-zu-kritischen-toenen-1327483.html>
32. «Chinas Regierung lässt jubeln», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 26 de enero de 2008, disponible en <http://www.seiten.faz-archiv.de/faz/20080126/fd2200801261546704.html>
33. Felix Heiduk, «Conflicting images? Germany and the Rise of China», *German Politics*, volumen 23, número 1-2, 2014, pp. 118-133.
34. Entrevista del autor con funcionarios chinos, Beijing, marzo de 2012.
35. Gerd Appenzeller, «Die Deutschland-AG ist wieder da», *Der Tagesspiegel*, 5 de marzo de 2013, disponible en: <http://www.tagesspiegel.de/wirtschaft/exporthilfe-die-deutschland-ag-ist-wieder-da/7882394.html>
36. Stephen F. Szabo, «Can Berlin and Washington Agree on Russia?», p. 24.
37. Schröder, *Entscheidungen*, p. 141.
38. *Der Spiegel*, 10 de mayo de 2010. Hasta donde yo sé, Lambsdorff fue el primero que utilizó esta expresión. Se cita en «Duell der Titanen».
39. Para consultar el texto completo del juicio se puede acceder a la página:

- http://www.bundesverfassungsgericht.de/entscheidungen/es20090630_2bve000208en.1
40. Sobre «multilateralidad de arrepentimiento», véase Timothy Garton Ash, «Germany's Choice», *Foreign Affairs*, julio-agosto de 1994, p. 71, disponible en <http://www.foreignaffairs.com/articles/50101/timothy-garton-ash/germanys-choice>
 41. Sobre la percepción china de un «nuevo imperialismo», véase David Shambaugh, «Coping with a Conflicted China», *Washington Quarterly*, 34, 1, invierno de 2011, p. 11, que puede leerse en la página: <https://csis.org/files/publication/twq11wintershambaugh.pdf>
 42. Véase, por ejemplo, el texto de Sebastian Dullien, «Wieso die Schuldenbremse Wahnsinn ist», *Spiegel Online*, 9 de febrero de 2009, disponible en: <http://www.spiegel.de/wirtschaft/kommentar-wieso-die-schuldenbremse-wahnsinn-ist-a-606389.html>
 43. Tooze, «Germany's unsustainable growth».
 44. Paul Krugman, *End this Depression Now!* (Norton, Nueva York, 2012), p. xxii. [*¡Acabad ya con esta crisis!*, traducido por Cecilia Belza Palomar, Editorial Crítica, Barcelona, 2012]
 45. «It Doesn't Exist! Germany's outspoken finance minister on the hopeless search for "the Great Rescue Plan"», *Newsweek*, 5 de diciembre de 2008.
 46. Paul Krugman, «The economic consequences of Herr Steinbrueck», *New York Times*, 11 de diciembre de 2008, disponible en http://krugman.blogs.nytimes.com/2008/12/11/the-economic-consequences-of-herr-steinbrueck/?_r=1
 47. Citado en Marcus Walker, «Is Germany Turning into the Strong, Silent Type?»
 48. Maull, «"Zivilmacht": Karriere eines Begriffs», p 20.
 49. Sobre la historia del antiamericanismo en el pensamiento alemán, véase Dan Diner, *Feindbild Amerika: Über die Beständigkeit eines Ressentiments* (Propylaen, Múnich, 2002).
 50. Sobre el resurgimiento de la idea de «Modell Deutschland» después de 2008 véase Andreas Rödder, «"Modell Deutschland" 1950-2011. Konjunktoren einer bundesdeutschen Ordnungsvorstellung», en Tilman Mayer, Karl-Heinz Paqué y Andreas H. Apelt, *Modell Deutschland* (Duncker & Humblot, Berlín, 2013), pp. 39-51.

6. EUROPA Y EL MUNDO

1. George Soros, «Why Germany Should Lead or Leave», Project Syndicate, 8 de septiembre de 2012, disponible en <http://www.project-syndicate.org/commentary/why-germany-should-lead-or-leave-by-george-soros>.
2. Jack Ewing, «In Euro Crisis, Fingers Can Point in All Directions», *New York Times*, 24 de agosto de 2012, en <http://www.nytimes.com/2012/08/25/business/global/in-euro->

[crisis-plenty-of-blame-to-go-around.html?pagewanted=all](http://www.sueddeutsche.de/politik/merkel-und-europa-frau-germania-1.10508)

3. Joschka Fischer, «Frau Germania», *Süddeutsche Zeitung*, 29 de marzo de 2010, disponible en <http://www.sueddeutsche.de/politik/merkel-und-europa-frau-germania-1.10508>
4. Sobre el ajuste asimétrico en la eurozona, véase Paul de Grauwe, «In search of symmetry in the eurozone», Centre for European Policy Studies, mayo de 2012, en: <http://www.ceps.eu/book/search-symmetry-eurozone>
5. «“Politik zum Schiefachen.” Interview mit Helmut Schmidt», *Cicero*, junio de 2010, disponible en <http://www.cicero.de/berliner-republik/%E2%80%9Epolitik-zum-schieflachen/40973>
6. «“Wir müssen wieder Zuversicht geben.” Helmut Kohl über eine Außenpolitik, der es an Verlässlichkeit mangelt», *Internationale Politik*, septiembre-octubre de 2011, disponible en <https://zeitschrift-ip.dgap.org/de/ip-die-zeitschrift/archiv/jahrgang-2011/september-oktober/%E2%80%9Ewir-m%C3%BCssen-wieder-zuversicht-geben%E2%80%9C>
7. Véase «Shaping Globalization - Expanding Partnerships - Sharing Responsibility. A strategy paper by the German Government», 2012, en <http://www.auswaertigesamt.de/cae/servlet/contentblob/616584/publicationFile/I67908/Gestaltungsmaechteko>
8. UniCredit Economics Research, UniCredit Weekly Focus, Núm. 12, 12 de abril de 2012, disponible en http://www.research.unicreditgroup.eu/DocsKey/economics_does_2012_125939.ashx?KEY=C814QI31EjqIm_1zIJDBJGvd-rOCUPZH2JYKB-GFL5A%3D&EXT=pdf
9. Véase Nele Noesselt, «Strategiewechsel in der chinesischen Europapolitik: Umweg über Deutschland?», German Institute for Global and Area Studies, 2011, disponible en http://www.giga-hamburg.de/dl/download.php?d=/content/publikationen/pdf/gf_asien_1106.pdf
10. Entrevista del autor con un alto funcionario chino en Beijing, marzo de 2012.
11. Martin Wolf, «China and Germany unite to impose global deflation», *Financial Times*, 16 de marzo de 2010, disponible en <http://www.ft.com/cms/s/0/cd01f69e-3134-11df-8e6f-00144feabdc0.html>
12. Deutsch-Chinesisches Kommuniqué, 16 de julio de 2010, disponible en <https://www.bundestkanzlerin.de/ContentArchiv/DE/Archiv17/Artikel/2010/07/2010-07-16-deutsch-chinesisches-kommunique.html>
13. Entrevista del 5 de agosto de 2010, citada por Jana Randow y Holger Elfes, en «Germany Ignores Soros as Exports Boom at Consumers' Expense», Bloomberg, 18 de agosto de 2010, disponible en <http://www.bloomberg.com/news/2010-08-17/germany-ignores-soros-as-exports-drive-record-growth-at-consumers-expense.html>
14. Entrevista del autor con un analista chino, Beijing, marzo de 2012.

15. Véase, por ejemplo, Ulrike Guérot, «Eine deutsche Versuchung: östliche Horizonte?», *Aus Politik und Zeitgeschichte*, 10, 2012, 5 de marzo de 2012, en <http://www.bpb.de/apuz/75786/eine-deutsche-versuchung-oestliche-horizonte?p=all>
16. Wolfgang Proissl, «Why Germany fell out of love with Europe», *Bruegel*, julio de 2010, p. 8, disponible en <http://www.bruegel.org/publications/publication-detail/publication/417-why-germany-fell-out-of-love-with-europe/>
17. Sobre el pensamiento de Merkel en este período, véase Stefan Kornelius, *Angela Merkel: Die Kanzlerin und ihre Welt* (Hoffmann und Campe, Hamburgo, 2013), pp. 261-267.
18. Paul Krugman, «What ails Europe?», *New York Times*, 26 de febrero de 2012, disponible en <http://www.nytimes.com/2012/02/27/opinion/krugman-what-ails-europe.html>
19. Carsten Volkery, «Die Nacht, in der Merkel verlor», *Spiegel Online*, 29 de junio de 2012, disponible en <http://www.spiegel.de/politik/ausland/angela-merkel-erleidet-bei-eu-gipfel-niederlage-a-841653.html>
20. Ferdinand Dyck, Martin Hesse y Alexander Jung, «The inflation monster: How Monetary Policy Threatens Savings», *Der Spiegel*, 8 de octubre de 2012, disponible en <http://www.spiegel.de/international/europe/how-central-banks-are-threatening-the-savings-of-normal-germans-a-860021.html>
21. Michael Steen, «Bond sceptic caught between devil and ECB», *Financial Times*, 18 de septiembre de 2012, disponible en <http://www.ft.com/cms/s/0/558d7996-01af-11e2-8aaa-00144feabdc0.html#axzz4B4oOoP92>. El discurso de Weidmann está disponible en http://www.bundesbank.de/Redaktion/EN/Reden/2012/2012_09_20_weidmann_money en inglés en
22. Este apartado se basa en argumentos míos que he expuesto en otros artículos. Véase Hans Kundnani, «Europe and the Return of History», *Journal of Modern European History*, volumen II, número 3, agosto de 2013, pp. 279-286.
23. «Towards a Genuine Economic and Monetary Union», 5 de diciembre de 2012, disponible en http://www.consilium.europa.eu/uedocs/cms_Data/docs/pressdata/en/ec/134069.pdf
24. Discurso pronunciado en St. Antony's College, Oxford, 28 de octubre de 2012, disponible en <http://www.sant.ox.ac.uk/esc/docs/SchäubleTranscript.pdf>
25. Véase Thomas Klau, François Godement y José Ignacio Torreblanca, «Beyond Maastricht: A New Deal for the Eurozone», European Council on Foreign Relations, diciembre de 2010, disponible en [http://www.ecfr.eu/page/-/ECFR26_BEYOND_MAASTRICHT_AW\(2\).pdf](http://www.ecfr.eu/page/-/ECFR26_BEYOND_MAASTRICHT_AW(2).pdf)
26. Ian Traynor, «As the dust settles, a cold new Europe with Germany in charge will emerge», *Guardian*, 9 de diciembre de 2011, en <https://www.theguardian.com/business/2011/dec/09/dust-settles-cold-europe->

germany?newsfeed=true

27. Martin Wolf, «What Hollande Must Tell Germany», *Financial Times*, 8 de mayo de 2012, disponible en <http://www.ft.com/cms/s/0/51bf429c-98f8-11e1-948a-00144feabdc0.html#axzz4B4oOoP92>
28. George Soros, «Remarks at the Festival of Economics, Trento Italy», 2 de junio de 2012, disponible en http://www.georgesoros.com/interviews-speeches/entry/remarks_at_the_festival_of_economics_trento_italy/
29. Melissa Eddy, «Support Grows in Germany for Vote on Giving Up Power to European Bloc», *New York Times*, 18 de agosto de 2012, disponible en http://www.nytimes.com/2012/08/19/world/europe/referendum-on-europe-gains-support-in-germany.html?_r=0
30. Robert Gates, discurso pronunciado en la National Defense University, Washington, D.C., 23 de febrero de 2010.
31. Robert Gates, discurso pronunciado en Bruselas el 10 de junio de 2011.
32. Las decisiones sobre la venta de armas alemanas se tomaron en secreto en el Bundessicherheitsrat, o Consejo Federal para la Seguridad, compuesto por el canciller, su secretario de estado y otros siete ministros. El ministerio de Economía Alemán publica un informe anual sobre armamento.
33. «German Weapons for the World: How the Merkel Doctrine Is Changing Berlin Policy», *Der Spiegel*, 3 de diciembre de 2012, disponible en <http://www.spiegel.de/international/germany/german-weapons-exports-on-the-rise-as-merkel-doctrine-takes-hold-a-870596.html>
34. Stockholm International Peace Research Institute. Datos sobre proveedores y receptores de armas convencionales de gran tamaño, 2006-10.
35. Bundesministerium für Wirtschaft and Technologie, Bericht der Bundesregierung über ihre Exportpolitik für konventionelle Rüstungsgüter im Jahre 2011. Rüstungsexportbericht 2011, septiembre de 2012.
36. Robert Cooper, «The post-modern state and the world order», Demos, 2000, disponible en <http://www.demos.co.uk/files/postmodernstate.pdf>
37. Ibid., p. 37.
38. Ibid.
39. Para «poder duro» y «poder blando», véase Joseph S. Nye, *Soft Power: The Means To Success In World Politics* (PublicAffairs, Nueva York 2004).
40. El resto de este apartado se basa en argumentos míos que he expuesto en otros artículos. Véase Hans Kundnani, «Germany as a geo-economic power», *Washington Quarterly*, 34:3 verano de 2011, pp. 31-45, disponible en <http://csis.org/files/publication/twq11summerkundnani.pdf>
41. Edward Luttwak, «From geopolitics to geo-economics», *The National Interest*, verano de 1990, pp. 17-24. Reimpreso en *The New Shape of World Politics* (Norton, Nueva

York, 1999), pp. 177-186, aquí, p. 177.

42. Ibid., p. 178.

43. Ibid., p. 180.

44. Ibid., p. 185.

45. Ibid.

46. Véase Mark Leonard, *What Does China Think?* (Fourth Estate, Londres, 2008), pp. 84-86.

CONCLUSIÓN: SEMIHEGEMONÍA GEOECONÓMICA

1. Jürgen Habermas, «Germany's mindset has become solipsistic», *Guardian*, 11 de junio de 2010, disponible en <http://www.guardian.co.uk/commentisfree/2010/jun/11/germany-normality-self-absorption>.
2. Este apartado se basa, en gran medida, en argumentos que he expuesto en otros artículos. Véase Hans Kundnani, «Was für ein Hegemon?», *Internationale Politik*, mayo-junio de 2012, pp. 21-25, disponible en <https://zeitschrift-ip.dgap.org/de/ip-die-zeitschrikarchiv/jahrgang2012/mai-juni/was-für-ein-hegemon> (también en inglés, titulado: «What hegemon?», IP Global, 54, mayo de 2012).
3. Véase, por ejemplo, Stefan Kornelius, «Hegemon wider Willen», *Süddeutsche Zeitung*, 28 de noviembre de 2010, disponible en: <http://www.sueddeutsche.de/politik/euro-krisehegemon-wider-willen-1.1028932>; Christoph Schönberger, «Hegemon wider Willen. Zur Stellung Deutschlands in der Europäischen Union», *Merkur*, enero de 2012; William E. Paterson, «The Reluctant Hegemon? Germany Moves Centre Stage in the European Union», *Journal of Common Market Studies*, 49: 1 de septiembre de 2011, pp. 57-75.
4. Radek Sikorski, «Poland and the future of the European Union», Berlín, 28 de noviembre de 2011.
5. Discurso del ministro de Finanzas alemán, Wolfgang Schäuble, en la Universidad de París-Sorbona, 2 de noviembre de 2010.
6. Sobre la idea de un «hegemón cooperativo», véase Thomas Pedersen, *Germany, France and the Integration of Europe* (Pinter, Londres y Nueva York, 1998).
7. Varios historiadores alemanes han escrito sobre el resurgimiento de la «semihegemonía» alemana en Europa. Véanse Andreas Wirsching, «Der große Preis», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, II, septiembre de 2012, disponible en <http://www.faz.net/aktuell/feuilleton/debatten/europas-zukunft/gastbeitrag-zur-zukunft-europas-der-grosse-preis-11886472.html>; Andreas Rödder, «Dilemma und Strategie», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 13 de enero de 2013, disponible en <http://www.faz.net/aktuell/politik/die-gegenwart/europa-dilemma-und-strategie->

- [12023770.html](http://www.bpb.de/apuz/154378/halbe-hegemonie-das-deutsche-dilemma?p=all); Dominik Geppert, «Halbe Hegemonie: Das deutsche Dilemma», *Aus Politik und Zeitgeschichte*, 6-7 / 2013, 4 de febrero de 2013, disponible en <http://www.bpb.de/apuz/154378/halbe-hegemonie-das-deutsche-dilemma?p=all>;
- Dominik Geppert, «Die Rückkehr der deutschen Frage», *Journal of Modern European History*, volumen II, número 3, agosto de 2013, pp. 272-278.
8. Correspondencia con Lucio Caracciolo por correo electrónico.
 9. Véase, por ejemplo, A. Wess Mitchell y Jan Havranek, «Atlanticism in Retreat», *The American Interest*, noviembre-diciembre de 2013, disponible en <http://www.the-american-interest.com/2013/10/10/atlanticism-in-retreat/>
 10. George Soros, «The Tragedy of the European Union and How to Resolve It», *New York Review of Books*, 27 de septiembre de 2012, disponible en <http://www.nybooks.com/articles/2012/09/27/tragedy-european-union-and-how-resolve-it/?pagination=false>
 11. Sobre la idea de la «pesadilla de las coaliciones» dentro de la eurozona, véase también Proissl, «Why Germany fell out of love with Europe», p. 19; David Marsh, *Europe's Deadlock. How the Euro Crisis Could Be Solved—and Why It Won't Happen* (Yale University Press, New Haven y Londres, 2013), p. 116.
 12. Kenneth Dyson, «Germany, the Euro Crisis and the Future of Europe: Europe's Reluctant and Vulnerable Hegemonic Power», manuscrito compartido por el autor, p. 14.
 13. Winkler, *The Long Road West. Volumen II*, p. 580.
 14. Heinrich August Wielder, «Greatness and Limits of the West. The History of an Unfinished Project», Ralf Dahrendorf Lecture, London School of Economics, 7 de octubre de 2010, disponible en <http://www.lse.ac.uk/europeanInstitute/LEQS/LEQSPaper30.pdf>
 15. «Old Alliances or New Partnerships?» IP Global Edition, septiembre-octubre de 2011, p. 4. Sondeo realizado para *Internationale Politik* por Forsa en agosto de 2011.
 16. Infratest dimap, una encuesta sobre el estado de ánimo político a petición de *ARD-Tagesthemen* y del periódico *Die Welt*, abril de 2014.
 17. Jacques Schuster, «Deutschland verabschiedet sich langsam vom Westen», 22 de abril de 2014, disponible en <http://www.welt.de/debatte/kommentare/article127197927/Deutschland-verabschiedet-sich-langsam-vom-Westen.html>; Christiane Hoffmann y René Pfister, «Part of the West? German Leftists Have Still Not Understood Putin», *Spiegel Online*, 27 de junio de 2014, disponible en <http://www.spiegel.de/international/germany/interview-with-historian-heinrich-winkler-about-germany-and-the-west-a-977649.html>. Véase también John Vincour, «Germany Turns Against the West on Russia», *Wall Street Journal*, 28 de abril de 2014, disponible en <http://online.wsj.com/news/articles/SB100014240527023039394045795293412824>.

EPÍLOGO

1. «Germany's role in the world: Reflections on responsibility, norms and alliances» (El papel de Alemania en el mundo: reflexiones y responsabilidades, normas y alianzas), discurso del presidente Joachim Gauck en la apertura de la Conferencia de Seguridad de Múnich, 31 de enero de 2014, que puede verse en http://www.bundespraesident.de/SharedDocs/Downloads/DE/Reden/2014/01/140131-Muenchner-Sicherheitskonferenz-Englisch.pdf?jsessionid=8CE98EFFB1F17A8BF313B5906229BDB5.2_cid388?_blob=publicationFile
2. Citado en «Spurred by Global Crises, Germany Weighs a More Muscular Foreign Policy», de Alison Smale, *New York Times*, 1 de febrero 2015, disponible en http://www.nytimes.com/2014/02/02/world/europe/spurred-by-global-crises-germany-weighs-a-more-muscular-foreign-policy.html?_r=0
3. Infratest dimap, una encuesta sobre el estado de ánimo político a petición de *ARD Tagesthemen* y del periódico *Die Welt*, agosto de 2014, disponible en http://www.infratest-dimap.de/fileadmin/_migrated/content_uploads/dt1408_bericht.pdf
4. Sobre el debate en Estados Unidos, véase «U.S. Considers Supplying Arms to Ukraine Forces, Officials Say», de Michael R. Gordon y Eric Schmitt, *New York Times*, 1 de febrero de 2015, <http://www.nytimes.com/2015/02/02/world/us-taking-a-fresh-look-at-arming-kiev-forces.html>; sobre el rechazo de Merkel a la ayuda militar a Ucrania, véase «Western Nations Split on Arming Kiev Forces», de Michael R. Gordon, Alison Smale y Steven Erlanger, *New York Times*, 7 de febrero de 2015, en la página <http://www.nytimes.com/2015/02/08/world/europe/divisions-on-display-over-western-response-to-ukraine-at-security-conference.html>
5. *Review 2014*, informe definitivo, marzo de 2015, disponible en <http://www.auswaertiges-amt.de/cae/servlet/contentblob/699442/publicationFile/203008/Schlussbericht.pdf>
6. Philipp Oltermann, «Merkel “gambling away” Germany's reputation over Greece, says Habermas», *Guardian*, 16 de julio de 2015, disponible en <http://www.theguardian.com/business/2015/jul/16/merkel-gambling-away-germanys-reputation-over-greece-says-habermas>
7. Tuit de Paul de Grauwe, 12 de julio de 2015, en <https://twitter.com/pdegrauwe/status/620348860481806336>
8. «Italy's Renzi to tell Germany to accept Greece deal: newspaper», Reuters, 12 de julio de 2015, disponible en <http://www.reuters.com/article/2015/07/12/us-eurozone-greece-renzi-idUSKCN0PM08320150712>

Agradecimientos

Escribí este breve libro mientras trabajaba en el Consejo Europeo de Relaciones Exteriores (ECFR), con quien estoy en deuda por haberme proporcionado un entorno único de estímulos y por haberme presentado a pensadores y políticos tanto alemanes como del resto de Europa. Me gustaría, sobre todo, agradecer a Mark Leonard que me haya impulsado a pensar en el concepto de «ggeoeconomía». He tenido también la enorme ventaja de conversar sobre Alemania con otros colegas. Y, sobre todo, me gustaría dar las gracias a Olaf Boehnke, Piotr Buras, Sebastian Dullien, Josef Janning y José Ignacio Torreblanca. Estoy también muy agradecido a Alba Lamberti y Vessela Tcherneva por su apoyo mientras estaba trabajando en el libro.

Parte de la temática de este libro se ha tratado anteriormente en forma de artículos que se han publicado en varios periódicos durante los últimos años. Quisiera dar las gracias a Sylke Tempel y Rachel Herp Tausendfreund, de *Internationale Politik*, Alexander Lennon de *Washington Quarterly*, Lucio Caracciolo de *Limes*, Eric Langenbacher de *German Politics and Society* y Jörg Später del *Journal of Modern European History*. Lucio y Rachel (colega mía ahora en ECFR) también aportaron ideas muy útiles durante la fase de esbozo de este libro.

Otros colegas y amigos leyeron también esos primeros esbozos y me hicieron comentarios que me ayudaron mucho. Pero quisiera dar las gracias muy especialmente a sir Michael Arthur, Jakub Eberle, Geoff Eley, Dominik Geppert, lord Stephen Green, Megan Green, Almut Möller, Sebastian Ptóciennik y Gary Savage. Mi propia forma de pensar se ha beneficiado también, y enormemente, de las conversaciones mantenidas con Geoff Eley, Hanns W. Maull, Thomas Kleine-Brockhoff, Daniela Schwarzer y Steve Szabo, Simon Tilfor y Philip Whyte, entre otros.

Me animaron a escribir este libro Michael Dwyer y Brendan Simms, que me ha prestado un apoyo extraordinario desde el principio. Me gustaría también dar las gracias a mi editora, Georgie Williams, por su meticuloso

tratamiento del texto.

Y por último, quiero dar las gracias a Angela Stanzel por su ayuda con las diéresis.